

CONCIENCIA MISIONERA II

(Volumen II)

**Soluciones para la problemática misionera
de la iglesia local**

ANDRÉS ROBERT

COMIBAM Internacional

CONCIENCIA MISIONERA II

© Andrés Robert

andresrobert@concienciamisionera.com.ar

www.concienciamisionera.com.ar

2005 Primera edición por Red Misiones Mundiales (Argentina)

2010 Segunda impresión

Estilo: Viviana Hack de Smith

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina Valera 1995 © Sociedades Bíblicas Unidas

Índice

A quiénes ayudará este libro	7
Otras obras del autor.	8
Prólogo	9
Dedicatoria	11
Agradecimientos	13
Propósitos	15

Parte I

LA PROBLEMÁTICA MISIONERA EN LA IGLESIA LOCAL

Introducción	21
1. Primer problema: el desconocimiento de las multitudes aún no evangelizadas	23
2. Segundo problema: la poca cantidad de misioneros transculturales .	35
3. Tercer problema: centenares de iglesias que no participan en las misiones transculturales	49
4. Cuarto problema: la falta de recursos abundantes para sostener misioneros.	59
5. En búsqueda de la solución al problema financiero.	65
6. Otras claves para el mismo problema.	75
7. Dónde está el dinero que reclaman las misiones	83

Parte II

CÓMO PASAR DEL PROBLEMA A LA SOLUCIÓN

Introducción	91
8. Un misionero zapatero nos muestra el camino.	93
9. La primera conferencia misionera de la iglesia	99
10. Dos herramientas excelentes	105

Parte III
DOS HERRAMIENTAS ÚTILES Y EFICACES

Introducción.	115
11. Qué es una Conferencia Misionera Anual	117
12. Cómo se prepara una Conferencia Misionera Anual	121
13. Las metas de una Conferencia Misionera Anual	129
14. El desarrollo de la Conferencia Misionera Anual.	135

Parte IV
EL PLAN DE LA PROMESA DE FE

Introducción.	143
15. Antecedentes bíblico-históricos de la Promesa de Fe.	145
16. Cuando Dios me enseñó a dar.	151
17. Cómo hacer una Promesa de Fe	155
18. Después de la Conferencia y la Promesa de Fe	161
19. Los quince errores más frecuentes	165
20. Misión global: cómo llegar hasta lo último.	169
21. Un ejemplo inspirador.	177
22. ¡SOS misionero!	193
Palabras finales	199
Escribame	201

A quiénes ayudará este libro

- Pastores y líderes de iglesias.
- Miembros de los departamentos de Misiones de cada iglesia.
- Líderes de agencias misioneras.
- Creyentes interesados en la obra misionera transcultural.
- Cualquiera que quiera ayudar a su congregación a comprender mejor lo que significa una Promesa de Fe. Cualquiera que quiera aumentar sus ofrendas para el avance del Reino de Dios.

Otras obras del autor

- *Dando como Jesús*
- *Conciencia misionera*

Prólogo

EL PASTOR ANDRÉS ROBERT vuelve a brindar al movimiento misionero un libro inspirador, desafiante y muy práctico como sólo él puede hacerlo. Don Andrés, como cariñosamente lo suelen llamar, ha sido uno de los pioneros en promover la visión y la acción misionera de nuestras iglesias. Esto ha sido así tanto a través de su largo pastorado como en incontables conferencias misioneras en la Argentina y en otros países de América latina. He tenido el privilegio de comprobarlo de manera personal en muchos años de relación ministerial con el autor.

Este libro realiza un detallado análisis de los principales desafíos que se presentan en el camino de nuestra obediencia misionera. Pero la cosa no queda allí, pues también muestra varios caminos para avanzar y superar esos obstáculos. Las herramientas que presenta son conocidas por muchas personas, pero no siempre bien practicadas. Sin duda que esto cambiará después de seguir las indicaciones que aparecen en los últimos capítulos.

La visión misionera debe alimentarse continuamente, pues no basta con adquirirla. Las citas, ejemplos e ilustraciones que contiene CONCIENCIA MISIONERA II, junto con su contenido general, servirá para encender y avivar la llama misionera en muchos corazones de quienes saldrán y de quienes los enviarán. Para unos y otros, este libro será la mejor inversión que puedan realizar en mucho tiempo.

DANIEL BIANCHI

Director Agencia Misionera Internacional

Dedicatoria

- A la memoria de mis padres, Jorge R. Robert y Edita Pasquet, quienes no sólo me dieron el regalo de la vida, sino también el crisol de un hogar cristiano, y a través de quienes llegué a conocer la maravillosa salvación que hay en Cristo.
- A los misioneros australianos Eduardo y Emma Strange, que fundaron entre otras, la Iglesia Evangélica de Tigre, y luego dedicaron sus vidas a evangelizar las islas del delta del Paraná, y de cuyos labios, siendo niño, escuché por primera vez la exhortación a orar por la obra misionera en otros continentes allende los mares.
- A los misioneros y profesores del Instituto Bíblico Buenos Aires (IBBA), quienes dirigidos por Don Samuel Barnes y su esposa Vera, hicieron una importante contribución a mi formación espiritual y teológica.

Agradecimientos

- A los hermanos miembros de la Red Misiones Mundiales y de la Agencia Misionera Internacional (AMI), con quienes compartí por muchos años la reflexión, la oración y la promoción misionera.
- A los hermanos Luis y Alicia Garrido, amigos de mi juventud, que generosamente me facilitaron un departamento en la costa atlántica, para que pudiera escribir parte de este libro.
- A los hermanos Carlos y Graciela Orrego, quienes sienten un vivo interés por la obra misionera y que además de su apoyo en oración y aliento, contribuyeron financieramente para la segunda y tercera impresión del libro *Conciencia misionera*, y han aportado la mayor parte del costo de este libro.
- A mi hijo Tito Osvaldo, por la provisión de su computadora y su asesoramiento. A mi hija Claudia Gracia por su ayuda en copiar los originales. A mis nietos Jonatan y Melina por su colaboración en el manejo y tarea de las computadoras. A mis hijos Esteban y Gloria por su apoyo y aliento constantes.
- A mi esposa Josefa (Pepita) por ser mi fiel compañera y brindarme su apoyo, consejo y constante supervisión y aliento para escribir y terminar este libro, como también en todos los aspectos del ministerio.
- Al pastor Daniel Bianchi, por su gentileza en escribir el prólogo y por la bendición que ha sido para mí su liderazgo y servicio en la Agencia Misionera Internacional.

- A mi hermano, amigo y consiervo Federico Bertuzzi, por su disposición generosa y buena voluntad para escribir los capítulos 19 y 21. A la profesora Viviana Hack de Smith y demás integrantes del equipo editorial por su trabajo, consejo y apoyo en todo lo que atañe a la corrección, preparación e impresión de este libro.
- A los numerosos hermanos, parientes y amigos que oraron por mí y por este trabajo, e hicieron una suave pero insistente presión que me ayudó a terminarlo.
- Por sobre todas las cosas mi gratitud al Señor de la mies por concederme su ayuda y el privilegio de compartir en el contenido de estas páginas, algunas experiencias y verdades que Él me ha enseñado, deseando y orando para que en alguna medida contribuya al envío de misioneros desde nuestro país y a la salvación de miles de hombres y mujeres como nosotros que viven en tinieblas, sin esperanza, sin Cristo.

Propósitos

El porqué de este libro

- ¿Podría un marinero sentarse ocioso si ha oído el grito del hombre que ha caído al agua?
- ¿Podría un médico sentarse cómodamente, dejando que su paciente muera sin prestarle ayuda?
- ¿Podría un bombero sentarse tranquilo, viendo cómo la gente muere en un incendio, y no dar una mano?
- ¿Puede usted sentarse cómodamente en su iglesia, con un mundo condenado a su alrededor?

A estas punzantes preguntas de Leonardo Ravenhill bien podríamos agregar esta otra: ¿puede una iglesia quedarse tranquila discutiendo si debe o no hacer obra misionera, cuando miles de poblaciones, etnias y tribus indígenas esperan escuchar el evangelio por primera vez, y muchas de ellas todavía ni han oído que Jesucristo vino al mundo para salvarlas?

Una de las razones que me impulsaron a escribir este libro es el haber observado y escuchado a pastores y líderes que se preguntan: «¿Cómo podemos hacer para enviar y sostener más obreros en el campo misionero?» Me da la impresión de que, aparentemente, muchos desconocen la existencia y eficacia de algunos medios sencillos que un número considerable de iglesias están usando con excelentes resultados.

Cuando Jesús estuvo ante el desafío de alimentar a la multitud hambrienta, Juan nos dice en su evangelio que: «Él sabía lo que había que hacer» (Juan 6.6). Hoy, Él continúa «sabiendo» lo que hay que hacer para enfrentar las necesidades de miles de pueblos y aldeas aún no evangelizadas. Dios es quien ha planeado la evangelización mundial, y es Él quien ha previsto y provisto los recursos para poder cumplir con ese objetivo.

El Dr. Pablo B. Smith, en el prólogo de su excelente libro *The Senders*¹ [Los enviados] comenta que: «Hacer libros puede fácilmente llegar a ser una acción egoísta y carnal. Egoísta, porque generalmente suena como si el autor se jactara diciendo: “Yo sé como hacerlo”, o “Nadie lo hace como yo”, o “Si usted no lo hace a mi manera no va a funcionar”. ¡Dios no permita —decía él en cuanto a su libro— que este pequeño volumen tenga esa motivación!» ¡Que el nuestro tampoco la tenga!

«Por otro lado —continúa diciendo el mismo autor— cada escritor debería tener algunas credenciales que le den autoridad a lo que escribe».

Personalmente, debo decir que, francamente, mis credenciales son muy limitadas: no soy experto en misiones, ni nada que se le parezca. Lo que sí puedo manifestar es que, en las cuatro iglesias que hemos tenido el privilegio de pastorear, hemos llevado a cabo un sencillo programa que nos permitió sostener en su totalidad o en parte a varios misioneros, tanto dentro del país como fuera de él. Aclaro que no se trata de ninguna fórmula mágica ni infalible. Se trató más bien de poner en práctica la convicción de que la iglesia tiene los hombres, las mujeres, los dones y los recursos que se necesitan para completar la evangelización de todas las naciones, y empezar a obedecer las instrucciones que Cristo nos dejó en la Gran Comisión.

Creo sinceramente que, si cada iglesia evangélica se decide a poner las misiones en primer lugar en su lista de prioridades, y sigue algunas de las sugerencias propuestas en este libro, experimentará un cambio profundo. Fluirán entre sus miembros la oración, los obremos, los recursos financieros y todo lo que sea necesario para participar activamente en la tarea que el Señor nos ha encomendado.

¹ Paul B. Smith: *The Senders*, 1979, p. 1.

Sigamos orando y pidiendo por un genuino avivamiento que restaure no solo el primer amor, sino también con él la dedicación a la prioridad número uno, puesto que la suprema tarea de la iglesia es la evangelización del mundo. Y que la mentalidad y la actitud de Aquel que dijo: «Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y que acabe su obra» se encarne en cada iglesia y en cada uno de los que formamos parte del pueblo de Dios.

EL AUTOR

Parte I
LA PROBLEMÁTICA MISIONERA
EN LA IGLESIA LOCAL

Introducción

La problemática de las misiones, mínima, básica y fundamental en lo que tiene que ver con la iglesia local, no es muy compleja ni difícil de entender. La porción bíblica que sigue a continuación ofrece un cuadro, una definición y una síntesis casi perfecta:

Al ver las *multitudes*, tuvo compasión de ellas. Entonces dijo a sus discípulos: [...] Rogad al Señor de la mies que envíe *obreros*.

Llamando a sus doce discípulos les dio autoridad. A estos doce *envió* Jesús. El obrero es digno de su *alimento* [salario] (Lucas 10.7; Mateo 9.36 10.10).

Lea de nuevo las palabras destacadas. ¿Cuáles son los elementos que se observan en este cuadro de la realidad misionera del tiempo de Cristo, y que siguen estando presentes en nuestro día?

- La existencia de multitudes, hambrientas de amor, compasión, atención, ayuda, e ignorantes de la salvación.
- La necesidad de obreros suficientes para suplir las necesidades de miles de pueblos y etnias no alcanzadas.
- Alguien (iglesias, agencias, instituciones), que bajo la dirección divina pueda capacitar y enviar a los misioneros a cumplir su misión.
- La provisión de los recursos que los obreros enviados necesitan para vivir y servir en los campos misioneros.

Actualmente, habiéndose concluido los que sin duda han sido los dos siglos en que más se ha intensificado el accionar misionero, este esquema de necesidad permanece intacto y sin modificaciones. Dondequiera que vamos promocionando las misiones, ya sea en iglesias

locales, concentraciones, congresos, etcétera, estos cuatro rubros aparecen permanentes e inalterables.

Necesitamos una nueva aplicación del colirio celestial para ver las multitudes tal como Jesús las ve. Es urgente la convocación de miles de obreros. Es preciso que las iglesias asuman y cumplan la función de formar y enviar hombres y mujeres capacitados a los campos blancos. Es más que necesario descubrir, señalar y reconocer dónde están los abundantes recursos provistos por Dios, destinados para sostener con dignidad y seriedad a los que van a completar la evangelización mundial.

Seguramente hay otros aspectos que se deben afrontar, pero los que acabamos de citar son el abc de la empresa. Afectan dinámicamente a las iglesias, a cada creyente individual, a los misioneros, y por sobre todo a los miles de seres humanos que perecerán si no les damos a conocer la verdad del evangelio que nos ha sido confiada.

Está al alcance de nosotros como pueblo de Dios encarar y modificar estos cuatro elementos que acabamos de nombrar, y si muchas iglesias lo hacen, un cambio notorio se producirá, y no estaremos haciendo otra cosa que obedecer las órdenes de Aquel que nos dijo: «Id, [...] haced discípulos, [...] enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado».

En los próximos capítulos nos proponemos pensar juntos sobre estos cuatro temas que consideramos claves para el cumplimiento de nuestra misión.

Primer problema: el desconocimiento de las multitudes aún no evangelizadas

La mies es mucha. (*Jesús*)

Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas. (*Jesús*)

Tener el conocimiento de Cristo nos impone el deber ineludible de compartir ese conocimiento con todos los hombres sin demora. Retenerlo es un crimen de infinita magnitud contra esa gran porción de la raza humana que todavía está en la oscuridad. (*O. J. Sanders*)

La ignorancia es clásica enemiga del conocimiento, porque lo que no se sabe, no existe. (*Diario Clarín, 27/11/88*)

JESÚS, como el misionero número uno, vino a este mundo a «Buscar y a salvar lo que se había perdido» y para cumplir con esa misión, entre otras muchas cosas que hizo, debió enfrentarse con las multitudes necesitadas. Después de haber vivido sus primeros treinta años de preparación, luego de bautizarse y recibir la unción del Espíritu Santo, habiendo vencido a su fiero enemigo y tentador en el desierto, decididamente comenzó a predicar el evangelio y a invitar a sus contemporáneos a entrar en el reino de Dios.

Mateo relata que recorría toda la provincia de Galilea y estaba en contacto con mucha gente que provenía de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán. El sermón del Monte (Mateo 5 al 7) fue pronunciado «viendo la multitud», y en una de las citas que encabeza este capítulo, lo encontramos nuevamente con la visión de la multitud de seres humanos que lo rodeaban.

Jesús y las multitudes

¿Qué sentía Jesús al contemplar las multitudes de su tiempo? Él podía apreciar sus profundas necesidades, y la compasión brotaba de su corazón. No se equivocaba al considerar las condiciones materiales y espirituales en que se encontraban. Las veía «desamparadas y dispersas [«cansadas y abatidas», traduce otra versión], como ovejas que no tienen pastor». En otras palabras, a punto de ser devoradas por los lobos de la maldad y el error. Esta descripción parece un eco de lo que Dios dice en Proverbios 24.11: «Libra a los que son llevados a la muerte, salva a los que están en peligro de muerte». Detrás de esta expresión se ha imaginado que estos que son llevados a la muerte podrían ser comparados con los animales que en un matadero van en fila por un estrecho pasillo al final del cual los espera un afilado cuchillo, y en un instante más... ¡mueren sin sospechar que iban a morir! A semejanza de esos animales que ignoran por completo el destino que les espera, hay multitudes de hombres y mujeres que hoy se dirigen lentamente a la eternidad, totalmente inconscientes de que les espera la muerte y la perdición eterna. ¿Podría ser este cuadro más dramático, más triste y más doloroso?

Los discípulos y las multitudes

Pero la actitud de los discípulos de Jesús frente a este desafío, tal como se ve en los evangelios, presenta un vivo contraste con la de su Maestro y queda bien reflejada en el siguiente episodio.

El más grande milagro que Jesús realizó, fue indudablemente aquel en el cual, usando los cinco panes y dos peces, alimentó a cinco mil hombres, más las mujeres y los niños que los acompañaban (Mateo 14.14-21). Este es el único milagro que está registrado en los cuatro evangelios, dato que destaca la importancia que tenía para Dios, y que debiera tener también para nosotros. Muchos misioneros tienen razón cuando usan este relato para ilustrar la evangelización del mundo. Probablemente esa fue una de las causas de que se repita cuatro veces, puesto que distribuir el Pan de vida a las multitudes hambrientas del mundo es la verdadera misión de la iglesia y la actividad y la meta de todo misionero genuino.

Sin embargo, la narración también deja ver que los discípulos, a esta altura de su ministerio, tenían opiniones y sentimientos muy

distintos sobre lo que se debía hacer con la gran cantidad de gente allí reunida. Se advierte una clara diferencia entre el sentir de Jesús, que tuvo compasión de ellos, y el de los discípulos, que intentaron desentenderse de la situación. El relato deja traslucir que ellos sentían que podían intentar un procedimiento diferente. Observemos algunos detalles:

- «Anocheecía»: fuerte tentación de regresar pronto a casa.
- «El lugar es desierto»: sin recursos a mano.
- «La hora ya avanzada»: ya habían cumplido el horario de trabajo.
- «Despide la multitud»: algo así como: «Señor, tengamos una oración para terminar, y concluyamos la tarea de este día».
- «Que vayan por las aldeas y compren de comer»: que se arreglen como puedan (una de las pocas ocasiones en que los discípulos intentaron enseñarle a Jesús lo que tenía que hacer).

Felizmente, este encuentro no terminó con la sugerencia negativa de los discípulos. De hecho, ellos chocaron de frente con la orden de Jesús: «Dadles vosotros de comer». El Señor, después de vencer uno por uno los «no tenemos», «no sabemos», «no podemos» que alegaban sus colaboradores, buscó y encontró la condición mínima necesaria para obrar: la entrega voluntaria de cinco panes y dos peces. Entonces mandó que la gente se dividiera en grupos, tomó los panes y los peces y los bendijo, los partió, los dio a sus discípulos y estos los entregaron a cada uno de los presentes. Resultado: ¡lo que parecía imposible fue hecho posible! La multitud comió, se sació y se fue satisfecha a sus casas.

Jesús tenía clara la visión, los discípulos todavía no. Él tenía el deseo y la entrega indispensable para alcanzar las multitudes, pero además quería que sus discípulos participaran de ese mismo sentir. La experiencia de ese día parece mostrar que todavía estaban lejos de experimentarlo. Esta tendencia a esquivar las necesidades de otros, ya sea de individuos, familias, pueblos o grupos humanos, no es nueva. Forma parte intrínseca de la disposición egoísta que todos

traemos al mundo por naturaleza, y bajo distintas circunstancias y razones, se expresa de diferentes maneras.

La costumbre de dejar para mañana, o para el año que viene, o para otras personas lo que debiera hacerse hoy, es muy humana, pero lamentablemente —en relación con la evangelización del mundo— ha sido y es sin duda causante de injustificables demoras por las cuales muchos que deberían haber oído las buenas noticias de la salvación, han pasado por este mundo sin haberlas escuchado jamás.

Cómo ve Jesús a las multitudes actuales

El profeta Isaías dice que: «la mano del Señor no se ha acertado para salvar, ni se ha agravado su oído para oír» (Isaías 59.1). Nos preguntamos: ¿qué pasará con sus ojos? ¿Se habrán nublado de tal modo que no pueda ver cómo están las multitudes de nuestro tiempo? Sabemos que: «Jesucristo es el mismo, ayer y hoy y por los siglos» (Hebreos 13.8). Y que Él no ha cambiado ni su carácter ni su compasión (Malaquías 3.6). El salmista nos asegura que: «sus ojos ven y sus párpados examinan a los hijos de los hombres» (Salmo 11.4). Entonces, ¿qué pensará y que sentirá al observar el estado y la condición espiritual en que se encuentran las numerosas comunidades de nuestro tiempo que se debaten en la violencia, la idolatría y la esclavitud del pecado?

Seguramente que tal como se lo dijo a Pablo cuando lo llamó para que formara parte de su Reino y le anticipó el ministerio misionero que quería que cumpliera (Hechos 26.16-18), Él sigue mirando a los seres humanos ennegrecidos y engañados por el dios de este siglo. Los ve como incapaces de conocer al Dios verdadero, de reconocer su culpabilidad y menos aún de advertir la necesidad de confiar en Cristo como su Salvador. Sin duda que los ve descendiendo a la eternidad por el camino ancho y equivocado, y anhela que «se conviertan de las tinieblas a la luz». Los ve esclavizados por Satanás y desea que sean libertados por el poder del evangelio. Los ve cargando con el peso de la culpabilidad, y puesto que Él murió por los pecados de todos para que puedan ser perdonados, anhela que se les comunique esa buena noticia. Sí, los ve desheredados de la vida eterna y quiere compartir con ellos su maravillosa herencia. Él sigue viendo la dura realidad de miles de pueblos, etnias y tribus que suman millones, vi-

ven sin esperanza y desconocen el remedio y la solución que Dios ha provisto para sus males.

Las desviaciones y las profundidades del mal a las cuales conduce el pecado son imposibles de medir y aun describir. Los misioneros cuentan de:

- Muchos budistas que viven con un miedo continuo a sus ancestros.
- Millares de hindúes esclavos del temor a sus dioses, procuran aplacar sus enojos con cantos, rituales y sacrificios.
- Otros rinden adoración a los animales sagrados.
- En casi todas sus religiones domina y prevalece el temor a la muerte.
- Oran y claman a dioses de madera y de piedra que no oyen y por lo tanto no contestan sus plegarias.
- Algunos se cortan las carnes y caminan por el fuego para ganar la simpatía de los malos espíritus, a fin de que no los atormenten.
- En muchos pueblos, cuando nacen mellizos o gemelos uno de ellos debe morir.
- En las costas occidentales del África, criaturas son dejadas en la playa para que cuando suba la marea, las lleve como ofrenda a los dioses del mar.

Es interminable la lista de prácticas basadas en los prejuicios, la ignorancia y las insinuaciones de los espíritus malignos. ¡La condición moral, espiritual y física de miles de pueblos no alcanzados es indescriptible! El Señor los está observando desde el cielo con la misma compasión y dolor que sentía cuando estaba aquí en la tierra. La pregunta que debemos hacernos es ésta: el cuerpo de Cristo, que es la iglesia ¿siente el mismo dolor y preocupación que siente la Cabeza? ¿Cuántas iglesias conocen la desesperante condición de estas miles de comunidades no alcanzadas y están haciendo algo para llegar hasta ellas con el remedio infalible del evangelio de Cristo? El Salvador desea canalizar su amor y compasión a través de su cuerpo, la igle-

sia. ¿Qué siente el lector, como discípulo de Cristo, al pensar y meditar en este cuadro de la humanidad necesitada que suma multitudes?

La extraordinaria cantidad de pueblos

¿Cuántos ciudadanos argentinos pueden decir los nombres de los catorce pueblos indígenas que habitan este suelo?² Tal fue la pregunta que una investigadora dejó flotando en el preámbulo de un artículo que se publicó en las páginas del diario Clarín hace algún tiempo. ¿Cuántos argentinos pueden contestar afirmativamente esta pregunta? La escritora demostró en ese escrito que la Argentina, occidentalizada y blanca, que en un tiempo mantuvo una relación sumamente violenta con la Argentina indígena, hoy ha cambiado y se ha estancado en una segregación sutil a través del olvido y la negación.

Según la información que tenemos, todos los grupos indígenas argentinos están siendo asistidos por distintos programas de iglesias y misioneros evangélicos, pero ¿no sería posible aplicar la observación y pregunta citada más arriba en relación a la ignorancia de los numerosos grupos étnicos dispersos en América y en los otros continentes? ¿Dónde están? ¿Cuántos son? ¿Cómo viven? ¿En qué condiciones?

¿Qué hizo Pablo después que tuvo la visión del varón macedonio y la compartió con sus colaboradores? «Enseguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio» (Hechos 16. 9-10). Es casi seguro que nosotros no vamos a recibir una visión como la que recibió el apóstol Pablo, mayormente porque no la necesitamos, pues actualmente tenemos mapas, planisferios, estadísticas, libros y amplia información sobre el estado y condición de por lo menos ocho mil etnias que esperan escuchar por primera vez, las buenas noticias que nosotros hemos escuchado cincuenta veces, cien veces, algunos durante toda la vida.

Jesús sigue diciendo hoy como lo dijo cuando estuvo en la tierra: «Alzad vuestros ojos y mirad [las regiones del mundo] porque ya están blancas para la siega». Si levantamos la vista y afinamos nuestro

² Tobas, chorotes, chiriguano, pilagás, guaraníes, diaguitas, mocovíes, chaneés, kollas, chulupíes, tehuelches, tapietés, wichíes, mapuches.

oído vamos a escuchar el llamado de miles de pueblos que con sus apremiantes necesidades materiales y espirituales por medio de uno de sus representantes que bien podemos imaginar, nos están rogando, como el varón macedonio: «¡Vengan a ayudarnos!»

¿Dónde están estas etnias, pueblos y tribus necesitadas?

Algunos muy cerca

- En la Argentina, hay centenares de localidades en distintas provincias, sin una iglesia evangélica.
- En el Paraguay, pastores comentan de quinientas poblaciones, sin ningún testimonio evangélico.
- En Brasil, un decreto nacional impide que más de cien tribus reciban a los misioneros y que se plante entre ellas una iglesia.
- En las montañas y selvas de Perú, hay tribus que aún no han sido contactadas, por consiguiente, ignoran el mensaje de salvación.
- En Colombia, alrededor de veinticinco tribus no tienen todavía una iglesia autóctona.
- En la República Dominicana, cuatro mil poblaciones carecen de la más mínima presencia evangélica.
- En México, veinticinco de los ciento veintinueve grupos étnicos que hay en el país, están esperando un misionero.

Algunos más lejos

- Un informe reciente dice que en España siete mil poblaciones de distintos tamaños no tienen ningún testimonio evangélico.
- En Italia hay treinta mil localidades que deben ser evangelizadas...
- En Portugal, alrededor de tres mil seiscientas poblaciones necesitan de misioneros pioneros.
- En Turquía, hay cincuenta provincias o condados donde todavía no hay iglesias evangélicas establecidas.

Muchos otros, más lejos todavía

- En el norte del África, numerosos pueblos musulmanes ignoran el evangelio. En Marruecos, Argelia, Túnez y Libia, está prohibida la actividad misionera.
- En el Norte de la India, aún hay tres mil grupos (castas) que deben ser evangelizados uno por uno.
- En la China aunque ha habido un gran crecimiento, todavía hay muchas poblaciones (pueblos y ciudades) donde no hay una iglesia evangélica.
- En Rusia muchos grupos siberianos necesitan un ministerio pionero.
- En Oceanía hay grupos muy numerosos e islas no evangelizadas en Indonesia y Filipinas (para más datos, ver el capítulo 22).

En los tiempos del movimiento misionero estudiantil (1886-1900) el desafío más común no era: ¿por qué ir? sino más bien: ¿por qué no ir? ¿No siente el lector que en vista de la enormidad de la tarea restante, deberíamos nuevamente enfatizar el segundo desafío?

¡Cuántos hombres aún entre sombras!
¡Cuántos pueblos lejos de su luz!
Nuestras vidas irán a alumbrarlos
Con la antorcha de su cruz.

Qué hacer para que las iglesias conozcan las multitudes

¿Cuál es la orden actual de Cristo para hacer frente al desafío de las multitudes no alcanzadas? Exactamente la misma que dio a sus discípulos al comenzar su ministerio: «Alzad vuestros ojos —les dijo— y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega» (Juan 4.35).

Si el desconocimiento que prevalece en general sobre las urgentes necesidades de los campos misioneros logra mantenernos sin saber de su angustiada realidad, y si lo que no se sabe llega a ser como si no existiera, ¿cómo podemos combatir y vencer esa ignorancia?

Gracias a Dios, disponemos de algunos medios, que si los usamos nos ayudarán a alzar los ojos y ver lo que para muchos, por ignorarlo, es como si no existiera.

En primer lugar sobresale por su excelencia y utilidad el libro titulado *Operación Mundo*,³ escrito por el misionero Patrick Johnstone. Es un libro que a semejanza de un diccionario, no tiene igual. Está en su cuarta edición en español, y por lo que sabemos, es el único en nuestra lengua que ofrece amplia información general y espiritual sobre cada país existente sobre la tierra.

Presenta la extensión geográfica, la población, los distintos grupos humanos que integran cada país. Informa sobre las religiones, las iglesias, las etnias, tribus y comunidades no evangelizadas, los problemas y dificultades que se enfrentan al tratar de evangelizar cada nación, y muchos otros datos de interés.

Se ha dicho que para muchos cristianos este libro es la única fuente de información mundial que jamás verán. Ha sido escrito con dos propósitos principales:

1. *Promover la oración*. Presenta una sección de pedidos de oración asignada para cada día del año.

2. *Movilizar obreros*. Proporciona informes y estadísticas que enfatizan las necesidades de los lugares y grupos no evangelizados de nuestro mundo.

Durante nuestra juventud, los pastores nos recomendaban dos libros que por ser muy importantes, ellos pensaban, ningún creyente debía dejar de leer. El primero, por supuesto sin discusión, era la Biblia. El segundo, *El Peregrino*, la alegoría escrita por Juan Bunyan, que describe las experiencias por las que pasa su personaje llamado Cristiano, en su camino de este mundo hacia la patria celestial. Si la Biblia es el número uno, y *El Peregrino* el número dos, creemos que *Operación Mundo* merece ser considerado el número tres. Cada pastor, líder y cristiano interesado en el avance del evangelio en el mun-

³ Patrick Johnstone: *Operación Mundo*, Editorial Unilit, Miami, 1995, cuarta edición, pág. 579. Posteriormente ha salido publicada una nueva versión en inglés (que está siendo traducida al castellano), y sobre cuyas estadísticas nos basamos en el presente libro.

do debería leerlo y usarlo. Seguramente le dará una visión mundial como ningún otro medio.

Hace más de quince años que este verdadero manual de geografía mundial misionera está en las librerías de nuestro país. Por medio de él podemos aprender —por ejemplo— que hay en el mundo actual más de doscientos cuarenta países, y que dentro de ellos conviven alrededor de veinticuatro mil grupos étnicos diferentes (tribus, etnias, pueblos, naciones) y se estima que ocho mil de esos grupos dispersos y escondidos en los cinco continentes, que totalizan unos mil quinientos millones de seres humanos, todavía no cuentan con el mínimo conocimiento de Jesucristo y su gran salvación. ¿Cuál es la explicación de esta dolorosa situación? Sencillamente, que hasta ellos todavía no han llegado los misioneros pioneros, por consiguiente todavía no hay entre ellos convertidos, ni discípulos, ni iglesia autóctona, ni proclamación del evangelio.

Otro medio, también muy especial, es la *Guía mundial de oración Adopte un Pueblo* (etnia).⁴ Procede de la División Latinoamericana del Centro Estadounidense de Misiones Mundiales, en Pasadena, California. Actualmente se publica en varios idiomas y, entre ellos, en castellano y en la Argentina. Su lectura ayuda a tomar conciencia de las zonas que quedan por evangelizar.

Aparece mensualmente y en cada número expone la situación de alguna parte del mundo. Por ejemplo, presenta los grupos no alcanzados del mundo malayo, los grupos de Mindanao (Filipinas), los grupos budistas de la China, las tribus, lenguas y castas de Uttar Pradesh (India), etnias de la Costa de Marfil (África); los pueblos de Oaxaca (México), etcétera.

Cada día relata una anécdota de un grupo diferente que habita dentro de la zona que está mostrando durante el mes; menciona sus características, necesidades, creencias, cantidad de habitantes, cuáles son sus dioses, lo que se está haciendo para alcanzarlos, y lo que falta por hacer. Menciona cuáles son los temas de oración más urgentes y al pie de la página acompaña cada día una meditación sobre un pasaje bíblico relacionado con las misiones.

⁴ *Guía mundial de oración Adopte un Pueblo* (etnia): Centro Cristiano de Educación y Difusión, Volta 766, 9200 Esquel, Chubut, Argentina.

La suscripción anual a esta *Guía* ampliará su visión misionera, le dará motivos de oración para su devoción personal, reuniones de oración, culto familiar, etcétera, y le permitirá unir su oración a miles de cristianos que en un mismo día oran por el mismo pueblo y sus necesidades.

El tercer punto que puede interesar a muchos es conectarse con la Red Misiones Mundiales (COMIBAM Argentina) que dispone de un departamento denominado Alcance un Pueblo (AUP)⁵ que puede ser consultado por internet y está en condiciones de ofrecer información actualizada de los pueblos no alcanzados.

Oremos para que, con la bendición de Dios, pastores, líderes, creyentes e iglesias, podamos vencer la ignorancia que todavía prevalece acerca de las multitudes que esperan en lo que Jesús denominó: «lo último de la tierra», y que el conocimiento que recibamos promueva la oración y la acción misionera.

⁵ wwwm.mm.comibam.org/departamentoaup.

EL CLAMOR MISIONERO

Hay cien mil almas cada día
Que pasan a la eternidad,
Sin Cristo y su amor;
Sin ningún rayo de la luz
Que resplandece de la cruz.
A noche eterna van.
A noche eterna van.

CORO

Sí, pasan, pasan sin cesar,
Los miles sin Jesús
Que al infierno van,
Que al infierno van.

Huestes de Dios a combatir,
En el poder del Adalid
Que siempre vencerá.
El Capitán guiando está
A las fronteras más allá
Que hay que conquistar,
Que hay que conquistar.

Sí, pasan, pasan sin cesar,
Los miles a la eternidad,
Perdidos sin Jesús.
Pues, pueblo de Dios ¿qué dirás?
Cuando ante el trono del gran Juez
Te acusarán a ti,
Te acusarán a ti.

LETRA: A. B. Simpson.

MÚSICA: J. H. Burke.

TRADUCCIÓN: Samuel G. Barnes.

C A P Í T U L O 2

Segundo problema: la poca cantidad de misioneros transculturales

Mas los obreros, pocos. (*Jesús*)

¿Por qué si es Dios el que llama al ministerio, hay tanta falta de obreros? Es que no todos responden al llamado. (*Santiago Canclini*)⁶

¿Cómo es posible que habiendo tantos seres humanos que se están perdiendo, haya tan pocos cristianos que vayan a evangelizarlos? (*un joven en la conferencia de Urbana, Roger S. Greenway*)⁷

No hay vacantes. (*cartel en una fábrica*)

Después oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? (*Isaías 6.8*)

SALIMOS a la calle en el mismo centro de Buenos Aires, y podemos ver una larga fila de personas que se extiende por más de doscientos metros. ¿Qué hace ese numeroso grupo de hombres, mujeres, adultos y jóvenes en fila en la puerta de un local comercial? Están tratando de conseguir trabajo porque una agencia ha publicado un aviso solicitando un empleado. Hay una sola vacante, ¡y más de trescientas personas procuran conseguir ese puesto!

⁶ Santiago Canclini: *¿A quién enviaré?*, Junta Bautista de Publicaciones, 1963, pág. 23.

⁷ Roger S. Greenway: *Misiones, crucial para esta generación*, Editorial Unilit, 1994, pág. 33.

«No hay vacantes». Esta frase y todo su trágico trasfondo, se ha convertido en los últimos años en la Argentina en el símbolo de una dolorosa realidad. Fábricas, grandes empresas, negocios, laboratorios y numerosas empresas pequeñas y medianas han despedido a sus obreros, porque no tienen trabajo.

Médicos, abogados, ingenieros y otros profesionales calificados se emplean como taxistas, vendedores y otras ocupaciones menos remuneradas porque ¡no hay trabajo! Triste vivencia que la globalización, la tecnología y otras yerbas han producido en nuestro país.

Pero todo lo contrario ocurre en la Gran Empresa de la obra misionera mundial. En las oficinas receptoras de las agencias misioneras se produce un fenómeno exactamente inverso. Hay muchísimo trabajo, hay numerosas vacantes, pero relativamente muy pocos obreros que se ofrezcan. Digámoslo con números concretos: si todavía falta plantar la iglesia en alrededor de estos ocho mil grupos humanos, y suponiendo que decidamos enviar a cada uno de esos pueblos, como mínimo, un equipo de seis a diez personas, necesitaríamos por lo menos ochenta mil obreros para cumplir mediana e inicialmente este objetivo. ¡Hay vacantes! Pero ¿dónde están los candidatos deseosos de cubrirlos?

El drama de la falta de misioneros

¿Qué fue lo primero que hizo Jesús al observar las multitudes que se reunían frente a Él cuando recorría las ciudades y aldeas de Palestina? En una de esas ocasiones, Mateo nos dice que tuvo compasión de ellas y ¿qué dijo entonces?: «¡Necesitamos obreros, muchos obreros! Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies».

Al parecer, esta oración apremiante fue pronto contestada, porque de lo que podríamos denominar una iglesia naciente —que suponemos no contaría con muchos miembros en ese momento—, inmediatamente fueron enviados doce obreros, y poco tiempo después setenta, y de dos en dos se dirigieron a toda ciudad donde el Señor iría (Lucas 10.1). «Edificaré mi iglesia», anunció Jesús, y a medida que esta iba creciendo, nuevos embajadores iban siendo comisionados y enviados.

¿Ha crecido esta iglesia hoy? Después de casi dos mil años se ha extendido en todas las naciones del planeta. Ha llegado prácticamen-

te a todos los países de la tierra. Algunas estadísticas afirman que hay actualmente más de mil millones de cristianos en todo el mundo. Si es así ¿por qué en proporción sigue siendo escaso el número de misioneros?

¿Son pocos en realidad?

Si tomamos en cuenta el total de cristianos que las estadísticas nos dicen que hay en el mundo, y la cantidad de misioneros que ellos podrían generar, y la comparamos con el número de misioneros que están en los campos actualmente, comprobaremos que el número está lejos de ser aceptable.

El informe del especialista David B. Barret dice que hay en el mundo 1.898 millones que son miembros de iglesias cristianas (seguramente incluye a católicos y ortodoxos), y también afirma que hay seiscientos ochenta millones de cristianos de la Gran Comisión. Tomemos entonces para no equivocarnos, de esta última cifra, solo seiscientos millones, que estimamos son evangélicos, y partiendo de esa base imaginemos distintas cantidades de misioneros que podría haber si se cumplieran algunas proporciones que consideramos razonables.

- El misionero y líder de misiones Roy C. Smith, de la agencia ACM, ha expresado públicamente su convicción de que uno de cada cien cristianos tiene un llamado misionero. Si de seiscientos millones, uno de cada cien tiene un llamado misionero, hoy debería haber en el campo por lo menos: ¡seis millones de misioneros!
- *Operación Mundo* informó que hubo un tiempo en que los pentecostales suecos, enviaban misioneros a razón de uno por cada ciento treinta miembros. Si las iglesias actuales siguieran ese ejemplo, y enviaran un misionero cada ciento treinta miembros habría en el campo misionero hoy: ¡4.615.000 misioneros!
- Algunos escritores más moderados han sugerido que, si de cada mil cristianos, dos de ellos fueran llamados, respondieran, y fueran enviados a la tarea, habría en el mundo hoy... ¡un millón doscientos mil misioneros!

- Los autores del libro *Misiones: crucial para esta generación*⁸ afirman que hay cien millones de jóvenes evangélicos en el mundo actual y sostienen que si el uno por ciento obedeciera el mandamiento de Cristo, esta generación podría cambiar el mundo y habría sirviendo en los campos: ¡un millón de misioneros!

Según los datos conocidos el número de misioneros que están en todos los campos del mundo hoy debe estar alrededor de los ¡doscientos cincuenta mil!

- Si deseamos reducir la comparación a la iglesia en la Argentina, algunos afirman que hay en nuestro país en este momento, dos millones de evangélicos, lo cual significaría que si sólo dos de cada mil fueran enviados como misioneros, habría en el campo hoy por lo menos ¡cuatro mil misioneros!

Los informes que conocemos dicen que han salido de las iglesias de la Argentina a los campos del exterior alrededor de seiscientos misioneros. (Para los líderes que opinan que la cantidad de evangélicos en nuestro país es de unos tres millones o más, la diferencia entre lo que podría haber y lo que hay sería mayor todavía.)

Comprendemos el sentir de aquellos hermanos a quienes este asunto de las cantidades, estadísticas y proporciones no les resulta muy agradable. Pero tal vez sea oportuno recordar que hay un libro en la Biblia que se denomina Números, y en él consta que por mandato de Dios, Moisés tuvo que contar a todo el pueblo que estaba en condiciones de salir a la guerra, a fin de conquistar la tierra prometida, y hasta les instruyó acerca del sonido con que deberían tocar las trompetas para convocar al pueblo a la lucha. Nos preguntamos: ¿será que el clarín misionero no habrá sonado con suficiente fuerza y claridad, y por eso muchos soldados del ejército de Dios que deberían estar en el frente de batalla, se han quedado tranquilos en sus iglesias y en sus casas? No será ni la primera ni la última vez que esto ocurra; ya sucedió en los tiempos de Débora y Barac (Jueces

⁸ Op. cit., pág. 7.

5.16-18). Hubo tribus que se quedaron, y otras que se jugaron enteras y arriesgaron sus vidas.

Nos parece que tenía razón aquel estudiante que en una de las conferencias misioneras que se celebraron en Urbana, hace algunos años, al escuchar un informe sobre la cantidad de habitantes que hay en el mundo que aún no han escuchado el evangelio, y conocer el número de creyentes que hay en las iglesias, imprevistamente, desde la parte posterior del auditorio gritó en alta voz:

—¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que habiendo tantos seres humanos que se están perdiendo, haya tan pocos cristianos que vayan a evangelizarlos?

—Esa es una muy buena pregunta —replicó McQuilkin, el predicador que estaba hablando en ese momento—. De hecho —prosiguió—, yo conozco a Alguien que hace esa pregunta diariamente.

—¿Y quién es? —preguntó el estudiante.

McQuilkin entonces, hizo una seña apuntando al cielo, y un profundo silencio se produjo en todo el auditorio.

¿Cómo es posible?

¿Por qué no hay un mayor número de obreros?

Creemos que no se puede contestar esa pregunta en forma absoluta. En primer lugar, porque varios factores inciden en este resultado, y algunos pueden ser conocidos, pero otros tal vez no. Además, porque la lógica y la matemática humanas, no siempre coinciden con la manera de obrar de Dios. También porque sólo Dios conoce las intenciones y motivaciones íntimas del corazón de los seres humanos, y Él sería el único que pudiera decir con certeza por qué centenares de hombres y mujeres que hoy deberían estar sirviendo como misioneros, tristemente no lo están haciendo.

Sí, pensamos que podemos mencionar algunas causas que son conocidas por la simple observación de los hechos, o por testimonios que se han dado y pueden explicar de alguna manera por qué el ejército misionero no cuenta con una mayor cantidad de soldados en el campo de batalla.

Ahora bien, si damos por sentado que Dios es el que llama —creemos que eso es lo que claramente enseñan las Sagradas Escrituras— y que no es posible pensar que Dios esté llamando menos

obreros de los que son necesarios para realizar la tarea (si así lo hiciera Él sería, en alguna medida, el responsable de la situación), surge entre las posibles razones, que de los muchos que han experimentado un claro llamado a dedicar totalmente sus vidas a la proclamación del evangelio, un número considerable...

No ha respondido al llamado

¿Es posible hacer esta afirmación? Admitimos que parece un tanto atrevida. Tal vez si presentamos la cuestión desde otro ángulo, sea más fácil entenderlo. La forma de plantearlo sería así: ¿puede un creyente, un hijo de Dios, desobedecer a Dios? ¿Puede una persona que ha nacido de nuevo obrar carnalmente? ¿Puede alguien que ha experimentado la salvación ser vencido por las tentaciones y hacer cosas desagradables a Dios? A estas y a otras preguntas semejantes tenemos que contestar afirmativamente. La conversión, la salvación, la nueva relación que entablamos con Dios al recibir a Cristo, no cancelan ni anulan el ejercicio de nuestra voluntad.

Numerosos ejemplos consignados tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento así lo prueban. Las frecuentes desobediencias del pueblo de Israel, los casos de Sansón, David y Salomón entre otros. La negación de Pedro y los ejemplos de Ananías y Safira, de Juan Marcos y Demas, en ciertos momentos alejándose del camino divinamente señalado, nos muestran que no importa cuán espiritual llegue a ser un creyente, puede bajo ciertas circunstancias desobedecer a Dios y apartarse, aunque sea por breve tiempo. Y cuando esto ocurre, como en el caso de David, puede dar origen a tristes consecuencias que después no se pueden modificar, aunque el pecado haya sido perdonado, y la comunión con Dios haya sido restaurada.

El misionero G. C. Weiss relata en uno de sus libros⁹, que cuando era estudiante en un seminario, uno de los profesores al comenzar una clase los sorprendió diciendo: «Yo he vivido la mayor parte de mi vida en la segunda opción u oportunidad [¿el plan B?] que Dios me ha dado». Seguidamente, se sintió guiado por el Espíritu a contarnos su historia. Nos dijo que en su juventud, Dios claramente lo había llamado a ser un misionero, pero una equivocada elección en

⁹ G. C. Weiss: *Good News Broadcasting Association*, Estados Unidos, pág. 16.

su matrimonio lo desvió del camino; prácticamente se apartó de la iglesia, se dedicó a los negocios con la idea de hacer dinero, tener una linda casa y pasarla bien. El Espíritu de Dios siguió hablándole, pero él no hizo caso de sus indicaciones.

Pasaron los años, hasta que un día recibió en el banco donde trabajaba un llamado telefónico, con una triste noticia. Su hijito se había caído de una silla y había fallecido. Inmediatamente sintió que Dios tuvo que permitir esa amarga experiencia para llevarlo al lugar de rendición. A solas con Dios reconoció su desobediencia y se rindió para hacer su voluntad. Pero ya era demasiado tarde para ir al África. Esa puerta se había cerrado para siempre, aunque él sabía que Dios, una vez claramente lo había llamado.

Clamó a Dios y le pidió que tomara nuevamente su vida. Dios oyó su oración y le concedió un fructífero ministerio para capacitar y ayudar a otros a ir a los campos misioneros, pero testificó con lágrimas que por desobedecer, había perdido el primer y más excelente plan que Dios tenía para su vida. ¡Si hubiera obedecido habría sido un misionero más! Muchas personas han dado un testimonio parecido.

El Dr. Osvald J. Smith refiriéndose al hecho que cuando alguien siente el llamado a ser misionero, seguramente experimentará la oposición de Satanás, dice:

Tan pronto como usted decida llegar a ser un misionero, el enemigo hará todo lo que pueda para desalentarlo. Procurará que tenga dificultades para juntar el dinero que necesita para su preparación. Puede hacer que los miembros de su familia se opongan a su decisión. Si no puede lograrlo de esa manera, él intentará lo que ha hecho en centenares de casos. Tratará de que usted, una mujer joven, se sienta atraída por un compañero que no tenga ninguna idea de llegar a ser misionero, y si usted se casa con él, jamás llegará a cumplir su llamado. O él procurará que usted, un excelente joven, se enamore de una señorita que no está pensando en ser misionera, y si usted se casa con ella, allí termina para siempre su vocación misionera.

Me es imposible decirles cuántas personas de mediana edad han venido a encontrarse conmigo para decirme: «Dr. Smith, Dios me llamó a la obra misionera, pero me casé con un hombre que no sentía ese llamado, y ahora tenemos una familia, estamos en la mitad de nuestra vida y ya es muy tarde.

He perdido el plan más excelente que Dios tenía para mí, y debo aceptar su segundo mejor», y al decir esto, se han puesto a llorar.¹⁰

La misionera Isabel Kuhn lo ha expresado de manera similar:

Yo creo que en cada generación Dios ha llamado suficientes hombres y mujeres para evangelizar todas las tribus no alcanzadas de la tierra. Por todas partes por donde voy, me encuentro constantemente con personas que me dicen: «Cuando era joven, yo quería ser misionero, pero me casé y...», o «Mis padres me convencieron de lo contrario». No es que Dios no llama. Es que el hombre no responde.¹¹

Muchos jóvenes y señoritas que han asistido a congresos, conferencias o campamentos han tenido experiencias en las cuales la Palabra de Dios ha llegado a sus corazones, y han estado cara a cara con el Señor y el claro llamado a su servicio. Muchos sin duda han respondido afirmativamente y como Pablo pueden decir: «No fui rebelde a la visión celestial». Pero otros que han tenido la misma iluminación, posteriormente optaron por tomar otros caminos.

Hace muchos años recorté de una revista la carta que sigue a continuación. La persona que dio origen a la misma, seguramente está representando a muchas otras:¹²

Querido Eduardo:

Recibí tu carta con gran alegría y no fue poca mi sorpresa al enterarme de tu gran revelación; es decir, que seguirás la carrera de Derecho, considerando que pocos son los abogados cristianos, y que la abogacía tiene gran necesidad de hombres de Dios.

Esperas, seguramente, que te felicite por tal revelación; sin embargo, créeme que me entristece. Yo esperaba una carrera diferente para ti, y todo me hacía suponer que así sería.

No olvidaré jamás aquella noche memorable en el campamento junto al mar; quizás tú también conserves el recuerdo. Siempre tuviste inquietudes, pero aquello fue distinto. Era la última noche; concluía el fogón y en pocas horas

¹⁰ Oswald J. Smith: *The Challenge of Missions*, Lakeland, STL Books, Bromley, 1986, pág. 95.

¹¹ Isabel Kuhn: expresión tomada de uno de sus libros.

¹² Tomado de una revista evangélica, identidad desconocida.

más, cada uno de nosotros estaríamos absorbidos por nuestras preocupaciones y trabajos.

¡Qué noche aquella! Dios obró con poder. El predicador habló de la evangelización del mundo, de la tarea inconclusa, de cien mil almas que viven, luchan, sufren y mueren cada día, sin Cristo y sin esperanza. Habló de doradas mieses que pacientemente esperaban porque no había quién las cosechara. Dijo que Dios necesitaba hombres que estuvieran dispuestos a dejarlo todo, que estuvieran prontos aún al sacrificio, y que fueran a anunciar a Cristo.

Luego de la invitación, cuando todo aparentemente concluía, diez jóvenes, entre ellos tú, respondieron. Recuerdo muy bien tus ojos enrojecidos por el llanto y tu oración entrecortada por la emoción, y los sollozos. Se lo prometías todo, se lo dabas todo al Maestro: vida, tiempo, talentos... prometiste ir con él hasta lo último de la tierra. Los otros también lo hicieron. Ahora todo ha pasado.

Sé que Carlos es médico y ejerce, Alfredo concluye ingeniería, Margarita se casó, y Ana María es profesora de matemáticas. De los otros nada sé. No tengo noticias de que alguno de ellos haya hecho su solicitud para ingresar a algún seminario o instituto bíblico.

Creí en ti. Durante estos dos años oré por ti cada día. Siempre pensé que tenías todas las condiciones para ser un siervo de Dios. Te imaginé con tu recia personalidad, tu voz sonora, tu viril estampa proclamando a Cristo a multitudes deseosas de oír. Y ahora, todo se acabó, ¿qué quieres que te diga? Tu decisión me desilusiona y me sume en profunda tristeza. Creo que al Maestro también.

Eduardo, Dios no necesita tanto abogados, ingenieros o médicos, como hombres y mujeres que habiéndole rendido sus vidas en una entrega total, absoluta y definitiva, sean capaces de oír su voz y estén dispuestos a ir donde Él los envíe. Ante la imperiosa y urgente necesidad de concluir la tarea en esta hora final, cuando el día declina y la noche viene, créeme, Dios no necesita otra cosa que segadores, independientemente de que El pueda usar también otras profesiones.

Sé que esta carta te entristecerá como me entristeció la tuya, mas espero y ruego al Señor de la mies que sirva para que reconsideres tu decisión. Todavía estás a tiempo. Obedece al Señor.

Recibe mi aprecio y mis mejores deseos para ti y tu futuro.

Quien te ama,

Ricardo

¡Cuántos potenciales misioneros se habrán descalificado por algunas de las causas que hemos mencionado!

Muchos cristianos nunca han oído este llamado

¿Y por qué? Porque en sus iglesias, en los más de cincuenta domingos que tiene el año, nunca se celebró una conferencia misionera, ni se predicó un mensaje sobre misiones, y menos aún se presentó el llamamiento bíblico a dedicar totalmente la vida al ministerio de la predicación, para que los que respondan se preparen para ser pastores, evangelistas, misioneros, etcétera. Dios es el que llama, y para hacerlo puede usar distintas maneras, pero es un hecho indiscutible que el medio preferido que Él usa es su Palabra. ¿Cómo llamó a Moisés, a Jeremías, a Mateo, a Pablo y a muchos más? Por medio de su Palabra que bajo la acción de su Espíritu, tiene hoy el mismo poder que tuvo ayer. ¡Muchos siervos de Dios testifican haber sentido el llamado al escuchar, por ejemplo, un mensaje basado en las palabras de Dios a Isaías: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí!» (Isaías 6.8). Y como en este caso, Dios ha usado muchos otros pasajes parecidos para llamar a sus siervos.

Pero es triste constatar que en muchas iglesias pasan meses, tal vez años, y tal desafío no se presenta. Como bien ha dicho el misionero Milton Pope: «Tenemos lo que predicamos. Si predicamos sobre santidad, tendremos como resultado santidad; si predicamos misiones, tendremos misiones». Y bien podríamos agregar: si predicamos sobre el llamado, veremos a muchos responder al llamado de Dios. Al concluir muchas conferencias misioneras, los asistentes a las mismas nos han manifestado: «Si yo hubiera escuchado estos mensajes hace veinte años, posiblemente hoy estaría en el campo misionero».

Otra posible causa para la falta de obreros es que cualquier otro oficio, trabajo o profesión —humanamente hablando— demandará menos sacrificios que ser un misionero.

Se ha dicho con razón que ésta es una tarea para valientes, y sin duda en gran medida lo es. Hay muchas vocaciones, profesiones, trabajos, empleos y maneras de invertir la vida que son mucho más atractivas y menos riesgosas. Mucho más fáciles y más cómodas.

Una de las hijas de William Booth, fundador del Ejército de Salvación, fue enviada a conquistar a Francia para Cristo. Después de cincuenta años de fructífero ministerio, cuando la radioemisora BBC de Londres le hizo un homenaje público y alguien le preguntó cuál había sido el secreto de su éxito en un país tan difícil, ella contestó:

El secreto es muy simple: primero, amor; segundo, amor; y tercero, amor. Y si me preguntan cómo se produce esto, creo que también puedo contestar: primero, sacrificio; segundo, sacrificio; y tercero, sacrificio.

Su vida y testimonio prueban que fue una buena discípula de su padre, quien exhortando a sus oficiales les decía:

El verdadero soldado cristiano debe elegir no meramente la salvación de las almas como el blanco de su vida, también debe elegir aquel sufrimiento sin el cual ellas no pueden ser salvadas. Él abraza el blanco y también el único medio por el cual ese propósito se puede alcanzar. Él comprende que como su Maestro sólo pudo efectuar la salvación del mundo por sufrir la cruz, de igual manera, su seguidor sólo puede conseguir la salvación de almas por soportar vergüenza, pérdidas y sufrimiento, y él está enteramente conforme que así sea.

Digámoslo en las palabras de Cristo: «El que no se niega a sí mismo, no toma su cruz, y no sigue en pos de mí, no puede ser mi discípulo»... ni misionero (Lucas 9.23; 14.27).

El pastor Santiago Canclini concluyó su hermoso libro: *¿A quién enviaré?* con este elocuente llamado:

Dios llama a hombres y mujeres para llevar este mensaje de poder centrado en la cruz. Es necesario que haya quienes respondan a este llamado. Que se decidan después de orar al Señor, aquéllos que están dispuestos a dar su vida para esta tarea. Que se decidan los que, como Josué y Caleb, digan sin temor a los riesgos de la conquista: «Subamos y poseámosla». Que se decidan los que, como los trescientos de Gedeón, no temen ni se estremece en la lucha. Que se decidan los que como Eliseo, están dispuestos a quemar el arado y asar los bueyes, resueltos a dejarlo todo. Que se decidan los que como los siete mil del tiempo de Elías no doblen sus rodillas ante los falsos dioses y doctrinas extrañas. Que se decidan los que como Jeremías, sientan un fuego ardiente en su corazón, fuego de amor por su Señor y por las almas. Que se decidan los que como Pablo están dispuestos a decir: «En cuanto a mí, presto estoy a anunciar el evangelio». Que se decidan los que quieran dejar de confiar en sí

mismos y depender del poder del Espíritu porque siendo débiles se han hecho fuertes. Que se decidan los que están dispuestos a no gloriarse en sí mismos sino en la cruz de Cristo. Que se decidan los que quieren ser colaboradores con Dios llamando a los hombres para que se reconcilien con Él. Que se decidan los que oyendo el llamamiento: «¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?», oren, busquen la voluntad de Dios y, finalmente, respondan sin vacilar: ¡Heme aquí, envíame a mí!¹³

¿Se puede modificar esta realidad?

Estamos convencidos de que hay una cadena de factores que como eslabones unidos nos conducen a la falta de obreros. Pero esto no debe seguir así. Es posible modificar esta realidad. Algunos pasos que se pueden dar en esta dirección son los siguientes:

1. *Información adecuada.* Un porcentaje elevado de cristianos desconoce que miles de grupos étnicos, que suman millones de seres humanos, viven en las más densas tinieblas espirituales y están sin Dios, sin esperanza y sin Cristo (ver capítulos 1 y 22). Y nadie se preocupa ni ora por una necesidad que no conoce. Por lo tanto, el primer paso para cambiar la situación actual es presentar vívidamente a las iglesias la dramática condición de miles de etnias, tribus y pueblos escondidos dentro de los límites geográficos de muchas naciones, que no tienen la más mínima idea de quién es Dios, quién es Jesucristo, ni qué es el evangelio, único camino de salvación y vida eterna. Hacer esto, es equivalente a obedecer el mandamiento de Cristo que sigue diciendo que alcemos los ojos y miremos a estas comunidades esclavizadas por el pecado, la ignorancia y Satanás.

2. *Oración ferviente.* El conocimiento de lo que todavía queda por hacer, nos recuerda otro mandamiento clave del Señor: «Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies». ¿Cómo se produce la visión de la necesidad que mueve al pastor y a la iglesia a clamar por obreros? En muchos casos, se ha dicho, que una de las mejores maneras de encender esta llama es enviar al siervo de Dios a vivir durante unos seis meses en uno de los campos misioneros. Se ha comprobado que el contacto con la realidad dolorosa que encontrará

¹³ Santiago Canclini: *¿A quién enviaré?*, Junta Bautista de Publicaciones, 1963, pág. 170.

allí, lo transformará, y al volver lo impulsará a compartir con la iglesia la visión, la carga, y lo motivará a enseñar y exhortar a la iglesia a orar y pedir por obreros, recursos y todo lo que sea necesario para evangelizar a estas comunidades que nunca han oído del amor y la gracia del Dios verdadero.

3. *Predicación y enseñanza bíblica sobre misiones.* Una Conferencia Misionera Anual es lo mínimo que toda iglesia evangélica debería realizar. Esta siembra debe hacerse continuamente a fin de profundizar la visión, las convicciones y los compromisos. La consideración de estos temas crea el clima o ambiente espiritual ideal para que respondan aquellos que Dios está llamando a dedicar totalmente sus vidas. Este desafío que generalmente se presenta en los congresos, también debería hacerse en la iglesia local. ¿Cuántos obreros pediremos al Señor durante este año? La cifra debería figurar en las metas de la conferencia misionera de la iglesia local. De esto se puede decir lo que Pablo decía de las ofrendas, que: «El que siembra escasamente [predica pocas veces sobre el llamado a la obra] también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará».

4. *Ejercicio de la fe.* Continuamente el Señor exhorta a sus discípulos a ejercitar y desarrollar la fe, y censura duramente la incredulidad. Toda la Biblia ilustra las tristes consecuencias de la incredulidad y los gloriosos resultados que se logran por la fe. Los israelitas que por fe salieron de Egipto y por fe cruzaron el mar Rojo, por causa de su incredulidad vagaron cuarenta años por el desierto y no pudieron entrar en la tierra prometida. Bajo el liderazgo de Josué, por la fe cayeron los muros de Jericó, por la fe conquistaron reinos y tomaron posesión de la tierra que Dios les había regalado. El capítulo 11 de Hebreos nos da una lista de las hazañas que hombres y mujeres realizaron mediante la fe. La pregunta obligada es ésta: como pueblo de Dios ¿estamos usando adecuadamente este tremendo potencial que es la fe? Jesús nos dio una idea de lo que ella puede lograr cuando dijo: «De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte diréis: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración creyendo, lo recibiréis» (Mateo 21. 21-22).

En Hebreos 11 está escrito que:

- Algunos «por la fe conquistaron reinos».
- Algunos «por la fe alcanzaron promesas».

¿Se podrá leer algún día en la eternidad, en la continuación de Hebreos 11 (pues se dice que continúa abierto) que:

- La iglesia A por fe evangelizó a la tribu B.
- La iglesia C por fe sostuvo durante diez años al misionero D que plantó la iglesia en la etnia E.
- La iglesia F por fe logró que el pueblo G en lo último de la tierra, recibiera a los misioneros, y se plantara entre ellos una iglesia.
- La iglesia H por fe logró que el país I, que prohibía la predicación del evangelio abriera sus puertas y...

«Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Jesús).

C A P Í T U L O 3

Tercer problema: centenares de iglesias que no participan en las misiones transculturales

¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? (*Romanos 10.15*)

La iglesia local es la plataforma de lanzamiento para la obra misionera. (*Patrick Johnstone*)¹⁴

El Espíritu Santo de Dios nunca dejó de enviar obreros; pero la iglesia sí ha dejado de reconocer, orientar y sostener a los enviados. (*David Alencar*)¹⁵

El mayor obstáculo, no son tanto los pocos obreros, sino las pocas iglesias enviadoras. (*Ralph Winter*)¹⁶

ES VERDAD que en el mundo actual hay muchas iglesias que no participan del propósito de enviar y sostener misioneros con el fin de evangelizar a los centenares de etnias, tribus, pueblos y culturas que nunca han escuchado las buenas noticias de la salvación que Dios provee por medio de su Hijo Jesucristo? Esta pregunta —que en realidad es una afirmación— pareciera ser una herejía, pero

¹⁴ Patrick Johnstone: *The Church is Bigger than You Think*, Christian Focus Publications, 1998, pág. 181.

¹⁵ David Alencar: «El ciclo de vida de una iglesia misionera», en *Ayudas misioneras*, Misiones Mundiales, Santa Fe, Argentina, pág. 3.

¹⁶ Mobilizer Magazine, vol. 9:1: citado por Larry Walker, pág. 15.

no lo es. Alejandro Duff, el gran misionero que gastó su vida en la India afirmaba:

Ningún cristiano puede correctamente decir que no cree en las misiones, porque implicaría decir que no cree en su propia religión. ¿Por qué? Porque la razón de la existencia de la iglesia como cuerpo de Cristo en la tierra, es el resultado de la obra misionera mundial.¹⁷

Patrick Johnstone confirma el concepto de Duff con estas palabras:

Las Escrituras, la teología, la iglesia, y aún los cristianos no existirían si no hubiera misiones. Por lo tanto, una teología sin misiones no es una teología bíblica; una iglesia sin misiones no es una verdadera iglesia, y un cristiano sin misiones no es un verdadero discípulo. Para los cristianos, misiones no es un extra opcional para unos pocos fanáticos o para algunos especialmente ungidos; es más bien una definición fundamental de quiénes somos los que estamos en Cristo, y el por qué y para qué estamos unidos a Él.¹⁸

¿Quién envía a los misioneros?

El testimonio de las Escrituras muestra claramente, que primeramente el Padre envió al Hijo a este mundo para ser el Salvador (Juan 20.21). Posteriormente el Hijo de Dios envió a los Doce, y más adelante a los Setenta. El Espíritu Santo a través de la iglesia de Antioquía envió a Bernabé y a Pablo, y siguiendo en esa línea, a través de dos mil años, un innumerable ejército de hombres y mujeres han respondido al llamado divino, y bajo la dirección del Espíritu Santo han sido enviados por medio de iglesias, agencias, colaboradores individuales, y otros. No se necesita hacer un estudio muy profundo para descubrir que es Dios quien llama y envía mediante la acción y ministerio de su Espíritu. Pero, ¿cómo lo hace? Lo hace usando la instrumentalidad de la iglesia. «La iglesia es el agente de Dios en la tierra, el medio por el cual Él se expresa en el mundo. Dios no tiene ningún otro representante redentor en la tierra».¹⁹

¹⁷ Eddy: *Pathfinders of the World Missionary Crusade*, Abingdon Cokesbury Press, 1945, pág. 14.

¹⁸ Op. cit. pág. 23.

¹⁹ Melvin Hodges, citado por Howard Snyder en: *The Church as Agent in Evangelism*.

Si quisiéramos ampliar el tema un poco más, comprobaríamos que, como la historia de las misiones y la experiencia lo atestiguan, dentro de la iglesia como cuerpo de Cristo se pueden distinguir tres componentes que es imposible negar o descartar:

1. La iglesia como congregación local.

2. Las instituciones de enseñanza y capacitación: seminarios, institutos bíblicos, centros de preparación transcultural, escuelas de misiones, etcétera.

3. Las agencias de envío: investigación, promoción, y acompañamiento de los misioneros enviados por las iglesias al exterior.

Cada una de estas tres instituciones forma parte de toda la iglesia y tienen, cada una de ellas, una contribución definida y particular que hacer en el proceso de enviar misioneros.

Pero la iglesia local, a la que bien se la ha llamado la plataforma de lanzamiento de misiones, es evidente que ocupa un lugar irremplazable y debe cumplir una función fundamental. Sin ella la evangelización del mundo no es posible.

G. W. Peters afirma con claridad:

Creemos que estamos en armonía con el pensamiento del Nuevo Testamento si establecemos que la congregación local de creyentes está en una única relación con Cristo, y que la asamblea local llega a ser la mediadora y el autorizado cuerpo de envío del misionero del Nuevo Testamento. Este es un principio bíblico vital que no deberíamos debilitar, despreciar ni ignorar.²⁰

Entonces, ¿cuál es el problema? Digámoslo así: el problema lo constituyen la cantidad de iglesias que no sólo no generan ni envían misioneros a las regiones necesitadas de evangelización, sino que tampoco piensan en promover ni en colaborar con la obra misionera mundial de ninguna manera. Pablo pregunta en su argumentación de Romanos 10: «¿Cómo predicarán si no fueren enviados?» ¿Por qué hay iglesias de las cuales continuamente surgen y son enviados misioneros, y hay muchas otras que después de largos años de existencia no generan ni sostienen a ninguno?

²⁰ George W. Peters: *A Biblical Theology of Missions*, Moody Press, Chicago, 1992, pág. 219.

Una parte de la realidad actual

Recordamos que Ralph Winter en un reportaje usó una conocida comparación para ilustrar la realidad misionera actual. Dijo que se asemeja a un vaso que está la mitad lleno y la mitad vacío, y advirtió que siempre es posible enfatizar un aspecto e ignorar el otro. La mitad del vaso lleno significaría el evidente progreso que la obra misionera está experimentando prácticamente en todos los campos del mundo. En algunos informes se habla de miles de conversiones diarias, centenares de iglesias que se abren cada semana, decenas de misioneros entrenados y enviados, y muchos datos más. ¡Gloria a Dios por todo esto! ¡Nos motiva para agradecer y adorar por cada avance y progreso que se está produciendo en nuestro país, en América latina, y en todo el mundo!

Es un dato bien conocido por todos los que están interesados en el tema de las misiones, que en los últimos veinte años, este aspecto fundamental del plan de Dios ha tenido un avance positivo muy importante también en nuestro país. A través de instituciones como la Red Misiones Mundiales, COMIBAM Internacional, JUCUM, Operación Movilización, Cruzada Estudiantil, departamentos de misiones denominacionales como la Unión de las Asambleas de Dios, los bautistas, y otros, se han celebrado muchos congresos misioneros en distintas partes del país, así como numerosas conferencias misioneras en iglesias locales. La enseñanza y predicación de este tema prioritario de la Biblia ha dado sus frutos. Todos estamos agradecidos a Dios por esta lluvia de bendición sobre la iglesia.

Pero la finalidad de este capítulo es que también nos fijemos en lo que representa la mitad del vaso vacío. ¿Cuál es esa otra parte? ¿Qué nos muestra el otro medio vaso?

La cruda realidad pone de manifiesto que si bien es cierto que hay una cantidad de iglesias que están creciendo y esforzándose para cumplir con el último mandato de Cristo de proclamar el evangelio hasta lo último de la tierra, también es verdad que hay un porcentaje mucho mayor que parece ignorar o pasar por alto este encargo fundamental.

Tal vez un ejemplo práctico, puede ilustrar mejor lo que deseamos decir. Una importante denominación, la Unión de las Asambleas de Dios, que cuenta con líderes que han tomado a las misiones

muy en cuenta, ha tenido el coraje de publicar una estadística en su revista *Edifiquemos* sobre el estado y la participación de sus iglesias en la obra misionera. Ellos hace un tiempo ofrecieron el siguiente cuadro. Dijeron que sobre mil iglesias que la denominación tenía:

- Cincuenta iglesias ofrendaban y enviaban misioneros.
- Doscientas iglesias hacían algo, pero no de acuerdo con su potencial.
- Setecientas cincuenta iglesias no apoyaban a ningún misionero.

Entendemos que estos números han cambiado un poco. En los últimos años (hay más iglesias) las ofrendas han crecido pero también se nos ha informado que la proporción arriba presentada no ha variado mucho. La pregunta que surge lógicamente es la siguiente: si esta denominación que entendemos es la que más misioneros ha enviado al exterior y es también la que, creemos, mayor cantidad de dinero ofrenda para las misiones está en esta condición, ¿cómo estarán las otras iglesias o denominaciones? En el mismo artículo citado arriba se informó que en la Argentina había en ese momento doce mil iglesias evangélicas, pero se afirmaba que nueve mil no participaban en misiones transculturales de ninguna manera.

Roy C. Smith²¹, un líder de misiones que pertenece a la ACOM y ha visitado nuestro país en los últimos años, comentó que en los Estados Unidos hay más de trescientas mil iglesias protestantes de las cuales:

- Una tercera parte son liberales.
- Una tercera parte están comprometidas con las misiones.
- Una tercera parte no manifiestan ningún interés en las misiones.

La conclusión que podemos sacar de esta fotografía de la mitad del vaso vacío es la siguiente: si estas cifras son más o menos reales, estamos como peleando una batalla pero ¡con solamente el treinta por ciento de las fuerzas disponibles! El Dr. John Stott ha expresado un

²¹ Visita al país con fecha 13 de mayo de 1999.

hecho que es muy evidente: «A menos que se movilice toda la iglesia, no es probable que la totalidad del mundo sea alcanzada».

Recientemente por una circunstancia especial, tuvimos la oportunidad de visitar en un mismo día domingo la reunión principal de tres iglesias de distintas denominaciones del Gran Buenos Aires y la Capital Federal. Participamos del programa completo de cada una y registramos estos datos que nos llamaron la atención. En ninguna de las tres se hizo referencia a la obra misionera en el desarrollo del programa. En ninguna se dio algún informe misionero, tampoco hubo alguna oración por las misiones. Por lo menos de dos de esas iglesias sabemos que aportan para el sostén de misioneros, pero no se los mencionó en ningún momento. Lejos sea de nosotros emitir un juicio definitivo sobre esta observación, pero nos preguntamos en cuántas iglesias del país pasará lo mismo cada domingo. Y si habrá algún domingo en el cual el énfasis sea diferente.

¿Por qué no hay más iglesias enviadoras?

Aunque tengamos muchas opiniones distintas para contestar esta pregunta, creemos que en una cosa estaremos de acuerdo: esta situación no es resultado de la casualidad. Todo lo contrario, causalidad sería más bien la palabra que nos haría pensar en causas importantes que nos han conducido a tal estado de cosas. Algunos siervos de Dios nos dicen lo que ellos creen sobre este punto tan importante:

En la primera centuria, el estudio de las misiones llegó a ser la madre de la teología. Sin embargo a medida que Europa fue cristianizada, y el cristianismo llegó a ser la religión establecida en el Imperio Romano y más allá, la teología perdió la dimensión misionera (Martín Kahler).²²

Los misioneros que fueron a América del Sur realizaron una tremenda labor de evangelización. Sin embargo, como alguien observó, no movilizaron en absoluto a la iglesia latinoamericana hacia las misiones (Frank Dietz).²³

La iglesia hoy en día, universalmente hablando, está bastante centrada en sí misma. En muchos países veo que el testimonio de ella no sale ni siquiera de la puerta del templo. Nuestro mensaje tiene que romper las cuatro paredes en

²² Op. cit., pág. 60.

²³ Frank Dietz: *La restauración del ministerio bíblico*, Editorial Unilit, 1994, pág. 25.

las cuales hemos estado encerrados. Dios quiere que la iglesia invada el mundo (Thomas Wang).²⁴

La experiencia y la historia cristiana nos muestran que el egoísmo que sigue predominando en el creyente y en la iglesia local, a pesar de la obra regeneradora de Cristo, hace que la obra local absorba todos los esfuerzos de sus miembros, a menos que se haga un esfuerzo tremendo para vencer esta tendencia. Parece que Jesús reconoció esto cuando dijo a sus discípulos: «Me seréis testigos en Jerusalén» (pero no solamente en Jerusalén) también «en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra». Sin embargo, a pesar de lo que les dijo, tuvo que enviar una persecución grande para sacarlos de Jerusalén. Una verdad fundamental que la iglesia local en muchas ocasiones pierde de vista, es que realmente prospera cuando es altruista y generosa en el sostén de la obra que queda más allá de sus puertas, y de esta manera obedece el mandato de Cristo de predicar el evangelio a toda criatura. La historia nos muestra en un sinnúmero de casos que la iglesia que brilla solamente para sí, y para las localidades donde se halla situada, pronto encuentra que su luz se apaga del todo (Dr. Tomas B. Hawkins).²⁵

La educación teológica ha hecho de la misionología una Cenicienta, cuando al principio fue realmente la fuente de todo estudio teológico (Patrick Johnstone).²⁶

La visión por la evangelización mundial tiene que ser impartida a los pastores durante su capacitación teológica (Patrick Johnston).²⁷

Los seminarios, institutos y escuelas bíblicas de preparación de obreros deben volver a asignar a las misiones el lugar primordial y central que ocupan en las Escrituras. Una reciente investigación llevada a cabo por SEPAL en Brasil, revela que: «El pastor local es la principal fuente de la visión misionera de la iglesia. De un total de 280 encuestados, 188 respondieron que el movimiento

²⁴ Thomas Wang: *Desde lo último de la tierra*, Misiones Mundiales/Comibam Internacional, Santa Fe, Argentina, 1990, pág. 25.

²⁵ Tomás B. Hawkins: Prólogo al *Manual de historia de las misiones*, 1948.

²⁶ Op. cit., pág. 60.

²⁷ Patrick Johnstone: *Operación Mundo*, Miami, Editorial Unilit, 1995, pág. 122.

misionero de su iglesia surgió del pastor». Esto nos hace pensar en la formación misionera de estos hombres (David Alencar).²⁸

Como en forma pintoresca, alguien lo ha expresado: «El pastor es la clave o el clavo para la actividad misionera de una iglesia». Es muy probable, y también es normal que un pastor no sienta que Dios lo ha llamado para ser misionero. Pero es necesario, fundamental y muy importante que al concluir su preparación teológica tenga una clara visión misionera que le permita guiar a su iglesia a participar en planes y programas que tengan como meta lo último de la tierra, porque en la dirección que va el pastor, en esa dirección irán también las ovejas que lo siguen.

El pastor S. Earle Taylor cuenta que le preguntó una vez a un misionero:

¿Cuál es el más grande obstáculo para la evangelización del mundo?» El misionero contestó: «No tengo ninguna duda en decir que el más grande obstáculo reside, no en los peligros que hay en el África, ni en el fanatismo de los musulmanes, como alguno pudiera pensar. El más grande obstáculo es la indiferencia que prevalece en muchos miembros de la iglesia; está en el corazón del cristiano individual.²⁹

Conclusiones

Debemos orar para que:

- La iglesia en su totalidad, como cuerpo, restituya y devuelva al tema de las misiones el primer lugar, el que ocupó en la iglesia de la primera centuria.
- Los seminarios e instituciones de educación teológica coloquen a las misiones en el lugar prioritario y central, que es el que tienen en el corazón de Jesús, y el que tuvieron en la teología de la iglesia primitiva.
- Los pastores capten la visión misionera (Lucas 24.45) para que, aunque ellos hayan sido llamados a un ministerio diferente, sean fieles en enseñar, dirigir y apoyar a las iglesias

²⁸ Op. cit., pág. 2.

²⁹ S. Earle Taylor: tomado de una antigua revista en inglés.

que pastorean en el cumplimiento de la evangelización mundial.

- Que las iglesias venzan el egocentrismo que les impide ver y actuar como Cristo ordenó y que el Espíritu Santo pueda usarlas para ir lejos a los pueblos que nunca han oído el mensaje.
- Que cada iglesia llegue a ser una iglesia enviada como la de Antioquía, y que apoye y sostenga misioneros como lo hizo la iglesia de Filipos.

C A P Í T U L O 4

Cuarto problema: la falta de recursos abundantes para sostener misioneros

El obrero es digno de su salario. (*Lucas 10.7*)

Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio. (*1 Corintios 9.14*)

Pues aún a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. (*Filipenses 4.16*)

El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. (*2 Corintios 9.6*)

CUANDO Jesús envió a sus discípulos a predicar por primera vez a las ovejas perdidas de la casa de Israel, les dio instrucciones precisas para cumplir esta misión, y entre ellas les ordenó que no llevaran consigo dinero, ni provisiones, ni ropas, porque como Él mismo declaró: «El obrero es digno de recibir su salario». Al parecer, Él contaba con la tradicional hospitalidad de los hogares judíos para suplir sus necesidades. Se daba por sentado que aquéllos que los recibieran en sus casas, les proveerían de comida, hospedaje y cualquier otra cosa necesaria. Cuando un tiempo después Jesús les preguntó si en esa salida evangelística les había faltado algo, ellos respondieron que no les había faltado nada. El plan para proveer a sus necesidades de ese momento, y en ese país, dio buen resultado.

Esta orden estaba diseñada en parte para que sus discípulos aprendieran desde el comienzo de su formación a confiar en Dios

para la provisión de sus necesidades. En ese sentido, mantiene su validez para todos los que son llamados a dedicar sus vidas a extender el reino de Dios. Es evidente que en esa ocasión, el Señor se valió de la instrumentalidad y generosidad de su pueblo.

Desde la antigüedad Dios fue un fiel proveedor para Israel y para sus siervos. Está escrito que cuando ellos salieron libertados de Egipto, Dios les envió alimentos durante los cuarenta años que estuvieron en el desierto. Cuando poseyeron la tierra de Canaán fueron prosperados, y los sacerdotes y levitas recibían su sustento a través de las ofrendas de las familias de Israel. Los tiempos, las costumbres y las culturas han variado a través de los años, y aunque Dios continúa siendo el proveedor de todos los recursos que se necesitan, se nota frecuentemente, que para muchos proyectos misioneros faltan los medios necesarios. Entonces se impone la pregunta: ¿Por qué muchos siervos de Dios que han experimentado un claro llamado y se han preparado para ir como misioneros a pueblos no alcanzados, ven demorada y a veces impedida su partida por falta de dinero?

¿Se ha agotado la provisión divina?

No podemos ni permitirnos pensar que la Trinidad, que en la eternidad pasada planeó la maravillosa salvación para toda la humanidad, haya descuidado esta parte del programa, fundamental para poder concluir la tarea. No estaría de más recordar la excelente síntesis de ese plan que Lucas nos presenta al fin de su evangelio. El mismo se compone de dos partes necesarias e irreemplazables (Lucas 24.46-48), a saber:

- Era necesario que Cristo «padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día».
- Es necesario que «se predique en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones [etnias], comenzando desde Jerusalén».

Sabemos que la primera parte de este plan centrado en la vida y sacrificio de Cristo, se cumplió perfecta y totalmente: «Padre, he acabado la obra que me diste que hiciese», pudo Él afirmar, aún antes de ir a la cruz.

Creemos, porque la Palabra de Dios así lo asegura, que la segunda parte, que fue asignada a sus discípulos (la iglesia), también se cumplirá.

Sin embargo, los problemas financieros que muchas veces enfrentamos nos mueven a preguntarnos si el Dios omnisciente, que puede ver el fin desde el principio, quien proveyó en forma perfecta y total para la parte que a su Hijo le correspondía realizar en este plan:

- ¿Se habrá olvidado de asignar (proveer) los recursos que se necesitan para cumplir con esta segunda parte, que es proclamar la salvación en todos los rincones de la tierra?
- ¿Puede Él haberse equivocado en los cálculos financieros?
- ¿Habrá incluido en el presupuesto general de recursos una cantidad inferior a la que se necesita para sostener dignamente a los miles de misioneros que hoy la iglesia debe enviar?

Todos los que creen las verdades de la Biblia y conocen a Dios, saben que estas suposiciones son fantasiosas y no tienen ningún fundamento. Saben que un Dios que es siempre fiel no se ha olvidado de proveer las finanzas que se necesitan, ni ha sacado mal las cuentas. El Dios que dice: «Mía es la plata y mío es el oro» debe haber hecho una amplia y segura provisión para que se cumpla la tarea que el más ama, pues «quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad». La pregunta, entonces, se transforma: ¿dónde están los recursos y cómo se deberían canalizar para cumplir y terminar la tarea que se nos ha encomendado? El testimonio de numerosas iglesias, agencias y misioneros es que muchas veces los recursos indispensables faltan.

La otra cara de la moneda

Mencionemos algunos ejemplos concretos:

- Recordamos un llamado telefónico desde el aeropuerto internacional. Era de un matrimonio de misioneros que iban para servir en un segundo período en un país europeo en el cual hay todavía miles de poblaciones sin una iglesia evangélica. Al conversar y preguntarles cómo se había

completado el sostén económico, nos informaron que cuando fueron a servir en el primer período, quince iglesias se comprometieron y en buena medida cumplieron y enviaron el apoyo ofrecido, pero para esta segunda etapa del proyecto sólo tres estuvieron dispuestas a repetirlo. Ellos igualmente fueron a realizar la tarea, pero al año tuvieron que regresar.

- El director del departamento de Misiones de una denominación importante comentaba, apenado, que dos pastores de distintas iglesias le prometieron en forma personal, y también lo dijeron desde el púlpito, que contribuirían con una suma mensual de dinero para sostener cierto campo misionero. Pasó un mes, dos, tres, los aportes prometidos no llegaron. Carta va, una, dos veces, varias llamadas telefónicas, el compromiso quedó sin cumplir.
- Una misionera presentó su informe al personal del departamento de Misiones de su denominación. Demostró que había realizado un buen trabajo bajo condiciones difíciles durante varios años, respaldada fielmente por su iglesia. Al volver a presentar y compartir sus planes para el futuro, los líderes le comunicaron que para el próximo viaje y trabajo a realizar no debía contar con los aportes de su congregación. Los líderes tenían otros planes.
- Un informe misionero brasileño da cuenta de cuáles son las cinco causas principales que provocan el retorno anticipado de misioneros. La que ocupa el segundo lugar en la lista es la falta de sostenimiento financiero.

Muchas otras historias podrían mencionarse. El lector posiblemente conozca casos semejantes. Estas son sólo un botón de muestra, contadas para ilustrar el problema y la necesidad.

El Señor que se negó a despedir a cinco mil hombres con sus mujeres y niños con el estómago vacío e insistió para que sus discípulos cumplieran su orden: «Dadles vosotros de comer», es el mismo que hoy, sin duda alguna, ha hecho una abundante provisión para que se realice la evangelización mundial, que no es otra cosa que compartir

con millones de hambrientos espirituales, el Pan de vida que satisface y colma toda necesidad.

Pensando como humanos, tal vez imaginamos que la provisión divina debería venir a través de una cuenta bancaria que tenga un depósito inagotable, o una libreta de cheques para girar sobre un fondo que nunca se acabe. Pero no, Dios ha diseñado planes y caminos, que como dice Isaías: «Son más altos que los nuestros», son mucho mejores, y los ha venido elaborando desde el comienzo de la historia humana. ¿Dónde están? ¿Cuáles son? ¿Cómo podemos recibir sus beneficios? Procuraremos referirnos a algunos de esos recursos en los próximos capítulos.

C A P Í T U L O 5

En búsqueda de la solución al problema financiero

Un gran ausente en congresos misioneros es el aspecto financiero. Poco se habla sobre el tema. ¿Cómo hacer para recaudar fondos para las misiones? ¿Cómo incentivar a las congregaciones? ¿Cómo promover las finanzas para la tarea misionera? (*José Luis Cinalli*)³⁰

¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía. (*Lucas 16.2*)

Traigan su diezmo al tesoro del templo, y así habrá alimento en mi casa [...] os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. (*Malaquías 3.10*)

SUPONGAMOS que le hacemos una entrevista al Señor sobre este tema, y directamente le preguntamos: «Señor, ¿dónde están las finanzas para terminar la evangelización del mundo? ¿Qué provisión has hecho para que tengamos el dinero suficiente para sostener los miles de misioneros pioneros que todavía nos resta enviar?»

Casi seguro que nos contestaría, como lo hizo en muchas ocasiones cuando le hicieron preguntas: «¿Qué está escrito en las Sagradas Escrituras? ¿Cómo las leen ustedes?» Y nos imaginamos que añadiría: «Les voy a recordar por lo menos tres o cuatro verdades, fuentes o recursos, por medio de los cuales tendrán a su disposición todo lo

³⁰ José Luis Cinalli: comentarios en el congreso COMIBAM 97.

que necesiten». Y si insistimos preguntando cuáles son esas claves, en sus palabras probablemente nos diría, en primer lugar.

El fiel ejercicio que los cristianos realicen de la función de mayordomos

Jesús tiene razón. El primer recurso básico y fundamental del cual fluirán los medios necesarios es reconocer y aceptar el hecho de que Dios, el Señor y Dueño del universo, por su perfecta sabiduría, ha determinado distribuir y confiar sus bienes a los hombres, y los ha constituido en mayordomos de todo lo que les ha dado, de todo lo que poseen. ¡Esto parece una locura! Pocos patronos humanos se arriesgarían a hacer semejante cosa con sus empleados, ¡pero Dios lo ha hecho!

¿Qué significa esto? Sencillamente, que cada ser humano, pero especialmente aquellos que por su gracia somos sus hijos, hemos recibido —nos cueste reconocerlo o no— un importante legado. Juntamente con la vida, ese incalculable don que nos ha dado, han venido incluidos talentos, habilidades, dones espirituales, capacidades, bienes materiales, tiempo, oportunidades, dinero, y otros recursos que en realidad pertenecen a Dios, pero que Él nos ha entregado para que cada uno los multiplique, los haga producir, los use en parte para suplir las propias necesidades, pero también para que contribuyan a extender su Reino en la tierra.

En la parábola de los talentos (Mateo 25.14-30), que en algunas versiones modernas lleva como título «la parábola del dinero», el Señor expresa claramente la verdad de la mayordomía. Todo lo que Dios nos ha confiado y concedido a lo largo de la vida y del tiempo, no es para uso exclusivo nuestro, sino también para ser empleado en la promoción de sus propósitos y planes, entre los cuales la evangelización del mundo ocupa el primer lugar. El mismo relato enseña que habrá un día en que se deberá rendir cuenta sobre la manera que estos valores se han usado, y que el Señor recompensará a los mayordomos fieles.

Esta doctrina es semejante a una bomba de gran potencia que al explotar (esto es, al comprenderla y obedecerla) puede derribar el egoísmo, la creencia natural de que todo lo que poseemos es nuestro,

y ayudarnos a valorar y aprender a manejar e invertir adecuadamente, todo lo que nos ha dado.

Tenemos que reconocer que nos lleva tiempo aceptar esta verdad bíblica de que no somos dueños absolutos de todo lo que poseemos, y más nos cuesta que esta verdad llegue a ser una experiencia que controle, oriente y dirija nuestra vida. El concepto puede ser rápidamente recibido y aceptado mentalmente, pero su aplicación y obediencia en la vida práctica es más costosa y en muchos casos sólo se produce a través de alguna crisis.

Partiendo del hecho de que somos hijos de Dios, y mayordomos de todo lo que Él ha puesto en nuestras manos, ¿nos hemos dado cuenta de que también el dinero que se necesita para enviar misioneros y terminar la evangelización del mundo, ha sido colocado por Él en nuestros bolsillos, en nuestras billeteras, en nuestras cuentas bancarias? ¿Hemos calculado alguna vez a cuánto asciende el potencial económico que está bajo nuestra responsabilidad personal, a cuánto el de nuestra iglesia, y cómo lo estamos invirtiendo? ¿Figura en nuestro presupuesto personal, aparte de los diezmos y ofrendas que contribuyen a sostener el ministerio y testimonio de nuestra iglesia local, un aporte específico y serio para la extensión del Reino en otros países de la tierra?

La mayordomía no es una opción. Todos somos mayordomos: buenos, regulares o malos. Dios, el Dueño de todo lo que hay en el universo ha provisto los recursos abundantes para que su obra mundial sea completada, y nosotros somos los administradores y tesoreros de una parte importante de ese capital. Ser mayordomos de todo lo que Dios nos dio, nos convierte además de mayordomos en socios y colaboradores de Dios en esta incomparable empresa que apunta a la salvación de todo ser humano. La contribución y participación que hagamos —pequeña, mediana o grande— es no sólo necesaria sino también indispensable para alcanzar la meta final. ¡En este rubro se encuentra la parte más importante del dinero provisto por Dios para las misiones!

En segundo lugar, es casi seguro que Jesús nos recordaría, que cantidades millonarias de dinero están previstas y aseguradas divinemente.

La obediencia a una ley muy justa y sencilla

Recordemos la ocasión cuando los sacerdotes y los escribas enviaron unos espías para ver si podían sorprender a Jesús en alguna palabra a fin de entregarlo al poder y autoridad del gobernador. Después de adularlo con expresiones tales como: «Sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios con verdad» (si sabían todo esto, ¿por qué no le creían y obedecían?) le hicieron la pregunta que habían estudiado cuidadosamente:

Dínos, ¿es lícito dar tributo a César o no? Jesús, después de pedir que le mostraran una moneda les contestó: Dad a César lo que es de César, y a Dios, lo que es de Dios.

Evidentemente, puesto que estaban hablando de dinero y de pagar impuestos, el Señor fue directamente al grano y les dijo: «Paguen al César [símbolo del estado o gobierno] los impuestos que corresponden a esa institución, y a Dios [además de la reverencia, gratitud y adoración que se le debe por todo lo que les da] entréguenle lo que es de Dios».

¿A que se refería Jesús con esta frase «que es de Dios»? Sin duda, tenía en mente los diezmos mencionados en los libros del Antiguo Testamento, porque aunque todo lo que existe en el mundo pertenece al Señor (Salmo 24.1) las Escrituras establecen que, por lo que llamaríamos un principio, una ley, o decreto especial, el diezmo de todo lo que Dios nos provee debe ser ofrendado, retornado, pagado, entregado, dado (usemos el verbo que más nos agrade) a Él. Así lo declara la Palabra de Dios: «El diezmo de la tierra, así de la simiente, como del fruto de los árboles del Señor es, es cosa dedicada al Señor» (Levítico 27.30).

¿Cómo comenzó esta práctica?

Algunas costumbres que la Biblia menciona fueron entendidas por sus actores desde el principio, sin que haya constancia alguna ni de su origen ni de su mandato. Por ejemplo, en los primeros libros del Antiguo Testamento no encontramos ningún mandamiento a orar, ni pública ni privadamente. Sin embargo, la mayoría de los patriarcas cuya historia está registrada en las Escrituras, practicaron el hábito de la oración. Aunque el deber de orar no está mencionado ni en los

Diez Mandamientos, la oración fue y es reconocida como una práctica universal.

La obligación de diezmar —dar una décima parte de la entrada total al Señor— aparece como uno de estos deberes que no necesitó ningún anuncio o mandato. El diezmo, igual que la oración, fue practicado por los patriarcas mucho antes de que fuera incluido en la ley mosaica. No hay en el Decálogo ninguna orden específica de dar el diezmo. Sin embargo, esa norma se ha extendido por todo el mundo y tendría un reconocimiento casi universal como la oración, si no fuera mucho más costosa. La Biblia mantiene con firmeza la vigencia de este deber y su voluntaria violación merece una condenación similar a la desobediencia a los Diez Mandamientos.

Los que primero obedecieron esta norma

Abraham, a quien Pablo en su epístola a los Romanos llama «padre de todos nosotros» es el primero en la Biblia que haya dado el diezmo (Génesis 14.17-20). Allí se relata que cuando volvía de vencer a los reyes adversarios que habían capturado a su sobrino Lot, él fue al encuentro de Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, y le dio los diezmos de todos los bienes que había recobrado. Su acción da la impresión de ser la ejecución de un acto digno y el cumplimiento espontáneo de un claro deber que tal vez había ya realizado en otras ocasiones. Abraham no consideró que los bienes rescatados en la batalla eran para él. Sabía que pertenecían al rey de Sodoma, y a él se los entregó, pero sin importar quién fuera el dueño, estimó que una décima parte de la bendición recibida debería ser dada al Señor, y se encargó de que esta contribución llegara a las manos de uno de sus representantes.

Jacob también conocía y quería obedecer la misma norma cuando —huyendo de su hogar paterno e invocando la ayuda divina— prometió entregarle a Dios la décima parte de todo lo que Él le diera, aunque en ese momento no tenía nada. William Booth dijo una vez, en un tono que se acerca a lo risueño: «No veo cómo alguien pueda hacer menos de lo que hizo Jacob, y darle a Dios menos de una décima parte de todo lo que reciba».

Algunos autores cristianos creen que el diezmo como plan de Dios no es ley sino principio, pues existe mucho antes del judaísmo

y desde antes que naciera Moisés. Afirman que así como una séptima parte de todo nuestro tiempo (un día en siete) debe ser consagrada a Dios, una décima parte de todas nuestras entradas pertenece al Señor, y los dos principios funcionan juntos desde antes de la dispensación mosaica, durante la misma, y después de ella.

Cómo continuó en la historia de Israel

Por voluntad y dirección divina, esta ordenanza fue incorporada a toda la legislación que iba a dirigir y gobernar la vida del pueblo de Israel. Fue en el monte Sinaí cuando entre las distintas leyes sobre diversos sacrificios, fiestas y el culto, transmitidas por Dios a Moisés y descritas en el libro de Levítico, queda sancionada la ley de los diezmos (Levítico 27.30-32) que establece con precisión y claridad que de todo lo que recibimos, el diezmo:

- Es (pertenece) del Señor,
- Debe ser dedicado al Señor,
- Será consagrado al Señor.

Por la obediencia a esta ley «justa, recta y pura» (Salmo 19.7-10), simple y pareja para todos, Dios suministró a través de los miembros de su pueblo Israel los recursos y provisiones necesarias y abundantes para sostener y alimentar al numeroso cuerpo de sacerdotes y levitas que eran los obreros del santuario y ministraban a toda la congregación, primero en el tabernáculo y posteriormente en el templo (Levítico 18.21, 24). ¿A cuánto ascendía el presupuesto necesario para sostener a ese numeroso plantel de siervos que ministraba al pueblo de Israel? No es fácil calcularlo, pero tendremos una idea bastante aproximada si tomamos en cuenta que este verdadero ejército de ministros, cuando fue contado en el monte Sinaí (hombres levitas de treinta a cincuenta años), alcanzó la cifra de 8.580. Por medio de esta sabia provisión, los levitas, incluyendo a sus familias, esposas e hijos fueron mantenidos durante los cuarenta años que vivieron en el desierto, cumpliendo su oficio en el tabernáculo. Ellos y sus familias fueron sostenidos por medio de los diezmos que recibían de toda la congregación.

Altibajos en la entrega de los diezmos

Pero no siempre fue así en la historia del pueblo de Israel. Muchas veces se apartaron del camino y de las leyes que Dios les había enseñado por medio de Moisés, y en cada caso sufrieron las consecuencias. En los períodos en los cuales Israel tuvo reyes que lo gobernaron, muchas veces abandonaron la adoración en el templo, y por ende la entrega de los diezmos a los levitas. Un resumen bastante completo de sus subidas y bajadas se encuentra en la oración que elevaron los levitas, según consta en Nehemías 9.

Pero Dios en varias ocasiones usó algunos reyes para restaurar a su pueblo. Ezequías fue uno de ellos, y llama la atención que cuando logró que se limpiara el templo y se colocara a los levitas y sacerdotes en sus puestos, el pueblo siguiendo el buen ejemplo que daba su rey, volvió a traer los diezmos, como expresión de gratitud y adoración, y el sustento material que necesitaban los obreros que servían en el templo quedó nuevamente asegurado.

El sumo sacerdote Azarías, en nombre de sus hermanos, dio este excelente testimonio: «Desde que comenzaron a traer las ofrendas [diezmos] a la casa de Jehová, hemos comido y nos hemos saciado, y nos ha sobrado mucho, porque Jehová ha bendecido a su pueblo, y además, ha quedado esta abundancia de provisiones» [se habían formado montones, y tuvieron que preparar cámaras para guardar los diezmos recibidos y contar con reservas] (2 Crónicas 31.5-6, 10-11).

Nehemías fue otro hombre que Dios usó para restaurar el cumplimiento de las leyes al volver del destierro de Babilonia, y entre ellas se menciona la entrega de los diezmos (Nehemías 10.37-38).

Una página negra en las crónicas de esta práctica

El Antiguo Testamento concluye con los polémicos mensajes del profeta Malaquías, quien hablando de parte de Dios con mucha claridad y energía, señaló a los judíos de su tiempo cómo se habían apartado de Dios. ¿Cómo presentó su alegato? Les dijo: «Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros» (Malaquías 3.7-10).

Los israelitas preguntaron: «¿En qué hemos de volvernos? ¿Cuáles son las leyes que no hemos obedecido?»

Malaquías contesta como vocero de Dios: «¿Robará el hombre a Dios? ¡Pues vosotros me habéis robado!»

Preguntan otra vez: «¿En qué te hemos robado?»

Dios responde: «En vuestros diezmos y ofrendas. ¡Malditos sois con maldición porque vosotros, la nación toda me habéis robado!»

Según este pasaje, no dar el diezmo, era equivalente a apartarse de las leyes de Dios, desobedecer su voluntad, y ser merecedor de la sanción divina. ¿Podría Dios haberse expresado en una forma más contundente? Lo que recibía la maldición divina en los días de Malaquías, ¿merecerá la bendición de Dios en nuestro tiempo? Lo que en aquel tiempo significaba apartarse de las leyes divinas, ¿merecerá en nuestros días otra calificación o la aprobación del Señor?

¿Cuál fue la opinión de Jesús y de la iglesia?

Por los datos que tenemos a nuestra disposición, tanto de las Escrituras como de la historia en general, parece claro y evidente que tanto Jesús como la iglesia primitiva siguieron practicando esta saludable y benéfica norma cuyas raíces están en el Antiguo Testamento. ¿Cuáles son los argumentos que nos permiten hacer esta afirmación?

1. En sus enseñanzas en el sermón del Monte, el Señor Jesucristo expresó que Él no había venido a suprimir la ley, sino a cumplirla, y amonestó a quienes no obedecen —aunque sea un mandamiento pequeño— y así enseñan a los demás (Mateo 5.17-19).

2. Cuando le preguntaron si debían pagar los impuestos a César, les respondió: «Den al emperador lo que es del emperador, y a Dios lo que es de Dios» (Mateo 22.15-21).

3. Denunció a los fariseos y maestros de la ley, porque diezmaron hierbas insignificantes como la menta, el anís y el comino, pero pasaban por alto la práctica de la justicia, la misericordia y la fidelidad. Les dijo: «Esto es lo que deben de hacer [refiriéndose a la justicia, misericordia y fidelidad] sin dejar de hacer lo otro». «Lo otro», hacia mención a la práctica de diezmar (Mateo 23.23).

4. La iglesia primitiva, de acuerdo con Orígenes, Jerónimo y Crisóstomo, enseñaba y practicaba el diezmo según el ejemplo y la instrucción de nuestro Señor y los apóstoles. Los eruditos en historia de la iglesia dicen que el diezmo se puso en práctica extensamente en la iglesia cristiana desde la época del Nuevo Testamento.

5. Algunos preguntan por qué Cristo, que aprobó el diezmo, y que en el sermón del Monte elevó las normas de las relaciones para con Dios, incluso la de dar, no insistió con el tema de diezmar. La respuesta más simple es que no fue necesario porque todo el pueblo judío de su tiempo conocía esta práctica, y la gran mayoría de los nuevos creyentes eran judíos convertidos. Sabían que diezmar era la norma mínima de lo que se debía dar a Dios bajo la ley. ¿Y qué discípulo de Cristo querrá, bajo la gracia, dar menos de lo que un judío daba bajo la ley?

6. El principio del diezmo no está sometido al tiempo, sino que es para los hombres de todas las edades y dispensaciones. No fue instituido por la disposición de la ley, ni terminó por la dispensación de la gracia; no fue dado por Moisés ni abrogado por Jesucristo. Fue incorporado a la ley de Moisés y a la iglesia del Nuevo Testamento.³¹

El pastor Edgardo Muñoz concluye uno de sus editoriales en la revista *Edifiquemos* con estas oportunas palabras:

Los diezmos estaban destinados al sostenimiento de los encargados del sistema cúlctico. Aunque algunos se esfuerzan por demostrar que los diezmos pertenecían a los tiempos de la ley, Jesús mencionó el diezmo como deber irrevocable. Desde antes de la ley mosaica se había establecido el diezmo para el sacerdocio. En la misma ley esta modalidad continuó y fue la base para que el ministerio religioso se perpetuara.

El cambio de un Testamento al otro no significó la desaparición de la dedicación exclusiva al servicio espiritual. Por lo tanto, al no advertirse en ningún libro neotestamentario cambio alguno sobre el sostenimiento de los ministros, se deduce que la práctica del diezmo era el medio indicado.³²

¿El lector tiene alguna idea de la cantidad de dinero que la iglesia tendría a su disposición para el ministerio evangelístico local y para apoyar la obra misionera mundial, si la mayoría de los cristianos, miembros de las iglesias, obedecieran esta norma, ley o principio fundamental, establecido por Dios mismo para proveer los recursos que su obra necesita?

³¹ Stephen Olford: *La gracia de dar*, Editorial Vida, 1972, pág. 14.

³² Revista «Edifiquemos», Departamento Nacional de Educación Cristiana de la Unión de las Asambleas de Dios, año VI, N° 10, pág. 4.

«¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?»
(Lucas 6.46).

La obediencia gozosa a esta sencilla ley proporcionaría abundantes recursos ya destinados por Dios para las misiones.

C A P Í T U L O 6

Otras claves para el mismo problema

Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina. (2 Pedro 1.4)

No os hagáis tesoros en la tierra [...] sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen y donde ladrones no minan ni hurtan. (Mateo 6.19 20)

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. (Mateo 6.33)

Tampoco dudó, por incredulidad de la promesa de Dios [...] plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. (Romanos 4.20 21)

CREEMOS que el tercer elemento que Jesús mencionaría en relación con las riquezas o bienes materiales que nos confía y que deberían gravitar con fuerza para proveer dinero para la obra misionera mundial, sería la instrucción que el dio en el sermón del Monte a sus discípulos con referencia al manejo de nuestras riquezas.

Jesús no nos entregó un tratado académico calculado meramente para estimular nuestro intelecto. Creo que su intención al pronunciar el sermón del Monte fue que éste se obedeciera. Por cierto que, si la iglesia aceptara en forma realista las normas y valores de Jesús tal como aquí se exponen, y viviera por ellos, sería la sociedad alternativa que Jesús siempre se propuso que fuera y ofrecería al mundo una auténtica cultura cristiana.³³

Oswald Chambers dice que:

³³ John R. Stott: *Contracultura cristiana*, Ediciones Certeza, 1984, pág. 10.

«Las enseñanzas del Sermón del Monte producen desesperación en el hombre natural —y comenta en otro lugar que—: las verdades contenidas en el mismo, a primera vista despiertan admiración, pero obedecerlo y ponerlo en práctica es una imposibilidad para quien no haya nacido de nuevo».³⁴

¿Cómo se explica esta imposibilidad? La respuesta bíblica es simple. La Biblia enseña que todos hemos nacido en este mundo como miembros de una humanidad esclavizada por el pecado, y por lo tanto nos es difícil responder a estas demandas de Cristo antes de experimentar el poder del evangelio, por el cual somos: «librados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino de su amado Hijo» (Colosenses 1.13). En otras palabras, hemos cambiado de reino. Esto, unido al hecho de que por la fe en Cristo hemos nacido de nuevo y por nuestra unión con Él somos nueva criatura (2 Corintios 5.17), y formamos parte de una nueva humanidad. Según el lenguaje de 2 Pedro 1.4: «Hemos sido hechos participantes de la naturaleza divina», y por tal razón, ahora tenemos una mentalidad diferente y la potencialidad necesaria para actuar de una manera distinta.

Para todos los que han experimentado esta nueva vida y forman parte del reino de Dios, Jesús, su legítimo e indiscutido rey, expone en el sermón del Monte lo que alguien ha denominado la «plataforma del reino», o sea los principios éticos que deben gobernar la vida y la conducta de sus seguidores.

Los seguidores de Jesús afirma John Stott deben ser diferentes. Diferentes, tanto de la iglesia nominal como del mundo secular. El sermón del Monte es la delineación más completa de la contracultura cristiana que existe en el Nuevo Testamento. Aquí hay un sistema de valores cristianos, una ética de devoción religiosa, de actitud hacia el dinero, de aspiraciones de estilo de vida y gama de relaciones del cristiano, todos y cada uno de los cuales están totalmente en discordancia con los modos del mundo no cristiano. Y esta contracultura cristiana es la vida del reino de Dios, una vida plenamente humana en verdad, pero vivida con eficacia bajo el régimen divino.³⁵

³⁴ Oswald Chambers: *My Utmost for his Highest*, Publications Association, 1960, pág. 203.

³⁵ Op. cit., pág. 20.

Jesús y las finanzas

¿Qué es lo que Jesús tiene que decir sobre el dinero a sus súbditos? Estas significativas palabras:

No amontonen riquezas aquí en la tierra, donde la polilla destruye y las cosas se echan a perder, y donde los ladrones entran a robar. Mas bien amontonen riquezas en el cielo, donde la polilla no destruye, ni las cosas se echan a perder ni los ladrones entran a robar. Pues donde está tu riqueza, allí estará también tu corazón (Mateo 6.19-21).

El Dr. Stott interpreta este mandato de Jesús de la siguiente manera: «Es importante encarar leal y honestamente la cuestión. ¿Qué prohibía Jesús al decirnos que no hiciéramos tesoros para nosotros en la tierra?» Puede ser útil comenzar haciendo una lista de lo que Él no prohibía (ni prohíbe):

En primer lugar, no censura a las posesiones en sí mismas (las Escrituras no prohíben en ninguna parte la propiedad privada).

En segundo lugar, no se prohíbe a los cristianos ahorrar para el futuro o para imprevistos, o en relación con ello, tener una póliza de seguro de vida, que es un tipo de ahorro obligatorio autoimpuesto. Por el contrario, las Escrituras alaban a la hormiga que almacena en el verano la comida que necesitará en el invierno, y declaran que el creyente que no provee para su familia es peor que un incrédulo.

En tercer lugar, no debemos despreciar, sino por el contrario disfrutar, las cosas buenas que nuestro Creador nos ha dado en abundancia para que las disfrutemos.

De modo que ni tener posesiones, ni proveer para el futuro, ni disfrutar de las dádivas del buen Creador están incluidas en la censura de la acumulación de tesoros en la tierra.

¿Qué se prohíbe entonces? Lo que Jesús prohíbe a sus seguidores es la acumulación egoísta de bienes;³⁶ la vida extravagante y opulenta, la dureza de corazón que no siente la necesidad colosal de los desheredados del mundo, la fantasía insensata de que la vida de una persona consiste en la abundancia de los bienes que posee, y el materialismo que ata nuestros corazones a la tierra. Porque el sermón del Monte se refiere repetidamente al corazón, y aquí Jesús de-

³⁶ Straubinger: *No os amontonéis tesoros en la tierra.*

clara que nuestro corazón siempre va a donde está nuestro tesoro, sea abajo en la tierra o arriba en el cielo.

¿Qué significa, entonces, hacer tesoros en el cielo? El mismo autor citado continúa:

Jesús no lo explica, aunque con seguridad podemos decir que «hacer tesoros en el cielo» es hacer en la tierra cualquier cosa cuyos efectos duran por la eternidad... Estos tesoros parecen más bien referirse a cosas tales como: el desarrollo del carácter semejante a Cristo (ya que todo lo que podemos llevar al cielo es nuestro propio ser); el aumento de la fe, esperanza y caridad, que todas dijo Pablo «permanecen»; crecimiento en esfuerzo activo (mediante oración y testimonio) de presentar a otros a Cristo, para que puedan también heredar la vida eterna; y el uso de nuestro dinero en causas cristianas, que es la única inversión cuyos dividendos son perdurables. Jesús parece decirnos: «Si estás buscando una inversión segura, ninguna podría ser más segura que ésta»; es el único valor de inversión de la más alta calidad, cuyo brillo nunca se opacará.

La única manera de atesorar en el cielo es invertir nuestro dinero en lo que va al cielo. La casa, el automóvil, las propiedades, estas y otras cosas materiales que a veces es necesario tener y usar, no irán al cielo. Las almas de quienes hayan sido alcanzados con el bienaventurado evangelio de Cristo, sí irán al cielo. Entonces invirtamos nuestros bienes en la salvación de miles de seres humanos que nunca han oído las benditas noticias del amor y la gracia de Dios.

Stott nos aconseja usar el dinero para apoyar causas cristianas. ¿Es necesario decir que a la cabeza de la lista de esas causas está el mandato de ir a predicar hasta lo último de la tierra, o sea la obra misionera mundial?

Algunas preguntas, tal vez podrían ayudar a profundizar este tema. Teniendo en mente las instrucciones que Jesús da en el sermón del Monte:

1. ¿Tendría que haber diferencia entre la manera de invertir dinero de un cristiano y uno que no lo es?

2. Este mandato de Jesús de «amontonar riquezas en el cielo» ¿es tenido en cuenta por los creyentes a quienes Dios ha honrado con abundantes riquezas materiales?

3. ¿Se nota claramente que los cristianos inviertan las remesas más importantes en los proyectos que se acreditan «en el cielo»?

Los cristianos, mayordomos de Dios, debemos agradecer esta recomendación de Jesús, en cuanto al banco donde más nos conviene invertir.

Y si lo escuchamos, y resolvemos sabiamente, destinaremos remesas más abundantes a los proyectos que apuntan a la salvación de las almas, dando prioridad a los programas más urgentes, o sea a los involucrados en la evangelización de las etnias no alcanzadas.

Un caudal de promesas a nuestra disposición

El cuarto canal por el cual pueden fluir abundantes recursos para concluir la tarea de la evangelización del mundo, es reclamar el cumplimiento de las numerosas promesas que Dios nos ha dejado en su Palabra. Estas promesas se han comparado a cheques al portador que ya están firmados, tienen las cifras en blanco, y pueden ser presentados en cualquier momento y circunstancia para ser cobrados de una cuenta con fondos infinitos. Sabemos que un cheque no es más que un papel común, hasta que se escribe en él una cifra, y contando con la firma del dueño de la cuenta se presenta en el banco para hacerlo efectivo. Aunque no lo parezca, este es un paso de fe. Debemos creer que la cuenta tiene fondos, e ir al banco y presentarlo para recibir el importe indicado.

Algo semejante debemos hacer con las promesas divinas. Están ahí en las páginas de la Biblia, hay centenares de ellas para cubrir las más variadas necesidades. La fe tiene que creerlas, reclamar su cumplimiento y recibir lo prometido. De la gran variedad existente, tomemos como ejemplo una de las más sencillas que se encuentra en Lucas 6.38, que dice: «Dad y se os dará».

Tal es la promesa de Jesús para recibir y tener más. ¿La hemos probado alguna vez? ¿Queremos confirmar si funciona, si se cumple?

Preguntémosle a la viuda de Sarepta (1 Reyes 17.8-16), a la cual Dios le mandó un misionero para que lo mantuviera. Ella no tenía prácticamente nada. Mejor dicho, algo tenía: tenía hambre, un hijo que alimentar, sólo un puñado de harina y un poco de aceite para hacer unos pastelitos para ella y su hijo, y luego esperar la muerte.

—Da lo poco que tienes —implícitamente— le pidió el profeta.

—¡No! —debe de haber pensado la mujer— Si te doy a ti lo poco que tengo, ¿con qué alimento a mi hijo?

—¡Dálo! —insistió el profeta— Haz primero para mí una pequeña torta y luego haz para ti y para tu hijo, porque el Señor ha dicho...

Y sigue una promesa implícita. La viuda creyó y obedeció. ¿Recordamos lo que sucedió? ¿Se murieron los tres de hambre? ¡No! ¡Gloria a Dios! «Comió él [Elías] y ella y su casa, muchos días». La promesa, aunque no mencionada literalmente, se cumplió.

Otro ejemplo notable es el del muchachito que entregó a Jesús los cinco panes y dos peces. ¿Habrá aprendido en la escuela dominical la fórmula: «Dad y se os dará»? Dio lo poco que tenía. ¿Y qué sucedió? No sólo alcanzó para alimentar a cinco mil hombres y sus familias; los discípulos también deben de haber saciado su hambre. Comió él también, ¡y sobraron doce canastos de comida! ¿Será posible?

¡Sí, la promesa y la fórmula: «Dad y se os dará» es algo así como una ley universal, que funciona en el mundo invisible de Dios!

Pedid y se os dará

He aquí otra de las grandes promesas de Dios que está a nuestra disposición. Pero conviene que nos preguntemos ¿qué cosas podemos pedir basándonos en estas palabras de Jesús? Casi podríamos decir que cualquier cosa que necesitemos: trabajo, salud, alimentos, ayuda en momentos difíciles, solución para problemas, dinero, etcétera. Casi no podemos pensar en algo que no se pueda pedir. Pero ¿no es verdad que generalmente relacionamos esta promesa, y lo que pedimos, con nuestras necesidades personales y familiares, y pocas veces la usamos para reclamar recursos para la extensión del reino de Dios?

Por ejemplo, imaginemos que Dios pone sobre el corazón de una iglesia a cierto pueblo, etnia o tribu que está en el Amazonas, o en el Africa. Ese grupo de creyentes que ora frecuentemente por la obra misionera, ha llegado a la convicción de que es la voluntad de Dios, que ellos se ocupen de la evangelización de esa población. Hacen un estudio de ese pequeño lugar, se informan de sus características, su cultura, su religión, la cantidad de familias, de habitantes, etcétera. Finalmente, elaboran un presupuesto de lo que les costará instalar un misionero con su familia, y cuánto costará sostenerlo, digamos por

cinco años consecutivos. ¿Cómo hacen los hermanos de esa iglesia para reunir el dinero que necesitan para cumplir con este proyecto que están convencidos que es la voluntad de Dios para su congregación? ¿No debería ser lo normal pedir a Dios los recursos que se necesitan para hacer algo que él claramente ha mostrado que se debe hacer?

Frente a una situación como esta, una de las reacciones más comunes es responder: «Para llevar a cabo la evangelización de este grupo no tenemos dinero. Es demasiado lo que se necesita. Espere-mos que lo haga otra iglesia u otra misión». ¡Como si Dios alguna vez nos hubiera mandado hacer una tarea sin facilitarnos los recursos que necesitamos y que Él claramente ha prometido dar si los pedimos!

Pero la reacción suele ser muy distinta si se trata de conseguir dinero para comprar una casa, un automóvil, hacer un viaje costoso, y para muchas otras demandas que tienen como centro a nuestra persona o nuestra familia. En esos casos, «Pedid y se os dará», «todo lo que pidieréis en mi nombre yo lo haré», y otros versículos parecidos, aparecen en nuestra mente y en nuestras oraciones con facilidad.

Lo que intentamos señalar es que los inconmensurables recursos de Dios están a disposición de la iglesia para cumplir los más caros deseos que Él tiene para con este mundo. Sus numerosas promesas ponen esos recursos a nuestra disposición. Pero nuestra tendencia natural es pedir para nosotros con más frecuencia que para completar la tarea que se nos ha encomendado.

Muchas promesas, desde las páginas de la Biblia, relativizan nuestras necesidades y desafían nuestra incredulidad, como por ejemplo:

- Mateo 6.33: Pongamos el Reino en primer lugar, y todas esas cosas que consideramos tan necesarias e importantes, las recibiremos como una «yapa», o como se dice ahora, un «plus».
- 2 Corintios 9.8: Dios es poderoso para que tengamos todo lo que necesitemos, y nos sobre para «toda buena obra» (de las cuales la obra misionera es la prioritaria).

- Malaquías 3.10: Dios promete derramar bendición hasta que sobreabunde.
- Filipenses 4.19: De sus riquezas maravillosas, mi Dios les dará por medio de Jesucristo «todo lo que les haga falta» (¡para concluir la misión!)

Conclusión

¿Ha contestado Jesús la pregunta que le hicimos sobre dónde está el dinero para la obra misionera? ¿Qué tal si repetimos resumidamente sus respuestas?

Habrá dinero más que suficiente si:

1. Ejercemos con dignidad nuestra función de mayordomos sobre todo lo que ha sido puesto bajo nuestra administración, observando la prioridad que tiene el reino de Dios, y dentro de él, la obra misionera.
2. Con una actitud de fe, obediencia y gratitud, damos a Dios los diezmos de todo lo que nos da.
3. Como súbditos del reino de Dios, empleamos el dinero según las directivas que Jesús dio en el sermón del Monte.
4. Reclamamos las promesas que nos ha dado, a través de las cuales pone a nuestro alcance todo lo que necesitamos para terminar la tarea.

C A P Í T U L O 7

Dónde está el dinero que reclaman las misiones

La religión judía era nacional. El diezmo era para sostener el culto. El cristianismo es mundial. Millones y millones de almas deben ser salvadas. Grande es nuestra responsabilidad si no comprendemos cuánto más haría la práctica del diezmo a favor de la extensión del evangelio. *(R. C. Campbell)*

La mayordomía del dinero indica la realidad y profundidad de nuestra consagración a Jesucristo. *(Edwin L. Frizen, Jr.)*

El problema no es lo que no tenemos, sino lo que hacemos con lo que tenemos. *(Teodoro Williams)*

LA HIPOTÉTICA pregunta que formulamos en el capítulo 4 sobre si la Trinidad no había calculado bien, o se había olvidado de proveer los recursos financieros necesarios para realizar la evangelización total del mundo, entendemos que ha quedado ampliamente contestada, si estamos de acuerdo con los canales que Dios ha provisto, y que hemos intentado presentar en los capítulos anteriores.

Por los informes que podemos deducir de los evangelios, los Hechos y las epístolas, la predicación del evangelio nunca fue interrumpida por carencia de dinero. Ni Jesús, ni Pedro, ni Pablo tuvieron que detener sus trabajos por falta de recursos. ¿Por qué, entonces, ocurre eso muchas veces en nuestro tiempo? ¿Será verdad lo que un destacado líder cristiano expresó no hace mucho en un congreso, que la mayoría de los creyentes en América latina, dan como promedio sólo de un tres a un cinco por ciento de sus entradas? ¿Será posible que haya miles y miles de pesos en calidad de diezmos

retenidos en poder de los creyentes o «robados», según la expresión de Malaquías, que deberían estar en la tesorería de la iglesia, y que tal vez en gran parte cubrirían los abultados déficit que sufren las iglesias y las agencias que se esfuerzan por sostener a los obreros transculturales? Los relatos que siguen pueden ayudar a explicar e ilustrar en parte cómo se genera este problema.

La parábola del hombre que no tenía nada

Hace mucho tiempo había un hombre que no tenía nada (1 Timoteo 6.7) y Dios le dio diez manzanas (Hechos 17.25).

El hombre tomó para sí las primeras tres manzanas para alimentarse (Mateo 6.25-26). Tomó luego para sí las segundas tres manzanas para negociarlas por un lugar que lo abrigara del sol y de la lluvia (1 Timoteo 6.8). Tomó también para sí las terceras tres manzanas para negociarlas por ropa para vestirse (Mateo 6.28-30). Tomó luego la última manzana, con la cual podría tener algo que devolver a Dios en demostración de gratitud por las otras nueve manzanas que había recibido (Levítico 27.30).

El relato sigue diciendo que el hombre se comió las primeras tres manzanas para alimentarse. Negoció las segundas tres manzanas por un lugar que lo abrigara del sol y de la lluvia. Negoció las terceras tres manzanas por ropa para vestirse. Luego miró otra vez la décima manzana, y le pareció más grande y más jugosa que las otras.

Sabía que Dios le había dado la décima manzana para que pudiese devolverla a Él, como demostración de gratitud por las otras nueve. Pero esta décima manzana parecía más grande y más jugosa que las otras... Luego pensó que, después de todo, Dios tenía todas las otras manzanas del mundo. Entonces el hombre se comió la décima manzana, y le dio a Dios las sobras.

Dios le ha dado a usted suficientes manzanas para suplir sus necesidades (2 Corintios 9.8), más una con la cual usted podrá demostrar su gratitud a Él. La elección es completamente suya. ¿Devolverá

usted a Dios la más grande y jugosa de las manzanas o le entregará solamente las sobras?³⁷

Sería muy importante averiguar, de cada cien miembros de una congregación, ¿cuántos estarán procediendo con el diezmo como hizo el hombre de esta parábola?

Mientras este vocablo bíblico (diezmo) siga siendo una mera palabra en la Santa Biblia; mientras creyentes en general sigan desdeñando el sabio plan de Dios para el sostenimiento de su obra en la tierra, y a despecho de tantas prudentes indicaciones quieran establecer su propio sistema en la recaudación de dinero para la extensión del reino de Cristo en el mundo; mientras todo esto ocurra y el diezmo quede relegado por tacañería, convencionalismo, prejuicio doctrinal, etcétera, las iglesias podrán tener sus tesorerías, podrán seguir votando sus mezquinos presupuestos, pero la pobre viuda que Jesús observó (Marcos 12.43 44) que tal vez no ha gozado de los privilegios que nosotros tenemos, que tal vez nunca aspiró a ningún cargo oficial en el templo, ni conocía teología, ni sabía leer, seguirá haciendo sombra sobre nuestra vida de cristianos, pues ella, movida por el poderoso resorte de la fe en Dios, consideraba humilde y sabiamente que la peor ofensa que podía hacerle a su Señor era echar las sobras en el arca de las ofrendas.³⁸

La experiencia de una iglesia

Si el proceder ilustrado en el relato del hombre que no tenía nada se ha generalizado, las consecuencias y resultados negativos que origina son imposibles de medir. En su libro *El desafío de la mayordomía y las misiones*, Natalio Aldo Broda relata experiencias que nos hacen ver cuánto se pierde por no obedecer este principio básico de la vida cristiana:

Una iglesia había desarrollado casi todos los años cursos de mayordomía y había logrado cubrir el presupuesto de la iglesia sin problemas. La iglesia había crecido en número y en ministerios y se gozaban cuando cada año cubrían el presupuesto.

En uno de los cursos, el instructor invitado pidió tener un día de retiro especial con los líderes de la iglesia para tratar en profundidad temas de mayordomía. Una de las metas de ese retiro era descubrir el verdadero potencial de la

³⁷ Junta Bautista de Publicaciones, Departamento de Educación Cristiana, Buenos Aires.

³⁸ Roberto Sambrano: «Esta pobre viuda», en suplemento de *La Voz*, año 6; N° 61.

iglesia. Como en muchas iglesias de nuestras áreas, había habido mucho progreso entre los creyentes y no siempre esto es tenido en cuenta. Se buscó primero promediar el número de familias que tuvieran ingresos seguros. Luego se calculó el promedio de ingresos de esas familias. Se buscó más bien ser pesimistas en el cálculo evitando que un desmesurado optimismo provocara cifras equivocadas. Descubierta el valor promedio de ingresos mensuales se llegó al ingreso total anual. Lograda esa cifra, se procuró ver cuál sería el diezmo de toda la congregación.

Allí descubrimos la gran sorpresa. La iglesia tenía un presupuesto de tres millones de pesos, y los cubrían sin problemas. Pero el diezmo real de la congregación que descubrimos era de ¡diecisiete millones! Esto es una muestra del potencial de nuestras congregaciones. Dinero del Señor que no llega a la iglesia donde se necesita y se queda en mayores cantidades en nuestros hogares, utilizando así lo que no es nuestro.

Lo que ocurrió en otra iglesia

Otra iglesia tenía serias dificultades económicas y para superarlas realizaban de vez en cuando una reunión sobre el tema de mayordomía. Esto traía un alivio temporario, pero el problema no desaparecía. Al poco tiempo enfrentaban el mismo problema. Después de muchos cabildeos o consideraciones, la comisión directiva dispuso realizar una campaña de mayordomía en profundidad. Se preparó a la iglesia en reuniones donde los creyentes fueron desafiados a dar y darse al Señor.

Al finalizar la campaña esa iglesia tuvo su día de victoria. El desafío había sido duplicar el presupuesto anterior. Cuando se sumaron las promesas entregadas por las familias de la iglesia en un culto solemne, se dieron cuenta de que ellas duplicaban el nuevo presupuesto solicitado por la iglesia. Nótese que la iglesia vivía en problemas teniendo una congregación que estaba dispuesta a colaborar. Faltaba sólo el desafío y concientización en la forma de dar.³⁹

Estos ejemplos prácticos descorren el telón para que podamos ver, como si fuera en un escenario, dónde reside el verdadero problema cuando hablamos de la falta de recursos. Una iglesia que podía dar con holgura cinco veces más de lo que estaba ofrendando y no lo sabía, otra que pasaba dificultades ignorando que su potencial económico era tres veces mayor de lo que estaba ofrendando, no hace otra

³⁹ Natalio Aldo Broda: *El desafío de la mayordomía y las misiones*, Casa Bautista Publicaciones, 1987, pág. 123.

cosa sino confirmar que los recursos para completar el plan global de evangelización están dentro de las iglesias y deben ser detectados y puestos a disposición de los misioneros pioneros que urgentemente los necesitan para llevar a cabo su tarea.

Conviene hacer notar que casi toda la explicación y los datos que hemos presentado hasta ahora toman como base o punto de referencia solo el diezmo. Pero como alguien bien ha expresado: «El diezmo es el piso y no el techo». Más todavía, algunos expertos en finanzas han expresado que cuando hablamos de mayordomía, no deberíamos incluir el diezmo, pues sobre eso no tenemos nada que decidir, ya que está establecido. Es decir, es lo mínimo que deberíamos dar. Lo cual para el buen entendedor, significa que si dando los diezmos se pueden reunir cantidades de dinero abundantes y voluminosas, ¿cuánto más se podría recaudar si como mayordomos del restante noventa por ciento, nos dispusiéramos a destinar partidas importantes de nuestros presupuestos personales para usar el dinero que el Señor nos ha confiado, en aquel programa que está en el mismo centro del corazón de Dios: la rápida evangelización del mundo?

FIEL MAYORDOMO SERÉ

Vengo rendido a tus pies, Señor,
Quiero fielmente depositar;
Diezmos, talentos, mi don de amor,
Ofrenda grata hoy vengo a dar

CORO

Todo buen don viene del Señor
¿Cómo negarlo podré?
Fiel mayordomo de Cristo seré,
Y un día «Fiel siervo», oiré.

«Probadme en esto», dice el Señor,
Y «bendiciones derramaré»;
Fiel a mis votos de fe seré,
Testigo digno de mi Señor.

Si vas conmigo no dudaré,
En tus promesas yo confiaré;
De lo que es tuyo yo te daré,
Y almas preciosas cosecharé.

LETRA y MÚSICA: Berta. I. Montero

Parte II
CÓMO PASAR DEL PROBLEMA
A LA SOLUCIÓN

Introducción

Es necesario recalcar algo que se sabe —y es muy evidente— que si no reconocemos en forma específica la existencia de los problemas que hemos comentado, será difícil, tal vez imposible, encontrar soluciones para ellos. ¿Cuál es nuestra reacción ante el cuadro presentado? ¿Estamos medianamente de acuerdo en lo siguiente?

- El primer problema, tiene que ver con el desconocimiento que la mayoría de los evangélicos tenemos acerca de los múltiples grupos humanos, que suman millones de personas, que no han sido todavía alcanzados. ¿Sentimos algo del peso de este drama?
- El segundo problema: ¿aceptamos pasivamente el hecho de que la iglesia no cuenta con la cantidad de misioneros transculturales que hoy necesita, a pesar de que algunas estadísticas informan que hay en el mundo actualmente más de seiscientos millones de evangélicos?
- El tercer problema: ¿qué atenuante o excusa podrá presentar una iglesia o denominación para obedecer sólo parcialmente la Gran Comisión, en la cual Jesús con absoluta claridad ordena que debemos evangelizar simultáneamente a los que están cerca, a los que están alrededor nuestro, y también a los que están en «lo último de la tierra»?
- El cuarto problema: si cada cristiano es mayordomo de un Dios grande que es dueño de todo lo que hay en el universo pues afirma que: «Mío es el mundo y todo lo que hay en él», y si como lo enseña Jesús en la parábola de los talentos, Él ha

repartido sus bienes entre sus siervos ¿por qué la iglesia tiene que manejarse con recursos tan escasos, cuando Dios ha prometido «abundancia» (2 Corintios 8.20; 9.8; Malaquías 3.10) para terminar la tarea que le ha sido encomendada?

C A P Í T U L O 8

Un misionero zapatero nos muestra el camino

¿De dónde tenemos nosotros tantos panes en el desierto, para saciar a una multitud tan grande? (*Mateo 15.33*)

El hombre de Dios le respondió: El Señor tiene suficiente para darte mucho más que eso. (*2 Crónicas 25.9, vp*)

El Dios que manda cruzar el mar Rojo mandará su viento para que el agua se retire; el Dios que alimentó a su pueblo durante cuarenta años en el desierto supo cómo enviar el maná; y el Dios que nos mandó evangelizar el mundo proveerá todo lo que se necesita, si le invocamos, confiamos en Él, y le obedecemos. (*Anónimo*)

QUÉ PODEMOS hacer con los obstáculos mencionados en la primera parte de este libro? ¿Los negamos? ¿Decimos que no existen? ¿Son exagerados? ¿Tratamos de olvidarlos o disminuir su gravedad? ¿Pensamos que dejando que pase el tiempo aparecerá una solución? ¿Buscamos a alguien (pastor, iglesia, denominación, agencia) a quien echarle la culpa por esta situación? ¿O como dijo recientemente el director técnico de un equipo de fútbol que sufrió varias derrotas consecutivas: «Le hacemos frente al problema»?

Algo parecido ya ocurrió hace mucho tiempo

Al leer los relatos de la reunión en la cual Guillermo Carey predicó su famoso sermón (ya había escrito el panfleto que sacudió a los cristianos de su tiempo) advertimos con asombro que allí estaban flotando en el ambiente —aunque tal vez con más gravedad— las

mismas dificultades que hoy tenemos delante de nosotros. ¿Cuáles eran?

- Los cristianos tenían muy poca conciencia de las multitudes de paganos que había en África, India, China o las islas del Pacífico. Además, cuando alguien como Carey les exhortaba a evangelizarlas, muchos miraban para otro lado, y hasta había quienes sostenían que esa tarea no era responsabilidad de la iglesia.
- ¿Obreros que pudieran ser enviados como misioneros? No había prácticamente ninguno en esa asociación de iglesias de la zona de Kettering, Northampton. Un biógrafo dice que cuando el Dr. Thomas apareció en una reunión, Carey quedó asombrado al ver por primera vez en su vida a un misionero. Posteriormente, al constatar la completa ausencia de candidatos, él mismo se ofreció para ir a la India.
- Iglesias enviadoras no se conocían en esa época en Inglaterra (Carey mencionaba a los moravos de Europa central para desafiar a sus compatriotas a imitar su ejemplo). Algunos pastores estimulados por la prédica de Carey se daban cuenta de que era imperativo dar comienzo a la tarea, pero iban postergando de una asamblea a otra la decisión de formar lo que finalmente se concretó como la primera agencia misionera bautista.
- Dinero para sostener misioneros no se recaudaba, pues todavía no habían interiorizado la necesidad de enviar pioneros adonde todavía no había iglesias, ni ninguna forma de proclamación del evangelio.

Cómo Carey encaró esta situación

Es por todos conocido que lo hizo desenvainando la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, y basó su predicación en Isaías 54.2-3. S. Pearce Carey lo describe así:

Comprimió su mensaje en dos exhortaciones breves. Dos consignas claras, prácticas, punzantes y fáciles de recordar: «Esperad grandes cosas de Dios; emprended grandes cosas para Dios.»⁴⁰

Por diez y siete años había estado trabajando en su taller remendando pares de zapatos. Este sermón cayó bajo el poder inconsciente del mismo hábito. Por cierto el creía que tanto el zapato del pie derecho como el zapato del pie izquierdo de todo peregrino y soldado deben estar bien calzados para poder extender el Reino. Su predicación, sencilla y breve, fue un contraste audaz con los sermones de larga introducción y muchas divisiones que se acostumbraban en las reuniones de la Asociación. Osada y sencillamente, concluyó su mensaje sin ninguna retórica. Igual que Pedro en Pentecostés, pidió que se tomara una resolución y que se procediera a la acción.

Les costó mucho a los pastores allí reunidos tomar la decisión sugerida, que no era otra que la de formar una sociedad, como un medio que Dios pudiera usar para ir a predicar las buenas nuevas a los que nunca todavía la habían escuchado. Leían el alegato escrito por Carey titulado: *Investigación sobre la obligación de los cristianos de usar medios para la conversión de los paganos*, que mostraba a las claras cuál era el deseo de Dios para con la iglesia —en todos los tiempos—, pero vacilaban en obedecer. Finalmente, por una propuesta de Fuller (el aliado más fiel de Carey), se decidió preparar un plan para la formación de una Sociedad, que recién se aprobaría (probablemente) en otra reunión, cuatro meses más tarde.

Consciente o inconscientemente, la imagen del par de zapatos que Carey tenía frecuentemente en sus manos en la mesa de trabajo, generó un par de sentencias en su mensaje, y si podemos leer entre líneas lo que finalmente ocurrió, observamos que determinó también dos factores que incidieron para que se venciera la inercia y se lograra la victoria. Estos, a nuestro modo de ver, son:

1. La *Investigación*, que se publicó, y que contenía la difusión de mandatos y argumentos bíblicos a favor de la evangelización, más una cantidad de datos geográficos sobre muchos pueblos, etnias y tribus, usada para impartir el conocimiento de la necesidad existente y despertar la responsabilidad ineludible de la iglesia.

⁴⁰ M.A.S. Pearce Carey: *Guillermo Carey*, impreso en Chile, págs. 91 y 101.

2. Un compromiso, estructurado a través de la formación de la Sociedad Bautista Misionera, a la cual cada uno debía suscribirse aportando como mínimo la mitad de una guinea.

Sigamos el ejemplo y la estrategia de Carey

¿Cómo hacerlo? Dos zapatos en sus manos, trabajando como zapatero; dos zapatos simbolizando dos declaraciones punzantes en su inmortal sermón; dos zapatos símbolos de dos elementos de su estrategia: la *Investigación* y el Plan (sociedad misionera).

Es interesante observar que en la vida hay muchas cosas que funcionan de a dos, en forma complementaria. Por ejemplo:

- El día y la noche: si faltara cualquiera de los dos períodos, no podríamos subsistir.
- El pan y el agua: símbolos de todos los alimentos indispensables para la vida.
- Los dos remos del bote: si se acciona uno solo, da vueltas en el mismo lugar.
- Las dos alas del avión: aunque hay modelos muy sofisticados, todavía la mayoría de los aparatos necesitan las dos alas para levantar vuelo.

Y también en el maravilloso funcionamiento del cuerpo humano, sabemos lo que significa tener:

- Dos ojos, y la complicación que se produce si perdemos uno.
- Dos orejas, y el problema de la sordera si una no funciona.
- Dos manos, y lo difícil que se torna toda actividad si falta una de ellas.
- Dos pies, ya que con uno solo se produce una limitación muy importante.

Dos, y dos y dos. Nadie piense que hay algo misterioso ni milagroso detrás de estas cifras o de estas comparaciones. Simplemente creemos que podemos echar mano de dos elementos, medios o herramientas para cambiar y mejorar la situación de estas cuatro deficien-

cias de la obra misionera que hemos estado considerando. Nos referimos a:

- La necesidad de impartir conocimiento, que estimule la acción.
- La necesidad de lograr un compromiso, para apoyar esa acción.

No funciona el conocimiento sin compromiso; y el compromiso sin conocimiento tampoco va muy lejos en la práctica. En la terminología de nuestros días, el conocimiento de los desafíos misioneros, de los fundamentos bíblicos de la misión, de las instrucciones para cumplir con la tarea, y otros aspectos del trabajo que se nos ha confiado, pueden ser recibidos mediante la realización de conferencias en la iglesia, congresos nacionales, encuentros zonales, literatura, libros, etcétera.

Pero a la par del conocimiento, es fundamental conseguir el compromiso de la participación, de la oración, de contribuciones voluntarias, a fin de reunir los recursos indispensables para hacer y terminar la evangelización mundial.

Como dice un pasaje bíblico en relación con otro tema, para conocer y usar estos elementos, no tenemos que subir al cielo para encontrarlos, ni bajar al abismo para descubrirlos. Estos dos elementos sencillos y prácticos están al alcance de cualquier iglesia. Son dos medios que ya han demostrado ser sumamente eficientes. ¡Dos herramientas muy valiosas! ¡Vamos a hablar de ellas en los próximos capítulos!

C A P Í T U L O 9

La primera conferencia misionera de la iglesia

En las páginas del Nuevo Testamento está escondido el informe de este evento excepcional y único. *(A. R.)*

La única manera como se puede conseguir que las iglesias locales contribuyan con dinero y personal para hacer obra misionera «hasta lo último de la tierra», es apartar las misiones extranjeras de otras fases de la obra y por medio de estudios y propaganda constante, presentarla continuamente a la iglesia local y sus miembros. *(Tomas B. Hawkins)*

Es razonable deducir que las cinco declaraciones de la Gran Comisión, dadas después de la resurrección, fueron ejemplos representativos de las que pueden haber sido exposiciones mucho más amplias que Jesús dio durante aquellos vitales cuarenta días. *(Patrick Johnstone)*

ES EVIDENTE que no tenemos en las Escrituras un relato continuado —como si fuera una crónica o un acta— de los mensajes, talleres y plenarios de esta conferencia. Pero, como esperamos demostrar, contamos con muchos datos que nos permiten hacer una aceptable reconstrucción del intenso programa del que participaron Jesús y sus discípulos durante los cuarenta días que duró esa importante convocatoria.

Aunque no hubo un programa impreso, ni un orden del día, al observar los siguientes detalles tal vez descubramos que sí existió programa y orden:

INFORME

1. TEMA GENERAL (en el corazón del Señor)

Predicar el evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones (etnias, Mateo 24.14).

2. RESERVA DE FECHA

«Cuando yo resucite, los volveré a reunir en Galilea» (Mateo 26.32, VP).

3. SECRETARIO Y PROMOTORES

Un ángel del Señor y uno o más ayudantes celestiales, anunciaron que Cristo había resucitado y convocaron a asistir al encuentro (Mateo 28.2 7; Marcos 16.7; Lucas 24.4 7).

4. INVITACIÓN ESPECIAL

«Decid a Pedro» (Marcos 16.7).

5. CONVOCATORIA

«Id... va delante de vosotros a...» (Mateo 28.7).

6. FECHA

Comenzó el primer día de la semana en que Jesús resucitó y prosiguió hasta el día y momento preciso en que Él ascendió al cielo (Lucas 24.1; Hechos 1.9).

7. DURACIÓN

Clases, diálogos, encuentros, mandatos y explicaciones durante cuarenta días (Hechos 1.3).

8. DIRECTOR GENERAL

Jesucristo (Mateo 28.20; Juan 13.13).

9. LUGARES UTILIZADOS

Mayormente un monte de Galilea (Mateo 26.32; 28.10; Marcos 14.28) pero también otros sitios:

Jerusalén, donde los discípulos estaban reunidos (Lucas 24.33, 36 49).

El monte donde Jesús les había ordenado (Mateo 28.16).

Junto al mar de Tiberias, con desayuno gratuito incluido, servido por el mismo Señor (Juan 21.1 13).

El monte del Olivar en Betania, cerca de Jerusalén (Lucas 24.50; Hechos 1.12).

10. SERVICIO DE COMIDAS

Pescado asado con postre de miel (Lucas 24.42).

De desayuno: pescado a la parrilla con pan caliente (Juan 21.12 13).

Otras comidas y bebidas (Hechos 10.41).

11. LIBRO DE TEXTO

Las Sagradas Escrituras (Lucas 24.32, 44 45).

12. PLAN BÁSICO

Consideración del plan divino de salvación que, según la síntesis de Lucas 24.46-47, se compone de dos partes necesarias e irremplazables:

Primera parte: Cristo debía morir y resucitar (¡cumplida!).

Segunda parte: los discípulos debían predicar en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados (¡a realizar!).

13. TEMARIO A CONSIDERAR

La evangelización mundial.

La Gran Comisión, que incluye: qué hacer, cómo, cuándo y dónde.

a. La predicación del evangelio del Reino:

Arrepentimiento (Marcos 16.15-16).

Perdón de pecados (Lucas 24.47).

Recepción del Espíritu Santo (Hechos 2.38).

Hacer discípulos; a los que creen, bautizarlos; formar iglesias, y enseñarles todo lo que el Señor mandó (Mateo 28.19-20).

b. Modelo y estrategia:

«Como el Padre me envió a mí, yo los envío a ustedes»; es decir, en los mismos términos y condiciones (Juan 5.30; 20.21).

c. Dónde llevar a cabo la misión: en cada pueblo, aldea, ciudad, etnia, nación, y a cada persona (Marcos 16.15).

Simultáneamente: Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra (Hechos 1.8).

d. Provisión segura e infinita:

La Palabra de Dios, viva y eficaz (Hebreos 4.12).

La presencia, poder y dirección del Espíritu Santo (Hechos 1.8).

«Yo mismo prometió Jesús estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28.20).

14. RESULTADOS OBTENIDOS

Por medio de esta conferencia se vencieron:

Temores (Mateo 28.5; Marcos 16.8; Lucas 24.37).

Dudas (Mateo 28.17).

Sustos (Marcos 16.6).

Tristezas y lágrimas (Marcos 16.10; Lucas 24.17).

Miedo (Juan 20.19).

Ignorancia (Hechos 1.6-7; Lucas 24.45).

También se logró:

Paz (Lucas 24.36; Juan 20.21).

Gozo (Lucas 24.41, 52).

Entendimiento (Lucas 24.45).

Fe (Juan 20.8, 27).
Autoridad (Mateo 28.19 20).
Ministerio (Juan 21.15 17).
Llamado (Juan 21.19).
Mandato (Marcos 16.15 16).
El Espíritu Santo (Juan 20.22; Hechos 1.8).
Su presencia (Mateo 28.20).

Hubo respuestas de:

Alabanza (Lucas 24.53).
Adoración (Mateo 28.17; Lucas 24.52).
Oración (Hechos 1.14).
Obediencia (Marcos 16.20).

15. ASISTENCIA

Los once discípulos (Mateo 28.16).

Los que estaban con los once (Lucas 24.33).

¿Los ciento veinte? ¿O algunos de los ciento veinte? (Hechos 1.12 15, 21 22).

Más de quinientos hermanos a la vez (1 Corintios 15.6).

16. OBJETIVO LOGRADO

«Ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor, y confirmando la palabra con las señales que la seguían» (Marcos 16.20).

17. CRONISTA

Lucas, el médico amado (Lucas 1.1 4; Hechos 1.1 2).

18. ENTREVISTAS PERSONALES

A María Magdalena (Juan 20.11 18).

A Pedro (Lucas 24.34; 1 Corintios 15.5).

A Jacobo (1 Corintios 15.7).

A Tomás (Juan 20.26 29).

19. RECOMENDACIÓN FINAL

«Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado».

¿Qué le parece, estimado lector, el informe o resumen de esta que nos hemos atrevido a llamar la Primera Conferencia Misionera de la iglesia? ¿Qué conclusiones podemos sacar? Si Jesús y sus discípulos dedicaron cuarenta días para hablar, dialogar, estudiar y meditar sobre este único y excepcional plan de evangelización mundial, ¿no le parece que sería importante imitar este ejemplo y realizar en cada iglesia encuentros semejantes, por lo menos, uno cada año? No po-

drá durar cuarenta días, pero sí una semana, o un fin de semana largo, para considerar, profundizar, clarificar y confirmar todos los aspectos, y así permitir al Espíritu Santo recordar, inspirar y guiar a las iglesias en la obediencia y cumplimiento de estas supremas órdenes de Jesucristo (Hechos 1.2).

C A P Í T U L O 10

Dos herramientas excelentes

En la obra del Señor debemos probar y usar todos los métodos. *(Carlo s H. Spurgeon)*

Desde la cuna hasta la tumba, los seres humanos somos imitadores. *(Norman Lewis)*

Yo estoy convencido de que el modelo es bíblico y práctico, y si es seguido en cualquier iglesia normal demostrará ser eficaz. *(G. Christian Weiss)*

Aprendemos mejor y más rápidamente observando modelos. *(Rick Warren)*

TODOS, ya sea en el campo, ya sea en la iglesia, queremos sembrar y levantar una cosecha abundante. En nuestro país, en los últimos años se han realizado extraordinarias y magníficas exposiciones agrícolas ganaderas. En ellas se exhibe todo tipo de modelos, métodos y máquinas que se usan para sembrar y cosechar granos, y se muestran los importantes adelantos logrados en nuestro país en estos rubros. Uno de los métodos que ha llamado mucho la atención es lo que se denomina la siembra directa, que por lo que hemos podido averiguar consiste en sembrar el campo sin dar vuelta la tierra con el arado como se había hecho hasta ahora. La razón que se da es que al arar (dar vuelta la tierra) la tierra más rica por estar mezclada con el rastrojo, queda abajo, y la semilla queda sobre un terreno más flaco.

El hecho es que por la siembra directa, o sea sembrando la semilla directamente sin arar, se han aumentado notablemente los millones de toneladas cosechadas de trigo, maíz, soja, etcétera. De mu-

chos países del mundo vienen representantes a presenciar estos eventos. ¿Por qué? Porque hay nuevos métodos, nuevas técnicas y procedimientos en el campo argentino que ellos pueden ver, y además hacer preguntas, aprender, para luego imitar.

Un ejemplo que podemos imitar

Observar un ejemplo o modelo, como hace la gente del campo, y luego saber cómo imitarlo o aplicarlo a una situación particular, puede producir un gran cambio.

El Dr. G. Christian Weiss⁴¹, quien sirvió al Señor como misionero en Marruecos, Perú y otros países, y que también fue un entusiasta promotor de la obra misionera mundial, cuenta en la introducción de un libro su impresión al participar en varias conferencias misioneras de la Iglesia de los Pueblos, en Toronto, Canadá. Dice que desde la primera vez que asistió quedó impactado por la cantidad de misioneros que esa iglesia sostenía, y por las abundantes ofrendas que lograba recaudar para tal fin.

Al volver año tras año para ministrar y participar en el programa empezó a preguntarse:

- ¿Por qué esta iglesia da tanto dinero para la obra misionera?
- ¿Cuál es la explicación de este dinámico programa de extensión a otros países?
- ¿Por qué otras congregaciones no siguen este modelo y obtienen los mismos resultados?

Pensaba cuál podría ser la respuesta razonable a estas preguntas:

- ¿Sería que la congregación, como una excepción, estaba compuesta por gente muy rica? ¿En la membresía habría algunos creyentes millonarios, y la mayor cantidad de dinero sería dada por ellos? ¿O podía ser que miembros de otras iglesias hubieran elegido a esta para canalizar sus ofrendas misioneras por la visión y carácter interdenominacional que ella tenía? La suma del dinero ofrendado ¿estaba en relación

⁴¹ Op. cit., pág. 3.

con la cantidad de miembros que tenía la iglesia? Para cada una de estas posibles explicaciones la respuesta era una rotunda negativa, porque Weiss conocía la congregación bastante bien, lo que le permitía llegar a tal conclusión.

Finalmente, como este asunto seguía dando vueltas en su mente, se dijo: «¿Será que la respuesta está en el método y programa que esta iglesia utiliza? Y en tal caso, ¿cuál es el método?»

No le resultó difícil hallar la respuesta. En pocas palabras, era esta: la iglesia celebraba una dinámica Conferencia Misionera Anual, presentando a la congregación el desafío de las misiones y utilizaba el método de la Promesa de Fe para la ofrenda misionera.

Herramientas eficaces

Estos eran, sin duda alguna, los factores que hicieron de tal congregación, una iglesia misionera sobresaliente. Para verificar su descubrimiento, Weiss siguió averiguando: ¿hay otras iglesias que emplean este mismo procedimiento? Y si es así, ¿cuáles son los resultados que obtienen? De esa manera observó los programas misioneros de otras congregaciones. El resultado de esa consulta lo convenció del hecho de que una Conferencia Misionera Anual, y el plan de la Promesa de Fe para las ofrendas misioneras, constituyen dos herramientas esenciales para lograr un programa misionero triunfante y continuado en cualquier iglesia local.

Finalmente, el Dr. Weiss afirmó:

Estoy convencido que el modelo en general es bíblico y práctico, y si es seguido en cualquier iglesia normal demostrará ser eficaz. Cabe destacar que en este modelo, la conferencia misionera en la iglesia local debe tener la máxima prioridad en el programa anual y que el pastor debe ser su principal promotor y conductor.

El Dr. Pablo B. Smith confirma estos conceptos en uno de sus libros diciendo:

El mejor método para lograr el dinero suficiente para financiar ésta, que es la más grande de todas las empresas del mundo, es comprometer a los miles de cristianos de las iglesias evangélicas a través de las conferencias misioneras.

Algunos datos importantes complementarios

Por informes publicados por la congregación mencionada en el párrafo anterior sabemos que:

- En los primeros tiempos de la vida de esa iglesia, la conferencia duraba cuatro semanas y abarcaba cinco domingos, dejando libres los lunes para descanso. Más adelante la redujeron a quince días. Como se puede apreciar por este dato, se destaca la intensidad de la predicación sobre las misiones.
- El pastor de esta congregación afirmó: «Por cada peso que usamos para la iglesia local, damos seis para la obra misionera». En una ocasión les pidió a los tesoreros un informe sobre lo ofrendado en estos dos rubros y ellos respondieron: «Este año se han dado treinta y nueve mil dólares para el ministerio local y doscientos ochenta y dos mil para misiones». «¿No será al revés?» —preguntó el pastor—. «No —respondieron los tesoreros—, esas cifras son correctas. Hemos dado seis veces más para misiones de lo que invertimos en el trabajo local». Esta declaración muestra la elección de dar prioridad a las misiones.
- En otros informes se hizo notar que la mayor cantidad de dinero que componen estas ofrendas proviene de muchos dadores de cantidades pequeñas.
- Esta iglesia en un tiempo llegó a sostener más de quinientos misioneros (proveyendo para una cantidad de misioneros el sueldo total, y para otros la mitad) que trabajaban en sesenta y siete países, a través de treinta y cinco agencias.

Si algún lector pensara: «Bueno, eso ocurrió en Canadá, las condiciones en nuestro país son muy distintas», tenemos que reconocer que tiene parte de razón; sin embargo le sugerimos que recuerde lo mencionado en el capítulo 7. En ese capítulo se cuenta el caso de una congregación que estaba ofrendando tres millones de pesos anuales, pero descubrió que su potencial era de diecisiete millones. Otra que pasaba necesidades se decidió a duplicar la cifra de su presupuesto, y al recibir las promesas para el mismo, se sorprendió de que pudiera

dar el doble del presupuesto ya duplicado. Sabemos de otras iglesias que al adoptar el plan de la Promesa de Fe, lograron reunir una cantidad igual a la que estaban dando para el presupuesto local. ¿En cuántas iglesias, si se hiciera la cuenta se podría repetir esta agradable sorpresa? Sería cuestión de averiguarlo. Y después, ¿qué hacer?

Los beneficios de imitar a otros

Desde la cuna hasta la tumba los seres humanos somos imitadores. El noventa por ciento de las cosas que aprendemos, las aprendemos por ver cómo otros las hacen. Las acciones de comer, hablar, caminar, y muchas más, las incorporamos a nuestra conducta imitando. En la Biblia tenemos varios ejemplos de hombres que usaron la imitación para cumplir órdenes o alcanzar objetivos.

Uno de ellos fue Moisés. Leemos en Éxodo que Dios lo llamó y en el monte le fue mostrando paso a paso cómo hacer el tabernáculo: el arca, el altar de holocausto, el de incienso, y todo lo demás. ¿Cómo debía hacerlo? «Conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte». En el capítulo 40 del mismo libro, cuando el tabernáculo estuvo terminado y fue levantado, varias veces se repite que todo fue hecho «como Jehová le había mandado a Moisés» y tal como le había sido mostrado en el monte. ¡Imitación perfecta!

Otro personaje que se valió de la ley de la imitación, en este caso para ganar una batalla y derrotar a los enemigos de Israel, fue Gedeón. La historia y los detalles pueden ser leídos en Jueces 7.15-22. Cuando Dios convenció a Gedeón de que les daría la victoria sobre los madianitas, repartió a los trescientos soldados elegidos en tres escuadrones y les ordenó: «Miradme a mí, y haced como yo hago» (v. 17). Tocar las trompetas, romper los cántaros, alzar las teas encendidas, todos lo hicieron sincronizadamente imitando a Gedeón. Y el Señor les dio la victoria. ¡Imitar al jefe era la fórmula, y les dio resultado!

Tanto Jesús como Pablo fueron ejemplos de conductas y actitudes espirituales que luego recomendaron que sus discípulos imitasen (Juan 13.13-15; 1 Corintios 4.16; Filipenses 3.17). La imitación en estos casos tuvo más que ver con hábitos espirituales. Sin embargo, ¿cómo aprende un nuevo convertido a leer la Biblia, a orar, a dar testimonio? En la mayoría de los casos, imitando a quienes le enseñan.

Conclusión

Tenemos a la vista dos o tres listas que sumarían más de cincuenta iglesias de varios países y distintas denominaciones que informan sobre los excelentes resultados del uso de estas dos herramientas que estamos comentando. En muchas de estas congregaciones se indica el crecimiento que cada una ha experimentado en las cantidades de dinero destinadas a misiones. Los porcentajes de crecimiento logrado por usar este método, oscilan desde veinticinco y cuarenta por ciento, y hasta doscientos y doscientos cuarenta por ciento.

En una encuesta realizada para medir los resultados que produce el empleo de la Conferencia Misionera y la Promesa de Fe, ciento setenta y nueve iglesias respondieron a las siguientes preguntas de esta manera:

Pregunta 1: El plan de la Promesa de Fe ¿ha alentado a los candidatos a misioneros en su propósito de salir al campo? Contestaron:

Sí: 91 (51%).

No: 59 (33%).

No contestaron: 29 (16%).

Pregunta 2: El plan ¿ayudó a levantar el sostenimiento para los misioneros de su propia congregación?

Sí: 111 (62%).

No: 33 (18%).

No contestaron: 35 (20%).

Pregunta 3: El plan ¿ha producido un incremento en las ofrendas misioneras de su propia congregación?

Sí: 167 (93%).

No: 8 (4%).

No contestaron 4 (2%).

Pregunta 4: El plan ¿ha rendido un modesto aumento en las ofrendas para misiones cada año?

Sí: 147 (82%).

No: 13 (7%).

No contestaron: 19 (11%).

Pregunta 5: Las ofrendas para el presupuesto de la iglesia local ¿han sufrido una disminución como resultado de este plan?

Sí: 2 (1%).

No: 165 (92%).

No contestaron: 12 (7%).

Pregunta 6: Las ofrendas para el presupuesto local ¿han aumentado con el uso de este plan?

Sí: 148 (83%).

No: 16 (9%).

No contestaron: 15 (8%).

Pregunta 7: ¿Ustedes sienten que prestarían un buen servicio a otras iglesias si las alentaran a adoptar este plan?

Sí: 172 (96%).

No: 1 (1%).

No contestaron: 6 (3%).

Como decimos en nuestro país: «A buen entendedor, pocas palabras». Aunque los resultados expresados en la encuesta son financieros, tienen una significación más amplia. El aumento voluntario y dramático en ofrendar está mostrando la motivación interior. Al considerar estos hechos recordemos la exhortación: «Considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe» (Hebreos 13.7). Y también: «Su fe se demostró con hechos, y que por sus hechos, llegó a ser perfecta su fe» (Santiago 2.22, VP).

Ningún otro método logra tanto como éste. Cualquier iglesia que tenga una Conferencia Misionera Anual y use el plan de la Promesa de Fe para las ofrendas, dará diez veces mas de lo que daría usando otros métodos (Oswald J. Smith).

EL LLAMADO DEL MAESTRO

Hoy Jesús te llama a ti, ven y sigue en pos de mí,
Aún millones en error, no conocen pues mi amor.
Unos oran, otros dan, muchos sueñan, pocos van,
Pronto dile: «Heme aquí, correré en pos de ti».

¿Has oído el gran clamor de las almas en dolor?
Bátense en la obscuridad, sin la luz de la verdad.
Tú las puedes rescatar y tu amor así mostrar,
Pronto dile: «Heme aquí, todo dejaré por ti».

Y si tú no quieres ir, ellos no sabrán jamás,
Del amor del Salvador, ni de su insondable paz.
¿Cómo piensas responder en el día del Señor,
Si no sales sin tardar y doquiera predicar?

LETRA: Oswald J. Smith

MÚSICA: George J. Elvey

TRADUCCIÓN: Samuel G. Barnes

Parte III
DOS HERRAMIENTAS
ÚTILES Y EFICACES

Introducción

Muchas iglesias que tienen un dinámico programa misionero nos dirán al unísono que la celebración de una Conferencia Misionera Anual complementada con el plan de la Promesa de Fe para las ofrendas, ha revolucionado positivamente su accionar misionero, y ha convertido a ese evento en una de las experiencias más edificantes y emotivas que vive la congregación.

Sobre la idea básica de que «la gente que conoce lo que la Biblia enseña, está mejor preparada para hacer lo que la Biblia manda», las conferencias son una combinación de enseñanza, información, motivación y compromiso. La predicación imparte sólida enseñanza bíblica como fundamento de las misiones cristianas y de los desafíos que la Gran Comisión demanda a las iglesias.

El plan de la Promesa de Fe, no sólo provee un método serio y sistemático para recaudar el dinero que se necesita para sostener dignamente a los misioneros. También da la oportunidad para ejercitar y hacer crecer nuestra fe, y consolida la decisión de rendir la vida al Señor, así como cumplir con el desafío de la oración y la entrega total.

C A P Í T U L O 11

Qué es una Conferencia Misionera Anual

Una conferencia misionera es una batalla espiritual. (*Edison Queiroz*)

A la conferencia misionera se le debe dar la suprema prioridad en el programa anual de la iglesia local y el pastor principal debe ser el promotor y conductor. (*G. Christian Weiss*)

Se puede ahorrar mucho tiempo y energía, recogiendo información de las lecciones que a otros les ha costado aprender de manera más difícil. (*Rick Warren*)

PARA COMENZAR, conviene contestar y aclarar bien: ¿qué es una Conferencia Misionera Anual? Es una serie de cinco a siete reuniones consecutivas, durante las cuales se consideran los temas claves de las misiones, apuntando a lograr resultados definidos y específicos.

Es interesante notar cómo usando las mismas palabras se pueden dar a entender cosas distintas. Por ejemplo, en la guía de teléfonos de la Capital Federal figuran por lo menos ciento catorce personas con el nombre Juan Pérez, lo cual significa que al decir «Juan Pérez» solamente, no estamos especificando a nadie en particular. Para localizar a la persona que buscamos con ese nombre necesitaríamos otros datos, por ejemplo, el nombre de la calle donde vive, el número, un segundo nombre, etcétera.

Cuando hablamos de una Conferencia Misionera Anual sucede algo similar. No estamos designando a una reunión especial cualquiera, de las muchas que se celebran de vez en cuando sobre el tema

de las misiones que pueden ser muy provechosas y hacemos bien en realizar.

En nuestro caso por Conferencia Misionera Anual queremos designar no una, sino una serie de cinco a siete reuniones realizadas consecutivamente en el curso de una semana, o durante un fin de semana largo, en las cuales se consideren los temas claves de la obra misionera mundial. Está comprobado que la presentación de estas verdades produce un efecto mayor cuando ellas son expuestas durante un programa de varias reuniones seguidas. Hacerlo así contribuye a lograr la concentración mental y espiritual que se necesita, para fundamentar con claridad y convicción las decisiones que se van a tomar, y los compromisos que se van a asumir.

¿Es mucho pedir que de las cincuenta y dos semanas que tiene el año, la iglesia local aparte y dedique la mejor de ellas a la consideración de lo que debería ser la ocupación y servicio más importante de cada iglesia y de cada cristiano? Por las mismas razones que realizamos series especiales de reuniones evangelísticas, o con temas para la familia, cursos de mayordomía, de educación cristiana y otros, deberíamos también dedicar tiempo para pensar, orar y planear, cómo llevar a cabo la obra misionera. ¡La Conferencia Misionera Anual merece y debe ocupar el primer lugar en esa lista de actividades a realizarse durante el año!

Su importancia fundamental

Por la lectura del capítulo 9 se puede apreciar la variedad de objetivos y propósitos que Jesús logró en ese encuentro con sus discípulos después de resucitar (ver especialmente los puntos 12 y 13). Sin duda, uno de los resultados más importantes fue concienciar a sus discípulos (y a través de ellos a la iglesia naciente) que en adelante, la prioridad absoluta divina era la evangelización mundial. Es decir, que así como fue necesario que Cristo muriera y resucitara, ahora también era necesario que ellos predicaran esta buena noticia del evangelio en todas las etnias del mundo.

Este mismo énfasis necesitan las iglesias de nuestro tiempo, de modo que el propósito de la conferencia no es otro que el obedecer las palabras de Cristo: «Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28.20).

Durante esos cuarenta días de contacto prolongado con los apóstoles, se destaca con claridad que la primera actividad que realizó después de resucitar (Lucas 24.36-48), el único tema que ocupó su mente (Hechos 1.3), y las últimas palabras que pronunció antes de ascender al cielo (Hechos 1.8) se referían y recalcaban la primordial importancia de la evangelización global. Esta verdad que palpitaba en el corazón de Jesús, debe ser el centro y motor de toda conferencia misionera.

Objetivos a los cuales apuntar

Entre los variados propósitos que se pueden lograr señalamos los siguientes:

1. Transmitir la visión de las multitudes que hay en el mundo, que aún no han escuchado el mensaje de salvación. Alrededor de ocho mil etnias, tribus, lenguas, pueblos, y grupos que podrían llegar a sumar más de mil quinientos millones de seres humanos, todavía no han sido evangelizados y entre ellos aún no se ha plantado una iglesia autóctona.

2. Enseñar, estudiar y concienciar las bases bíblicas de la obra misionera, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, lo que significa la Gran Comisión, y la abundante enseñanza bíblica, que muestra que Dios hace descansar sobre la iglesia la responsabilidad de cumplir esa tarea.

3. Enseñar, exhortar y rogar, tal como lo hacía Pablo (Romanos 12.1), que los miembros del cuerpo de Cristo experimenten la entrega y consagración indispensable, que les permita ejercer los diferentes dones y ministerios necesarios para cumplir la misión.

4. Llamar a la oración, perseverante y victoriosa, para pedir obreros y recursos, y también para conquistar los territorios que las fuerzas satánicas retienen bajo su poder, y lograr que se abran las puertas en los países en los cuales la predicación del evangelio está prohibida.

5. Dedicar centenares de vidas que respondan al llamado divino y se preparen para ir como misioneros a los campos que están blancos para la siega.

6. Recibir ofrendas abundantes, sacrificiales y regulares, que permitan apoyar y sostener espiritual y materialmente a los que son lla-

mados a ser misioneros y que a su tiempo serán enviados a los pueblos y grupos no alcanzados.

7. Actuar unida y armoniosamente con todo el cuerpo de Cristo, con miras a completar la evangelización del mundo.

El estudio y reflexión de estos y otros temas similares, considerados en una serie compacta de reuniones contribuye a enseñar, despertar y desafiar al pueblo de Dios a asumir los compromisos prácticos necesarios para cumplir la Gran Comisión, que alguien ha definido como la prioridad número uno, cabalmente expresada en el conocido lema: «La tarea suprema de la iglesia es la evangelización del mundo».

Se ha dicho con razón que las iglesias tienen los hombres, y las mujeres, y el dinero necesario para evangelizar el mundo. Pero pueden ser semejantes al Sansón bíblico, que estando dormido no usó adecuadamente sus recursos y jugó peligrosamente con el potencial que se le había confiado. Para muchas iglesias la Conferencia Misionera Anual ha sido la herramienta ideal para despertar las capacidades que posee la congregación. Mientras que el plan de la Promesa de Fe tiene la virtud de poner al descubierto recursos que la iglesia tiene (o que por fe puede recibir) y que antes ignoraba y ni sospechaba que podría llegar a disponer. Ambas prácticas pueden impulsarnos a cumplir más cabalmente con las últimas órdenes que nos dejó nuestro bendito Señor y Salvador.

C A P Í T U L O 12

Cómo se prepara una Conferencia Misionera Anual

Los planes bien meditados dan buen resultado; los que se hacen a la ligera causan la ruina. (*Proverbios 21.5, VP*)

Jesús dio instrucciones para que sus discípulos prepararan la pascua. (*Mateo y Marcos*)

Pablo envió a tres de sus colaboradores a Corinto para que ayudaran a la iglesia a preparar una ofrenda abundante, para los santos de Jerusalén. (*2 Corintios 8 9*)

Todo lo que está bien preparado sale mejor. (*Proverbio chino*)

LA CELEBRACIÓN de una Conferencia Misionera Anual puede ser el evento más impactante del año, especialmente si es objeto de una cuidadosa preparación. Son muchos los factores que pueden contribuir para que ella sea una verdadera fiesta espiritual y logre los mejores resultados.

El lugar del pastor o líder

De la misma manera que un ejército necesita un general que lo dirija, un barco necesita un capitán que haga lo propio con los marineros, y aún los alumnos en la escuela se sujetan a las indicaciones de maestros y directores, los miembros de una iglesia, apreciarán la iniciativa, entusiasmo y dirección de quienes los presiden.

El pastor ejerce una autoridad que lo coloca en una posición inigualable para orientar, presidir y dirigir la buena organización de la

conferencia. Ya sea porque lo haya vivido en ocasiones anteriores, o se esté guiando por primera vez por instrucciones recibidas de un colega o de un manual, su capacidad, su criterio y sus recomendaciones serán de gran valor ante el equipo de hermanos que se haya convocado para preparar este encuentro. El entusiasmo e interés que el líder muestre en relación con la acción misionera que la iglesia debería tener, pronto será compartido por sus colaboradores y por los demás miembros. El pastor es —salvo raras excepciones— el eje alrededor del cual giran todos los trabajos previos; él promueve los planes, inspira la acción, vela para que las tareas específicas asignadas se cumplan y con su fervor va creando la sana expectativa que se genera en vísperas de todo el programa espiritual.

Colaboradores

La preparación de una serie de reuniones de cualquier índole, presupone una serie de tareas que alguien tendrá que realizar. ¿Quién se ocupará de ellas? La clave del éxito de cualquier programa, es el calibre espiritual y el entusiasmo de quienes lo preparan. El pastor va delante de las ovejas con su visión, convicción y entusiasmo, pero él no puede hacerlo todo. Puede y debe orientar y guiar, pero necesita estar acompañado por un grupo de hermanos, representantes de distintos sectores de la iglesia, interesados en la obra misionera, que formen una comisión o departamento de Misiones, planeen y organicen la conferencia. Si este departamento aún no existe, puede ser muy oportuno iniciarlo en este momento. Un equipo así constituido, al reunirse semanalmente o cada quince días con el pastor para orar y hablar sobre el evento, irá formando el clima que favorecerá las decisiones a tomar y la disposición positiva para realizar las tareas necesarias.

La oración debe ocupar un lugar especial en la preparación. Oración ferviente y definida en los encuentros del departamento y también en la congregación. Se necesita la dirección divina y también su bendición para cada paso del programa.

La mejor fecha

La fecha más conveniente será la semana del año en la cual se pueda contar con la mayor concurrencia de la membresía y de los simpati-

zantes. Determinar esto puede llevar algún tiempo de consultas y averiguaciones, pero es un elemento muy importante, si la iglesia está apuntando a lograr los mejores resultados.

Ocurre que los meses de intenso frío pueden hacer disminuir la asistencia de los hermanos de mayor edad; los meses de exámenes distraen la atención y asistencia de muchos jóvenes. También los meses de vacaciones conspiran contra una concurrencia ideal. ¿Cuál es la semana del año en la cual se puede lograr la mayor concurrencia? Cada iglesia tendrá una respuesta diferente y procederá usando su mejor criterio.

Cuando se descubre la fecha que se considera más apropiada para la congregación, es conveniente mantenerla año tras año, colocándola en el calendario anual, y acostumbrando a la membresía a reservarla para la conferencia.

La experiencia también ha demostrado que no da resultado mezclar esta actividad con otras, tales como el aniversario de la iglesia, campaña de mayordomía, evangelismo, etcétera. La intención puede ser elogiada, pero el proceder se asemeja a intentar apuntar con un rifle a dos objetivos distintos al mismo tiempo; generalmente no se alcanza plenamente ninguno de los dos.

¿Cuánto durará la serie de reuniones?

Creemos que cuanto más extensa sea, dentro de límites razonables, mejores resultados se conseguirán. Ya hemos mencionado una iglesia que en un tiempo dedicaba cuatro semanas, y posteriormente quince días a esta actividad. Pero en estos tiempos parece que ya no es posible seguir ese ejemplo.

Lo ideal es tener una serie de domingo a domingo (en ciertos casos dejando libres el lunes y el martes) para que se puedan celebrar de cinco a siete reuniones en la semana. De no ser posible esta propuesta, se puede optar por otra, que consiste en comenzar con las reuniones de un domingo, y concluir en un fin de semana de jueves o viernes a domingo. Una serie como ésta debe tener un clímax que, lógicamente, debería producirse en la reunión final del domingo. Las reuniones, especialmente entre semana, no necesitan tener una larga duración. Una hora y cuarto de tiempo es suficiente; lo máximo podría ser una hora y media. Por lo menos la mitad del tiempo debe re-

servarse para el mensaje o la exposición bíblica. Es importante que el programa sea vivo y dinámico. Se debe planear cuidadosamente cada parte de la reunión y hacer que el plan se cumpla.

Programa

Preparar reuniones interesantes, entusiastas, de inspiración y desafío para la congregación no es fácil pero se puede lograr. Sugerimos pensar en un programa equilibrado, con exposiciones que presenten:

- Una visión de la condición y cantidad de etnias y grupos humanos que nunca han escuchado el evangelio ni una sola vez.
- Las bases bíblicas de la evangelización mundial.
- El significado que la Gran Comisión debe tener para cada creyente y para cada iglesia.
- El llamado divino a dedicar la vida para llevar el evangelio a los campos misioneros.
- El desafío de la oración intercesora y las ofrendas para misiones.
- Qué significa apoyar y sostener un misionero.

Debe haber en las conferencias un balance entre la instrucción bíblica, la inspiración, las motivaciones y el desafío y compromiso personal.

Elementos que no deben faltar

1. *Una buena y amplia promoción.* Con la debida anticipación se debe realizar una intensa y adecuada publicidad. La diagramación de afiches que llamen la atención y que sean colocados en las paredes de todas las aulas y pasillos del edificio y en los hogares. La presentación de la serie en el boletín mensual o semanal, comentando metas, objetivos, misioneros a sostener, datos sobre los oradores, etcétera, ayudan a crear interés y expectativa.

Una carta personal, dirigida a cada miembro y simpatizante, que por tener su nombre y apellido, seguramente llegará a sus manos, ha probado ser un medio muy eficaz. De más está decir que los anun-

cios desde el púlpito y en las otras reuniones complementará y confirmará este proceso de información.

Esta tarea bien realizada garantizará la máxima asistencia y evitará la frustración de aquellos miembros, que en la tercera o cuarta sesión de una conferencia que les ha llegado a entusiasmar han dicho: «¡Qué linda reunión! ¡Si me hubieran avisado antes, hubiera asistido desde el comienzo de la serie!»

2. *El lema.* La elección de un lema para la conferencia siempre ayuda a orientar los pensamientos y fijar objetivos en la mente. Pueden usarse textos o frases bíblicas tales como: «Id por todo el mundo»; «Hasta lo último de la tierra»; «Señor, ¿qué quieres que haga?» y otros parecidos, o también que tengan que ver con metas a alcanzar. Por ejemplo: «Emprended grandes cosas para Dios; esperad grandes cosas de Dios»; «¡Vayamos a alcanzar los millones que pe-recen!», etcétera.

El lema debería estar impreso en los programas y también colocado en un cartel atrayente y bien visible en la plataforma.

3. *La música.* La música puede hacer una gran contribución a la conferencia porque es un medio muy eficaz para transmitir el mensaje de Dios. Ella parece tener una avenida de acceso especial a la voluntad del hombre. A veces, cuando la predicación ha producido poco impacto, la gente se emociona profundamente con el mensaje de una canción. Ella refuerza las verdades que el predicador ha tratado de hacer comprender.

Es conveniente imprimir una hoja con canciones misioneras exclusivamente, que serán entonadas durante la serie y en cualquier otra reunión que trate de este tema. También se puede elegir un himno lema relacionado con el tema principal de la conferencia. Se debe alentar la presentación de solos, dúos, conjuntos musicales, y la participación del coro de la iglesia. La condición indispensable es que tengan letra y contenidos relacionados con las misiones. El objetivo de un himno misionero debe ser la comunicación de una verdad, no la exhibición del cantante. El uso de la hoja impresa asegura la participación de toda la congregación, objetivo que no siempre se logra por otros medios.

4. *Carteles.* Carteles, mapas, planisferios y leyendas con lemas misioneros, colocados en las paredes, concitarán la atención de los

asistentes y fijarán en la mente conceptos importantes. El ojo es la puerta principal de entrada al alma. Las leyendas así exhibidas serán leídas y recordadas, mientras muchos pensamientos de los sermones pueden ser fácilmente olvidados. Algunos ejemplos son:

La suprema tarea de la iglesia es la evangelización del mundo.

La mitad de la población del mundo nunca ha escuchado el nombre de Jesús.

Obediencia demorada es desobediencia, y la desobediencia es pecado (Don Hillis).

¿Por qué deberían algunos escuchar el evangelio dos veces, cuando muchos no lo han escuchado ni una sola vez? (Oswald Smith).

La Gran Comisión de Cristo da sólo dos opciones: obedecer o desobedecer.

Colocar algunos de estos lemas, dos o tres domingos antes de la conferencia, irá llamando la atención sobre ella y creando un espíritu de anticipación y expectativa.

5. *Audiovisuales*. Las películas, diapositivas, *powerpoints* y videos prestan un valioso servicio, pues ayudan muchísimo a ilustrar y concienciar las necesidades de los campos blancos. En ellas también se pueden apreciar los problemas y las dificultades que los misioneros enfrentan en su afán de obedecer al Señor. Los triunfos, las conquistas y los desafíos también aparecen muchas veces en la pantalla. Para proyectar en el curso de una reunión es aconsejable elegir películas que no excedan media hora de tiempo, como *Portales de esplendor* y *Yo vi a los aucas orar*, que muestran, la primera lo que costó introducir el evangelio en la tribu auca, y la segunda el magnífico resultado obtenido. Otras películas como *La espera del mundo*, que dura casi dos horas, son más apropiadas para usarse en reuniones de promoción algunas semanas antes de la conferencia.

6. *El predicador invitado*. Pocas decisiones en relación con la conferencia son más importantes que la elección del orador principal. Muchos siervos de Dios están disponibles, pero no todos pueden dirigir este tipo de programa apropiadamente. La predicación bíblica es la columna vertebral de la conferencia. El predicador debe sentir gran convicción por las misiones para presentar sus fundamentos bíblicos con fuerza y nitidez.

Debe poder mostrar la desesperante condición de los pueblos que no han escuchado el evangelio. Debe ser apto para desafiar a la igle-

sia al trabajo, el sacrificio y la abnegación. Conviene también que conozca el plan y el mecanismo de la Promesa de Fe, para poder presentarlo con convicción y claridad. Antes de invitar a la persona que se tiene en mente, conviene consultar a otros colegas en cuyas iglesias haya ministrado, para conocer su desempeño en este tipo de actividad. Esta precaución puede ahorrar dolorosas experiencias.

7. *La participación de misioneros.* Es muy recomendable. Los informes y testimonio de ellos sin duda enriquecerán las reuniones y le darán un sabor especial a la conferencia. Conviene recordar que no todos los misioneros son buenos oradores, porque los dones espirituales en el cuerpo de Cristo son diferentes. Ser habilidoso para hablar desde una plataforma no es un requisito previo para ser misionero. Pero ellos son dueños de una riqueza que otros no tienen y pueden dar breves o largos testimonios sobre la manera como Dios los llamó; pueden comentar sobre los trabajos que realizan en los campos; pueden hablar de primera mano sobre las dificultades y problemas que se presentan en otros países; pueden testificar de la fidelidad de Dios, como también del gozo de los éxitos y las lecciones que se aprenden de los fracasos. Todo esto y mucho más que ellos pueden dar, forma parte del cuadro misionero total que toda congregación desea conocer.

8. *Libros y folletos con temas misioneros.* En toda conferencia debería haber una mesa grande con estos materiales. La literatura de los cultos falsos está llenando el mundo. La conferencia debe ser una brillante ocasión para difundir los libros misioneros que muchas veces duermen en las librerías.

Cada noche desde el púlpito, algún laico que sea un lector entusiasta, u otro hermano que esté interesado y conozca sobre literatura debe presentar y ofrecer dos o tres libros, comentando brevemente su contenido. La lectura de un libro puede cambiar una vida. En la conferencia sería recomendable ofrecer sólo aquellos que contribuirán a dar un empuje a la causa de las misiones.

9. *Dramatizaciones.* La presentación de dramas misioneros a cargo del grupo juvenil puede producir un tremendo impacto, tanto en los que observarán la presentación, como en los que, al dedicar un tiempo considerable a su preparación, a la memorización y a los ensayos, no podrán evitar que muchos conceptos y verdades que for-

man parte de la trama del guión, se introduzcan en sus mentes y corazones.

10. *Impresión de publicaciones.* Un calendario, con la fotografía de los misioneros que la iglesia va a apoyar o sostener, el mapa del país o continente donde van a estar ministrando, y cualquier otro dato que sirva para mantener en la memoria de la congregación la vida y el ministerio de estos siervos, para que oren e intercedan por ellos en sus hogares, puede ser un buen recurso para mantener unida a la iglesia con los misioneros.

C A P Í T U L O 13

Las metas de una Conferencia Misionera Anual

Las metas y las visiones van mano a mano. Las metas sin visiones simplemente representan una lista de cosas para lograr, pero nunca llevan a nada realmente grande. Por otra parte, las visiones sin metas, son realmente quimeras. Nunca se convierten en realidad. (*Harold Finch*)⁴²

Obligarse a sostener a algún misionero en el extranjero es la mejor manera de mantener su visión por la obra misionera mundial y evitar la tentación de ser esclavo del egocentrismo materialista. (*W. Robert Smith*)

SE HA COMPARADO a las reuniones misioneras de ciertas iglesias con un automóvil que tiene el motor en marcha, hace mucho ruido, pero no arranca, no se mueve y por lo tanto no va a ninguna parte. ¿Qué objetivos se pueden señalar y lograr con una serie de reuniones como las que estamos proponiendo?

Fijar metas implica la inversión de tiempo, reflexión y concentración, y vale la pena hacerlo. Esto significa que mediante el diálogo, la meditación y la búsqueda de la voluntad de Dios, la oración y la guía del Espíritu Santo, la comisión o departamento misionero, o grupo dirigente de la iglesia, llega a un acuerdo y presenta en la Conferencia Misionera Anual planes o proyectos que podrían ser por ejemplo los siguientes.

⁴² Harold Finch: *Las tres llaves*, Editorial Mundo Hispano, 1991, pág. 31.

Mirar a nuestro alrededor

Pensar, orar y planear alcanzar barrios, zonas, pueblos o ciudades que no están muy lejos del templo, y que todavía no tienen un testimonio evangélico de ninguna denominación. ¿Por qué no podrían estos lugares ser alcanzados por obreros laicos de la iglesia local? La realización de una campaña evangelística por medio de una carpa o el alquiler de un lugar apropiado, el comienzo de una reunión casera, la repartición de tratados y obra personal casa por casa, el encuentro con grupos de niños en una plaza o en un club de barrio podrían abrir la puerta para iniciar una Hora Feliz, que eventualmente fructificara en el comienzo de una congregación. Hasta una tragedia, un accidente o un serio problema que ocurra en una comunidad vecina, si nos ofrecemos a orar por ello y colaborar, puede dar pie para iniciar encuentros y contactos que con la bendición de Dios terminan en reuniones sociales o familiares. A través de ellas se pueden ganar las primeras almas, formar los primeros discípulos, y seguir con células que con el tiempo y el crecimiento llegarán a ser iglesias, que como faros en medio de las tinieblas, expandan la luz del evangelio, o sean como esa ciudad, a la cual se refirió Jesús, que al estar situada sobre un monte no se puede esconder. «La única manera de conseguir cumplir la Gran Comisión, es fundando una iglesia en cada comunidad del mundo».⁴³

Para lograr esto, cada iglesia se debe convertir en un centro de expansión misionera.

Las predicaciones de una Conferencia Misionera Anual abren la mente y despiertan inquietudes en los miembros, que bien pueden llegar a convertirse en una nueva visión de la zona que rodea la iglesia, simbolizada por Judea y Samaria, y que muchas veces por diversas causas ha sido descuidada. Un acercamiento a estos centros no muy lejanos de la iglesia local, no necesita ningún llamado misionero especial. Una fuerte convocatoria a los miembros, prestar atención a los mandamientos de Cristo y obedecerlos es suficiente.

⁴³ Donald McGavran: *Estudios Bioiglesias*, N° 1, págs. 17.

Mirar un poco más lejos

Dios puede iluminar a otros hermanos a levantar la vista y mirar un poco más lejos: pensar en alguna ciudad, pueblo o etnia, dentro del país o fuera de él, y sentir que podría ser alcanzado enviando un misionero sostenido totalmente o en parte por la congregación. Cada día se está divulgando más la ubicación de los grupos humanos que carecen de los conocimientos mínimos del evangelio, situados a lo largo y a lo ancho de la Argentina, de la América del Sur, y también de otros continentes.

En uno de los congresos misioneros más bendecidos que hubo en el país (MISIÓN 89, en Mar del Plata) se difundió una lista elaborada por líderes cristianos de nuestro continente que establecía que de los doce mil grupos no alcanzados que había en ese entonces en el mundo, los cristianos latinoamericanos deberíamos comprometernos a alcanzar a tres mil. Luego esa cifra fue prorrateada a cada país según la cantidad de creyentes que había en cada uno, y quedó establecido que a la Argentina le correspondía alcanzar un mínimo de ochenta etnias no evangelizadas. Han trascurrido algo más de quince años desde que se aceptó ese desafío, y algunos informes nos dicen que misioneros argentinos han iniciado trabajo pionero en quince de esos grupos más necesitados. De modo que todavía hay mucho lugar para que iglesias y enviados argentinos avizoren, adopten y a su tiempo planten la iglesia en culturas que todavía están en tinieblas (ver capítulos 1 y 22 para más datos).

Obreros llamados por Dios

Otra meta tanto o más importante que las anteriores, y al alcance de toda congregación, es que sobre la base de la fe y la inspiración que Dios pueda dar, se pida que en la conferencia —o como resultado de ella durante el año siguiente— Dios levante una cantidad definida de obreros para dedicar sus vidas totalmente al ministerio misionero.

El Señor ha dicho: «Pedid y se os dará». Él mismo dio el ejemplo cuando pasó la noche orando en una ocasión, y al día siguiente, Dios le dio aquellos doce hombres que llegarían a ser sus apóstoles. En su oración sacerdotal (Juan 17.6, 9), se refiere a «aquellos que me diste». Hudson Taylor y sus colaboradores, al ver los campos blancos que había en la China, le pidieron a Dios en una ocasión dieciocho

obreros más; un tiempo después pidieron setenta, y posteriormente cien nuevos misioneros. Estos pedidos, fijados antes como metas de oración, fueron contestados íntegramente. Y estos obreros no surgieron de un barrio cercano: llegaron desde Inglaterra, lo cual quiere decir que para cumplir su vocación tuvieron que ir al otro extremo del mundo, a la China, en tiempos cuando no había trenes ni aviones, y los barcos eran el único medio que se podía usar, con todos los riesgos y peligros que el mar significaba, y viajes que tardaban varios meses para poder llegar a su destino. Dios contestó esas oraciones con metas definidas que pedían obreros.

Todavía siguen vigentes dos declaraciones de las Escrituras. Una: «No tenéis porque no pedís, o pedís mal». La otra: «Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies».

Una meta de ofrenda mensual

Otro desafío para la fe es fijar una meta de dinero que los miembros de la iglesia se comprometen a dar como una ofrenda mensual. Es útil en este sentido la Promesa de Fe (método que será explicado en los próximos capítulos), cuyo destino exclusivo será sostener los misioneros enviados a lugares donde la congregación nunca podrá llegar con su presencia y testimonio local. Se debe entender que se trata de una ofrenda aparte y además de los diezmos y ofrendas que se dan para cubrir el presupuesto de la iglesia.

¿Cuál podría ser la cifra inicial para fijar como meta? Eso depende en parte de la cantidad de miembros que tenga la congregación, de su potencial económico, y también de su dedicación, fe y consagración. Lo ideal debería ser apuntar a reunir el sostenimiento de un misionero. ¿Le parece mucho? Cuando lea los capítulos sobre la Promesa de Fe, y vea lo que muchas iglesias logran usando ese plan, comprenderá que no es tan difícil alcanzar ese sueño.

Por supuesto, todo depende del espíritu y disposición de la membresía. Si hay en la congregación muchos miembros como uno del cual contó un pastor, que al considerar reunir el dinero para sostener un misionero le dijo: «Pastor, ¡eso no es para nosotros! ¡Todavía no estamos en condiciones de asumir esas responsabilidades!» ¡Con una visión así no se podrá ir muy lejos!

Por el contrario, ¿no es verdad que como matrimonios, como familias, y aún como individuos, muchas veces nos hemos esforzado para adquirir un artefacto, un aparato de televisión, otros un automóvil, y otros hasta un departamento o una casa, y lo hemos logrado? ¿Cómo no vamos a unirnos en un propósito tan noble como es sostener un misionero? ¿Tenemos fe en un Dios poderoso para lograr, con su bendición, que veinte, cincuenta, cien o ciento cincuenta hermanos, uniendo nuestras pequeñas, medianas o grandes contribuciones, cada mes le dediquemos el importe que cubrirá el sueldo de un nuevo misionero?

Lo que entusiasmo y hace realmente edificante una conferencia es la fijación de metas, y el esfuerzo cercano o lejano por cumplirlas. Una conferencia sin metas, es como una calesita (carrusel) a la cual uno se sube, da vueltas y vueltas, pero cuando se baja está en el mismo lugar.

Con la tierra prometida por delante para ser conquistada, el Señor le dijo a Josué: «¡Esfuézate y sé valiente!» El mismo Señor nos dice las mismas palabras al considerar la terminación de la evangelización del mundo en nuestra generación. ¡Lo lograremos con esfuerzo, sacrificio y valentía!

C A P Í T U L O 14

El desarrollo de la Conferencia Misionera Anual

Sabemos por las Escrituras que estas incontables almas sin Cristo están definitivamente perdidas, y que nosotros tenemos el remedio en Cristo, por lo tanto tenemos la obligación de hablarles acerca de Él.
(R. D. Fontana)

La gente que conoce lo que la Biblia enseña, está mejor preparada para hacer lo que la Biblia manda. *(R. Van Gorder)*

Una Conferencia Misionera es, sobre todo, una experiencia espiritual que ningún creyente genuino olvidará y que contribuirá a su crecimiento y madurez. *(Edison Queiroz)*

BIENAVENTURADA es la iglesia de la cual uno o varios de sus miembros, habiendo sentido el llamado misionero, se han preparado concienzudamente y han sido enviados por ella a algunos de los muchos campos blancos necesitados de obreros. Al ministrar en esos lugares, predicar el evangelio, ganan almas, hacen de ellas personas rescatadas de las tinieblas.

Cada cuatro o cinco años, esos obreros vuelven y comparten con la congregación sus experiencias, sus dificultades, y también sus triunfos. La iglesia de Antioquía vivió ese emocionante capítulo de la obra cuando Pablo y Bernabé volvieron de su primer viaje misionero y presentaron el informe de todo lo que habían vivido durante varios años de cumplir su tarea.

Necesitamos que se multipliquen en la Argentina y en América latina las iglesias que sigan este modelo. Demos gracias por las que ya lo están haciendo y sigamos pidiendo por muchas más. Para po-

der alcanzar este objetivo y final feliz, las reuniones de una Conferencia Misionera Anual pueden hacer una importante contribución.

Damos por sentado que cada iglesia tiene su propio formato y plan de reunión, y este debe ser respetado. De todas maneras, creemos que algunas sugerencias, no estarán de más.

Concentración

Habiéndose elegido una semana del año para celebrar la Conferencia Misionera Anual, es muy importante que durante ese período toda la iglesia esté concentrada en la consideración de ese tema, excluyendo a cualquier otra actividad —por buena que sea— que se pueda realizar en otra fecha. Ninguna otra actividad oficial, social, deportiva o de cualquier otra índole, debería consentirse en esos días. Lograr distraernos de lo que es más importante, es una de las tácticas favoritas del enemigo, y debemos estar alertas y no darle lugar. Cuando el pueblo de Dios está pensando y planeando cómo suplir la necesidad de etnias y grupos que están muriendo sin conocer a Cristo, el adversario hará todo lo posible para interferir y obstaculizar el programa, y sería contraproducente prestarse inconscientemente para ese propósito.

El programa

Puesto que el departamento de Misiones o la comisión designada al efecto lo ha pensado y diagramado cuidadosamente, es justo que se tomen las medidas necesarias para que el programa se lleve a cabo con reverencia y seriedad. Comenzar y terminar las reuniones puntualmente, promueve en la mayoría de los casos la disposición de los asistentes a seguir concurriendo cada día sin faltar. Una buena reunión entre semana de una Conferencia Misionera Anual no debería durar más de noventa minutos, y comenzar y terminar a la hora indicada. Si se está de acuerdo con esa duración, es necesario que la mitad de ese tiempo se dedique a la presentación del mensaje de la Palabra de Dios. Si se hace una larga introducción de dos horas o más —como ha ocurrido en varios casos— finalmente se le ofrece el púlpito al orador cuando la mente de los oyentes está cansada, y cuando un porcentaje del público se está levantando de sus asientos para volver a sus hogares, porque al otro día debe ir temprano a trabajar.

Este proceder a veces conspira contra el dinamismo y éxito de la conferencia.

Algunos modelos de programa podrían ser los siguientes:

Alabanza.
Oración.
Desfile de banderas.
Alabanza.
Informe de África: 10 minutos.
Himno lema.
Sermón.
Himno.
Anuncios.
Bendición.

(Edison Queiroz)

Otro modelo:

Himno.
Oración.
Bloque musical: 10 minutos.
Testimonio de un misionero: 20 minutos.
Himno misionero.
Segundo bloque musical: 7 minutos.
Sermón.
Himno final.
Anuncios.

(Paul B. Smith)

Oración

«La oración eficaz del justo» que Santiago menciona en su epístola, es un arma poderosísima con la cual Dios ha dotado a su iglesia para la extensión de su reino. En cada reunión debería dedicarse un período de por lo menos quince minutos para que los asistentes, en pequeños grupos de dos o tres personas, eleven oración unida por asuntos puntuales que los que presiden harán conocer.

Un misionero señaló en una ocasión que en los seminarios se dan cursos para toda clase de actividades, pero no para la oración. Jesús enseñó a sus discípulos a orar, y en una conferencia de misiones, debemos compartir y practicar las enseñanzas que Él nos dejó: orar en

las reuniones y aprender cómo hacerlo durante el curso de la semana en los hogares.

A través de la oración se piden y reciben los obreros que se necesitan, se logra que se abran las puertas que están cerradas, se demandan y se reciben los recursos financieros que posibilitarán el envío de misioneros, se derriban las fortalezas satánicas que se oponen al reino de Dios, y muchas cosas más.

Llamado

No debe faltar en estas jornadas el vibrante sonido de la trompeta que convoca a la juventud a la batalla espiritual. El resultado será que centenares responderán y se ofrecerán al Señor para prepararse y a su debido tiempo saldrán como misioneros pioneros para cubrir los numerosos campos que claman como el varón macedonio. Es emocionante oír la estadística que afirma que hay actualmente en el mundo, entre la membresía de las iglesias evangélicas, cien millones de jóvenes creyentes, virtuales candidatos a ocupar puestos de avanzada en la extensión misionera. ¡Que ninguno que haya participado de una conferencia, algún día tenga que decir como los desocupados de la parábola de la viña: «Estamos aquí [sin hacer nada] porque nadie nos ha contratado» [llamado] (Mateo 20.6-7)!

Clímax y compromiso

Es lo normal, y casi siempre ocurre que el programa, a medida que avanza, va abriendo los ojos para concienciar las tremendas realidades de numerosos grupos de seres que naufragan sin esperanza en el inmenso mar de la humanidad, viviendo como esclavos del pecado y Satanás. Pero también se va creando, porque la predicación de la Palabra de Dios produce fe, una santa expectativa y un deseo de desarrollar en forma práctica la obediencia a toda la luz que se ha recibido.

Felizmente, hay muchas maneras de concretar este anhelo, pero la principal es una conciencia despierta en cuanto a nuestra responsabilidad con los perdidos que nos rodean en nuestro entorno familiar, en el barrio, en la oficina, en la escuela, en la fábrica, acompañada de la determinación de orar por ellos y comunicarles la verdad que salva y que nosotros conocemos. Finalmente, como fieles ma-

yordomos, descubrimos que debemos integrarnos a un plan sistemático de ofrendas abundantes que harán posible sostener de manera seria y digna a los hombres y mujeres que Dios ha llamado, preparado y designado para que nos representen, y realicen el trabajo evangelizador en los lejanos lugares, adonde nosotros jamás podremos llegar con nuestra presencia, testimonio y servicio.

La visión de las necesidades de los pueblos sin la salvación, la acción de renovar en nuestra mente y corazón las demandas de la Gran Comisión, el ver cómo los jóvenes responden al llamado divino y están dispuestos a ofrendar sus vidas para cumplir con la misión en otras regiones lejanas y peligrosas, van creando el ambiente propicio para que los creyentes despierten y se decidan a dedicar e invertir en la empresa mundial misionera los bienes y dineros que Dios les ha entregado y confiado como mayordomos, para promover sus intereses, evangelizar el mundo, y extender su Reino.

Una conferencia que no concluye con un claro y firme compromiso financiero, sería como lo que hicieron el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano: ir por el camino de la vida, ver miles de etnias heridas de muerte y pasar de largo mirando para otro lado. Sigamos el ejemplo del samaritano que se comprometió con su prójimo necesitado. En los próximos capítulos veremos cómo este compromiso vital está a nuestro alcance.

TORMENTA EN LA NOCHE

Tormenta en la noche, peligro en el mar;
Un alma se pierde que hay que salvar.
Las olas funestas de duda y dolor,
La arrastran y hunden, ¡corred por amor!

¡Un alma se pierde! ¡Corred por amor!
¡Salvad esa alma! ¡Corred por amor!

De Dios la Palabra es faro sin par,
Que alumbra al alma que va a zozobrar.
Turbada de angustia ya pierde el vigor,
Las olas la abaten, corred sin temor.

¡Un alma se pierde! ¡Corred sin temor!
¡Salvad esa alma! ¡Corred sin temor!

Salvado tú fuiste de cruel tempestad,
no temas tu vida exponer con bondad.
La fuerza el Vigía te habrá de brindar,
un alma perece, ¡corred sin tardar!

¡Un alma se pierde! ¡Corred sin tardar!
¡Salvad esa alma! ¡Corred sin tardar!

LETRA: Santiago Canclini

MÚSICA: Himnos Selectos Evangélicos, N° 75

Parte IV
EL PLAN
DE LA PROMESA DE FE

Introducción

Dice Norman Lewis:

Sin discusión alguna, el plan de la Promesa de Fe, está a la cabeza y por encima de otros métodos que se utilizan para financiar el avance del Reino de Dios, más allá de las fronteras de nuestro país. ¿Por qué? Sobre todo porque ofrece al pastor un medio efectivo para motivar a cada persona de su congregación a considerar en oración cuál será su participación en esta tarea.

El plan es una herramienta que ayuda a la iglesia a alcanzar lo que es su prioridad principal. Los dadores de la Promesa de Fe aportan los fondos para sostener a los misioneros que están plantando iglesias en etnias que han sido descuidadas por mucho tiempo.

Dios ha ordenado a los cristianos que presenten el evangelio de su Hijo a cada ser humano en todas partes del mundo. Él ha puesto esa tarea en primer lugar. Obedecer a Dios significa concentrarse en ese objetivo. Nuestra vida es una mayordomía y nosotros cosecharemos lo que sembramos. El plan Promesa de Fe es una herramienta que capacita al creyente a dar más para sembrar la buena semilla del evangelio.

Debemos edificar sobre Jesucristo, el único fundamento, obras que resistirán y estarán firmes cuando Dios las pruebe. Su orden es: «Id y haced discípulos a todas las naciones» (Mateo 28.20). Muchas buenas obras son menos importantes que ésta. Lo bueno puede llegar a ser enemigo de lo mejor. Obras defectuosas no resistirán cuando sean probadas por fuego (1 Corintios 3.9 15).

Aquellos que obedezcan escucharán a Dios decir: «Bien hecho» y recibirán recompensa. El plan está ayudando a incontables cristianos que tienen hambre de agradar a Dios.⁴⁴

⁴⁴ Norman Lewis: *Faith Promise*, OMLit., 1992, pág. 8.

C A P Í T U L O 15

Antecedentes bíblico-históricos de la Promesa de Fe

La cuestión del dinero es hoy un factor decisivo para todo progreso importante que se pueda hacer en el campo misionero. Podemos ser en nuestro país misioneros tan fieles como lo son nuestros hermanos en el campo extranjero, y Dios considerará nuestra obra como colaboración con Él, y compartiremos juntos el botín y la recompensa cuando recojamos la gran cosecha. (*A. B. Simpson*)

Si cada cristiano en el mundo orara: «Señor, muéstrame tu voluntad en este asunto de mayordomía», el problema de financiar emprendimientos cristianos terminaría inmediatamente. (*Stanley Tam*)

SIEMPRE es bueno saber cómo se originó un plan o costumbre. De éste se puede decir que ha sido usado durante más de ochenta años por iglesias de distintas denominaciones: bautistas, presbiterianos, independientes, Alianza Cristiana y Misionera, menonitas, pentecostales, y otras, para apoyar el empuje misionero hasta lo último de la tierra. Cuando se le preguntó al doctor A. W. Tozer sobre el origen del plan, él dijo que fue el doctor A. B. Simpson (fundador de la Alianza Cristiana y Misionera) quien lo usó por primera vez en conferencias misioneras. Pero añadió: «Simpson pensaba que había aprendido este procedimiento del apóstol Pablo y tenía razón en afirmarlo así, porque en 2 Corintios 8 y 9 se encuentra abundante evidencia de una ofrenda prometida por fe con anterioridad de un año, que logró el propósito para el cual había sido destinada».

Consideremos los siguientes datos que se desprenden de estos capítulos:

1. Esta ofrenda no era parte del diezmo. Era una ofrenda diferente para ayudar a los cristianos de la Palestina, que estaban pasando por una gran crisis.

2. Estaba destinada a cubrir una necesidad que se conocía con anticipación, es decir antes que llegara a ser un problema apremiante (2 Corintios 8.6, 10; 9.2).

3. Ellos prometieron, con un año de anticipación, dar una cantidad lo suficientemente específica, como para que fuera completada totalmente y mencionada por Pablo como un modelo para otros (8.6, 11; 9.2).

4. La promesa fue hecha gozosamente y sin apremios (8.2; 9.7).

5. Confiando en la capacidad que Dios les proveería, los creyentes macedonios fueron elogiados porque dieron por fe «conforme a sus fuerzas, y mas allá de sus fuerzas» (8.3).

6. Más allá de la habilidad o posibilidad de cada uno, Dios era la fuente infalible que supliría los recursos.

7. Se les pidió que cada semana pusieran dinero aparte para este propósito (1 Corintios 16.2).

8. Los macedonios se dieron primeramente al Señor (2 Corintios 8.5) y luego a servir al equipo misionero de Pablo.

Es muy probable que los cristianos de Corinto, desafiados por la manera de ofrendar de los macedonios, hayan sido los primeros en hacer una promesa de fe. Aunque, si colocamos un lente de aumento a nuestra mirada, tal vez descubriremos que la viuda de Sarepta, al dar lo poco que tenía, para sostener a un misionero por muchos días, y el muchacho que dio los cinco panes y dos peces, con los cuales una multitud fue alimentada, ellos también estaban jugándose en una aventura, por fe, y sabemos que no fueron defraudados.

¿Hicieron Carey y sus compañeros algo parecido a una Promesa de Fe?

No tenemos constancia de que hayan usado las mismas palabras para denominarla, ni de que se hayan inspirado en los capítulos ocho y nueve de 2 Corintios, pero el cuadro de circunstancias, la decisión y los resultados de la primera ofrenda recogida por Guillermo Carey y sus amigos, se parece mucho a una Promesa de Fe. De la biografía de este notable misionero tomamos los siguientes datos que nos mues-

tran la manera como el llamado «padre de las misiones modernas» manejó los acontecimientos.⁴⁵

- Desafió a los pastores de su denominación (como Pablo hizo con los corintios, usando el ejemplo de los macedonios) diciéndoles:

¡Miren ustedes, lo que está haciendo la osadía de los moravos... tienen en la lista ciento treinta y cinco misioneros! ¡Y algunos de ellos son británicos como nosotros, y muchos son sólo artesanos y pobres! ¿No podemos nosotros, los bautistas, al menos procurar hacer algo como expresión de lealtad al mismo Señor?

Constreñidos por este reto y sus palabras alentadoras al fin aquietaron sus temores y consintieron; temblaron, pero se aventuraron. Su fe era sólo como un grano de mostaza; con sólo una chispa de luz siguieron avanzando en las tinieblas.

- Les guió a tomar decisiones concretas:

La fe de los cinco Carey, Fuller, Pearce, Ryland y Sutcliff al tomar el riesgo de formar una sociedad misionera, respaldados en forma tan débil y humilde, era una cosa nueva en la historia británica. ¡Eran tímidos pastores de congregaciones pequeñas en villas oscuras!

Pero resolvieron:

Deseando humildemente hacer un esfuerzo para la propagación del evangelio entre los paganos, conforme a las recomendaciones de la *Investigación* de Carey, resolvimos unánimemente formar una sociedad para este propósito... así quedó constituida la Sociedad de Bautistas Particulares para la Propagación del Evangelio entre los Paganos.

- Las contribuciones que decidieron, ¿no se asemejan a una Promesa de Fe?

Se acordó que la mitad de una guinea fuese la suscripción mínima que podía hacer un miembro, y se suplicó que cada uno escribiera en papel lo que podía y quería dar. Las dádivas debían ser no donativos,

⁴⁵ Op. cit., págs. 99, 100 103.

sino suscripciones prometidas para el futuro. Los papeles fueron colectados en una caja.

Las promesas eran como sigue:

	LIBRAS	CHELINES	PENIQUES
Juan Ryland	2	2	0
Reynaldo Hogg	2	2	0
Juan Sutcliff	1	1	0
Andrés Fuller	1	1	0
Abraham Greenwood	1	1	0
Eduardo Sharman	1	1	0
Samuel Pearce	1	1	0
José Timms	1	1	0
Josué Burton	0	10	6
Tomás Blundel	0	10	6
Guillermo Heighton	0	10	6
Juan Ayres	0	10	6
Anónimo	0	10	6

Totalizaban 13 libras, 2 chelines y 6 peniques.

Este dinero no fue entregado en efectivo esa noche. Pastores tan pobres no podrían haber contribuido repentinamente con semejante suma. Las suscripciones eran promesas, la mayor parte de las cuales fueron pagadas al fin del mes en las próximas reuniones de la Sociedad. Tres de los más pobres, necesitaban unos cuantos meses de plazo, y uno todo el año.

- Un pequeño comienzo que evolucionó enviando a Carey a la India.

La suma era pequeña, pero de mucho significado, como el pan de cebada en el sueño de Gedeón. Otro la llamó «ofrenda mecida», anticipo de los millones que en el futuro serán colocados sobre el altar de la causa sagrada. Un estudiante que por estar de visita en la reunión no puso su nombre y que tuvo que pedir prestado para dar su media guinea, en años posteriores solía decir: «Me regocijo más por haber dado aquella media guinea, que por todo lo demás que he dado en mi vida».

¿Qué pasó después? Fuller lo imaginó así:

Nuestra empresa en la India realmente me parecía en su principio, algo similar a lo que una vez pensábamos unos cuantos hombres sobre la importancia de penetrar en una mina profunda que nunca había sido explorada. No teníamos quién nos guiara, y mientras deliberábamos así, alguien dijo: «Bueno, yo descenderé, si vosotros tenéis la cuerda». Pero antes de bajar, nos hizo jurar a cada uno de nosotros en la boca del pozo, haciéndonos prometer que mientras viviéramos nunca soltaríamos la cuerda.

Esta imaginación de Fuller hizo que Carey adoptara la comparación y usara normalmente la expresión: «Yo desciendo al pozo, pero vosotros debéis sostener la cuerda». Y la sostuvieron con entera fidelidad, cada uno de ellos hasta la muerte. ¡Algunos por más de treinta años!

¿Valió o no valió la pena aquella promesa?

C A P Í T U L O 16

Cuando Dios me enseñó a dar

Una predicación a través de un ejemplo, vale por cien explicaciones.
(Robert Coleman)⁴⁶

Las ofrendas a través de la Promesa de Fe, están honrando a Dios en innumerables iglesias por su motivo, método y resultados. La Promesa de Fe, es una forma de crecer en la fe, y en el compromiso financiero con las misiones. La mayoría del dinero que damos para las misiones surge de esta fuente. (Juan Masalyka)⁴⁷

PRESENTAMOS el testimonio que muestra cómo el Dr. Osvald J. Smith⁴⁸ aprendió lo que significa dar a través de una Promesa de Fe:

Nunca olvidaré la forma como Dios me enseñó a dar. Había sido pastor de una gran iglesia en la ciudad de Toronto, pero renuncié a ella, y el primer domingo de enero llegué a ser pastor de una iglesia que sabía cómo dar en una forma que yo nunca había conocido. Comencé este pastorado cuando la iglesia estaba celebrando su Conferencia Misionera Anual.

No sabía nada sobre una conferencia misionera. No había visto una en toda mi vida. Mientras estaba sentado en la plataforma esperando el momento de predicar, vi que los ujieres iban de un lado a otro en el auditorio repartiendo unos sobres. Uno de ellos tuvo la audacia de subir a la plataforma y entregarme uno a mí, ¡al pastor! Miré el sobre y leí en él: «Confíando en Dios, me esforzaré por dar para la obra misionera de mi iglesia la suma de \$...

⁴⁶ Robert Coleman: *El plan supremo de evangelización*, CBP, El Paso, pág. 41.

⁴⁷ Juan Masalyka, IV Congreso Nacional Misionero, seminario N° 9. pág. 39.

⁴⁸ Moody Monthly; enero de 1956.

durante el corriente año». Nunca había leído una declaración como esta. No me daba cuenta de que Dios iba a tratar conmigo esa mañana y me iba a enseñar una lección que nunca olvidaría, una lección que iba a compartir con centenares de pastores e iglesias por todo el país en los años venideros.

Comencé a orar diciendo:

Señor, yo no puedo dar nada. Tú sabes que no tengo nada. No tengo ni un dólar en el banco, no tengo ni un centavo en mi bolsillo. Esta iglesia me paga sólo veinticinco dólares por semana, y tengo que mantener a mi esposa y a mi hijo. Estamos tratando de comprar una casa. El precio de todo está por las nubes.

Todo esto era verdad. Estábamos viviendo en el tiempo de la Primera Guerra Mundial.

Yo lo sé el Señor parecía decirme . Sé que sólo ganas veinticinco dólares por semana, sé que no tienes nada en tu bolsillo, y que no tienes nada en el banco.

Bueno pensé un poco aliviado esto da por terminado el asunto. No tengo nada, por lo tanto no puedo dar nada.

Fue en ese momento que el Señor habló a mi corazón, y nunca lo olvidaré.

Yo no te estoy pidiendo lo que tienes ahora me dijo.

¿No me estás pidiendo lo que tengo ahora? Entonces ¿qué es lo que me estás pidiendo? repliqué.

Yo te estoy pidiendo una promesa de fe. En otras palabras: Hasta qué cantidad puedes confiar en mí, para que yo te dé para ofrendar para la obra misionera.

¡Oh Señor exclamé eso es diferente! ¿Hasta cuántos dólares puedo confiar en ti, que tú me darás si yo prometo ofrendarlo?

Claro, yo no sabía nada de lo que significaba hacer una promesa de fe, nunca había dado esta clase de ofrenda, pero sabía que el Señor me estaba hablando.

Pensaba que podría prometer cinco dólares por año, o tal vez diez. Una vez, como pastor de otra iglesia había dado cinco dólares para misiones. En otra ocasión había dado tres. Otra vez había dado dos. Pero nunca, en ninguna ocasión había dado más que cinco. Casi temblaba cuando esperaba la respuesta.

De repente la respuesta vino. No les voy a pedir que crean que Dios me habló con una voz audible, pero bien podría haberlo hecho. Casi no estaba consciente de que me encontraba frente a la congregación, cuando sentado y con los ojos cerrados escuchaba la voz de Dios.

¿Cuánto puedo dar? pregunté.

Cincuenta dólares.

¿Cincuenta dólares? exclamé . ¿Por qué, Señor? ¡Eso es lo que gano en dos semanas! ¿Cómo podré yo jamás juntar cincuenta dólares?

Pero una y otra vez el Señor me habló y siguió insistiendo con la misma cantidad, y como ya dije, esto para mí era tan claro como si me lo hubiese dicho al oído. Mi mano temblaba cuando firmaba la tarjeta, escribía mi nombre y dirección y la cantidad: ¡cincuenta dólares!

Cómo hice para ofrendar esa suma, hasta el día de hoy no lo sé. Lo que sí sé es que cada mes oraba por aquellos cuatro dólares y monedas, y cada mes de una u otra forma el Señor me los envió, y que al fin del año, había dado los cincuenta dólares prometidos.

Pero esto es lo que deseo dejar en claro. ¡Cuando terminé de pagar la cantidad prometida, experimenté tal plenitud del Espíritu, que me di cuenta de que había recibido la bendición más grande de mi vida!

Había confiado en Dios por cierta cantidad de dinero, y Él me la había suplido. Tan grande fue la bendición recibida, que al año siguiente en la Conferencia Misionera dupliqué la cantidad y prometí dar cien dólares. Al otro año, dupliqué otra vez la cantidad y di doscientos. En otra conferencia, otra vez prometí el doble y di cuatrocientos. Al otro año ochocientos, y así por más de treinta años he enviado miles de dólares al banco del cielo.

Si yo hubiera esperado hasta tener el dinero, tal vez nunca habría dado, porque nunca lo habría recibido. Pero prometí dar cuando no tenía. Hice una Promesa de Fe. Creí que Dios quería que diera cincuenta dólares a través de un año, y prometí darlos. Dios honró la promesa, y me dio lo necesario para cumplirla.

Esta fue la primera vez, yo diría, que di lo que llamo una ofrenda escritural, o una ofrenda paulina. Ustedes recordarán que Pablo a menudo tomó ofrendas basadas en promesas de fe. Él lograba que una iglesia prometiera una cierta cantidad, y luego les daba un año para pagarla. Cuando se acercaba el final del año, enviaba a algunos de sus colaboradores a recordarle a la iglesia la promesa que habían hecho, de esta manera no pasaría vergüenza si él llegaba y la ofrenda no había sido completada (2 Corintios 9). Quería estar seguro de que la misma sería entregada. Una ofrenda a través de una Promesa de Fe, es una ofrenda escritural, es una ofrenda paulina, y Dios la bendice.

¿Usted sólo ha dado ofrendas en efectivo? Hace muy bien, pero poner en la ofrenda lo que usted tiene, no requiere ninguna fe. Si tiene diez pesos en el bolsillo, todo lo que tiene que hacer es ordenarle a la

mano que vaya al bolsillo, que tome los diez pesos y los ponga en la ofrenda. Para hacer esto no necesita orar, ni necesita pedirle nada a Dios. No tiene que confiar en Él por ninguna suma. Solamente tiene que tomar esa cantidad y darla.

Pero con una Promesa de Fe el proceder es diferente. Es necesario pedirle a Dios que nos muestre lo que quisiera que demos, y luego prometer esa suma por fe, y confiar en Él para que la provea. No hay aventura más emocionante ni maravillosa que esta. Hágalo usted y lo comprobará. ¡Hágalo hoy mismo!

Este relato ilustra muy bien lo que significa hacer una Promesa de Fe, y cuáles son los positivos resultados que puede producir. Por muchos años en las varias congregaciones en las cuales hemos servido, hemos recomendado y usado este método, y hemos comprobado su eficacia. Tenemos en nuestro poder testimonios de iglesias de varias denominaciones, que no sólo han sido bendecidas y enriquecidas por esta práctica: muchas han visto su visión, avance y proyección misionera totalmente revolucionadas por el uso de este sistema de ofrendas. En los próximos capítulos nos proponemos explicar en qué consiste el plan.

C A P Í T U L O 17

Cómo hacer una Promesa de Fe

La ofrenda Promesa de Fe es un acuerdo que el creyente hace con Dios a fin de contribuir mensualmente para el proyecto de la iglesia de evangelizar el mundo. (*Edison Queiroz*)⁴⁹

Mi experiencia durante cincuenta años usando el plan de la Promesa de Fe para las misiones ha sido que, cuando el fondo de misiones crece, también aumentan las ofrendas para las necesidades locales. (*Pablo B. Smith*)

ES UN HECHO comprobado por muchas iglesias que Dios se ha dignado utilizar y bendecir grandemente este plan, probablemente porque combina varios principios bíblicos referentes a las ofrendas y porque coloca a la obra misionera en primer lugar. ¿Qué es una Promesa de Fe? Norman Lewis nos da esta definición:

La Promesa de Fe es un compromiso voluntario que una persona hace de dar regularmente una cantidad de dinero determinada para un fondo misionero, durante un año. El dador es exhortado a orar a fin de determinar la suma que va a prometer. La responsabilidad de la promesa es solemne porque se hace directamente a Dios. Por lo tanto, a ninguna persona le será reclamado su cumplimiento. Se trata de un compromiso entre el dador y Dios.

Prometer a Dios algo que es claramente su voluntad, y confiar en Él para cumplirlo, ¿suena extraño para un creyente? ¿No debería ser normal? ¿Acaso no prometemos cada día en oración obedecerle, amarle, servirle, leer su Palabra, orar, testificar? Dar de todo lo que

⁴⁹ Edison Queiroz: *Movilización misionera de la iglesia local*, Misiones Mundiales, Santa Fe, Argentina, pág. 39.

MI PROMESA DE FE	Pesos
Confiando en Dios, me esforzaré en dar mensualmente para el programa misionero de mi iglesia, la suma de: \$ que he señalado de la columna de la derecha. Entiendo que no se me reclamará por su cumplimiento. 300 200 150 100 70
Nombre y apellido:	50 30 20
Domicilio:	10 5
<i>Podemos dar sin amar, pero no podemos amar sin dar.</i>

Modelo de tarjeta de Promesa de Fe

recibimos —como mayordomos fieles— a través de una Promesa de Fe, está dentro de ese marco de respuesta voluntaria, que no tiene nada de difícil, ni incomprensible, ni fuera de razón.

Básicamente, consiste en llenar una tarjeta de cartulina semejante a la que se muestra más arriba, y que generalmente lleva este texto:

Confiando en Dios, me esforzaré por dar mensualmente para el programa misionero de mi iglesia, la suma de \$.... por el término de un año.

¿Quién no ha firmado alguna vez un documento muy parecido a una Promesa de Fe, cuando nos hemos comprometido con un comerciante a abonar mensualmente una cantidad de dinero para comprar a crédito un artefacto, algún mueble, un instrumento, una motocicleta, un automóvil o un departamento? Seguramente lo hemos hecho así, por no disponer de suficiente dinero para comprarlo al contado. Pero hemos confiado en que, Dios mediante, mensualmente tendríamos la cantidad prometida, y aparte de orar, nos hemos esforzado y hasta sacrificado para cumplir con el compromiso.

Si echamos mano a este procedimiento para conseguir cosas que necesitamos, pero que son materiales y pasajeras ¿por qué no hace-

mos lo mismo para reunir el dinero para enviar y sostener misioneros y terminar la evangelización del mundo, lo cual debería ser la meta suprema de todo cristiano?

Algunas características

No todos los modelos de tarjetas son iguales, pero el propuesto en este libro permite hacer notar los siguientes detalles. La promesa, y el compromiso que con ella se asume:

- *Es personal.* El texto dice: «Mi promesa». ¿Hemos notado que todo en la vida cristiana es personal? La conversión, la fe, el bautismo, el testimonio, la oración... Ningún familiar o amigo puede hacer ninguna de estas cosas por nosotros. Lo mismo debe ocurrir con la participación personal en la evangelización mundial. Los padres, el esposo, la esposa, los hijos, cada uno debe decidir e involucrarse individualmente.
- *Es una promesa.* No es un contrato legal ni un pagaré. Los israelitas acostumbraban a hacer votos y promesas al Señor (Deuteronomio 12.6; Salmos 50.14; 76.11) como expresión de gratitud por favores especiales recibidos. La versión Versión Popular traduce «promesas» donde la anterior decía «votos». Debemos cuidar que nuestra promesa no tenga una motivación carnal, o basada en nuestras fuerzas, como la que hizo Pedro (Mateo 26.33). Prometer hacer lo que Dios quiere que hagamos, confiando en Él, sin duda será un proceder que le agradará y recibirá su bendición.
- *Es una promesa de fe.* «Tened fe en Dios», dijo Jesús. Debo pensar no sólo en cuánto daré de lo que tengo; también hasta cuánto me atrevo a creer que Dios puede darme para este sagrado propósito. Cuando estamos dependiendo de Dios, y Él inspira por medio de su Palabra, por alguna promesa, o por alguna circunstancia, nadie puede anticipar cuál es el límite o el horizonte de la fe. Ella ve más allá de los cálculos, de las posibilidades y de las circunstancias.
- *Tiene un objetivo definido.* Moisés pidió ofrendas para construir el tabernáculo. David las dio y las pidió al pueblo

para construir el templo. Pablo las solicitó para socorrer a los santos necesitados de Jerusalén. El tesorero o el pastor exhortan a dar para cubrir el presupuesto de la iglesia. Esta ofrenda es específicamente para sostener misioneros y terminar la evangelización del mundo.

- *Es para el Señor.* Él es el Señor de la mies. Tomó los cinco panes y dos peces y los bendijo, multiplicó y repartió. Elogió las dos blancas que dio la viuda pobre en el templo. También tomará y bendecirá lo que decidamos dar —poco o mucho— por amor y obediencia a su voluntad.
- *Es inteligente y resultado de una decisión.* En 2 Corintios 9 hay evidencias de que los corintios «habían prometido» dar. Pablo les exhorta a dar conforme a lo que se habían propuesto.
- *Es voluntaria.* Cada uno delante de Dios en oración, «conforme a su fe», decide la cantidad que cree que puede prometer, según Él le guía. El Espíritu Santo nos ha sido dado para guiarnos en todas las cosas, y en esto también desea hacerlo, incluso está escrito que: «Ayuda nuestra flaqueza».
- *Es sistemática.* La Biblia enseña a dar regularmente (1 Corintios 16.1), no de vez en cuando. Esta ofrenda tiene una periodicidad mensual. En algunos países y culturas se da semanalmente.
- *Es para todos sin excepción.* El comerciante o el profesional pueden dar mil o cinco mil pesos. El empleado cincuenta, cien o doscientos. Los jubilados tal vez diez o veinticinco. Los niños uno, dos o cinco. Todas las ofrendas son necesarias y ayudan a formar un gran total.
- *Es un desafío a la abnegación.* Esto significa rescatar los muchos pesos que a veces gastamos en cosas superfluas, innecesarias y hasta perjudiciales, para invertirlos en la empresa más importante de la tierra. ¿Cuánto dinero se nos escurre cada mes en dulces, helados, revistas, lujos, comodidades, hobbies, diversiones?

Cómo se introduce en el programa

El plan de la Promesa de Fe se explica al público durante la conferencia. Para muchos miembros de nuestras iglesias este método es una novedad, por eso es importante que entiendan las bases bíblicas y también su funcionamiento. Se debe aclarar que en el transcurso de la conferencia no se pide una ofrenda en efectivo, solamente la promesa: el dinero prometido se recogerá el mes siguiente.

Se exhorta a confiar en Dios haciendo un desafío a la fe de cada uno. La participación es totalmente voluntaria, y si por algún motivo una persona no puede cumplir con su promesa de fe, nadie le pedirá explicaciones ni le reclamará su pago. Se enfatiza que no se trata de un pagaré cuyo monto pueda ser reclamado, sino que es más bien una relación vertical y personal entre Dios y el dador.

Cada uno, según su comprensión y fe, determina la suma mensual, con la cual siente que puede contribuir. Frecuentemente se exhorta a dar un diezmo generoso para el presupuesto de la iglesia local, pues sin una iglesia local fuerte no se puede hacer obra misionera. Además, se anima a ofrendar una cantidad adicional para las misiones, practicando la abnegación y ejerciendo sabiamente la función de mayordomos sobre todo lo que poseemos.

Las tarjetas se pueden ir repartiendo durante el transcurso de la conferencia para que los hermanos puedan familiarizarse con ellas y orar sobre el significado de ese compromiso, pero se reserva el acto de llenarlas para el último día de la serie, cuando —en un momento solemne— se las completa y recoge.

Al llegar la conferencia a su clímax, la congregación ha ensanchado su visión, ha oído de miles de pueblos, tribus y grupos culturales no alcanzados, ha meditado en las órdenes de Cristo, ha escuchado mensajes sobre cómo ofrendar para sostener misioneros, ha visto a jóvenes responder al llamado de Cristo al ministerio. Entonces (y no antes), dentro de ese clima creado por la predicación de la Palabra de Dios, la visión de las necesidades, y la guía del Espíritu Santo se invita a la congregación a orar, a decidir, y a llenar las Promesas de Fe.

Al finalizar la Conferencia

Seguidamente las promesas son recogidas, sus cifras sumadas (sin mención de los nombres de los dadores), y el total alcanzado es

anunciado en público. Habitualmente sobrepasa la meta fijada y proporciona un nuevo motivo de alabanza y gratitud a Dios por su provisión, y por el privilegio que le da a su pueblo de participar en una empresa tan importante y gloriosa.

Es muy difícil explicar con palabras lo que está involucrado en esa decisión cuando se la hace en el contexto y el final de una Conferencia Misionera Anual que ha impactado en el pueblo de Dios. La respuesta que se da llenando esta tarjeta, generalmente cristaliza el compromiso que cada creyente asume ante Dios de orar y ofrendar sistemáticamente para el plan misionero de la iglesia.

Muchas congregaciones están comprobando que pueden dar mensualmente sumas abundantes y significativas para sostener misioneros. No sólo sin menoscabo de las ofrendas para la obra local, sino por el contrario, viendo como éstas se acrecientan, pues el principio y la promesa: «dad y se os dará» sigue vigente, y Dios es fiel.

Si las iglesias de nuestro tiempo van a cumplir con su vocación misionera es imperioso que dediquen tiempo y esfuerzo para considerar los varios aspectos que abarca esta importante misión. Las iglesias que practican la Conferencia Misionera Anual, confirman que es el método idóneo para lograr ese fin.

El pastor Pablo B. Smith, líder de la avanzada misionera mundial, ha dicho con gran visión y agudeza espiritual: «La única manera de reunir suficiente dinero para financiar la más grande de todas las empresas (la obra misionera mundial) es integrar y comprometer a millones de cristianos por medio de Conferencias Misioneras Anuales».

C A P Í T U L O 18

Después de la Conferencia y la Promesa de Fe

¿Qué es lo que hace que funcione la Promesa de Fe? Para decirlo simplemente, eso sucede porque seguimos el modelo de las iglesias del Nuevo Testamento, las cuales confiaron en Dios para que les proveyera fondos adicionales (aparte de lo que necesitaban para sus gastos locales), a fin de suplir las necesidades de otras personas en otras partes del mundo. (*Donaldo A. Jensen*)

Que los ricos contribuyan con una porción generosa de las riquezas que Dios les ha confiado... que se dé a la proclamación del evangelio una parte (o aún todo) de lo que gastamos en lujos, y aún en cosas necesarias. (*Guillermo Carey*)

CASI SIN EXCEPCIÓN, las Conferencias Misioneras Anuales culminan con un clímax triunfante, gozoso, feliz. ¡Y no es para menos! La iglesia ha recibido una visión más amplia, varios jóvenes y señoritas han respondido al llamado de Dios, dedicando sus vidas para la obra del Señor, la meta propuesta para una ofrenda mensual se logró o se sobrepasó. Todo el mundo está contento y mira hacia el futuro con genuina expectativa ante la posibilidad de enviar misioneros a los campos blancos.

Pero lo que ha sucedido, por más exitoso y bendecido que haya sido, es sólo el comienzo de un proceso que debe continuar. Se lo podría comparar al nacimiento de una criatura. Es un acontecimiento maravilloso, nos llena de alegría, ha comenzado una nueva vida. Pero de allí en adelante hay que cuidarla, alimentarla y sustentarla para que crezca, se desarrolle y llegue a cumplir su misión. Lo mis-

mo sucede con una Conferencia Misionera Anual. Después de concluida se deben tomar algunos pasos sencillos —pero importantes— para que el plan que se ha comenzado muy bien no se malogre sino por el contrario, se afirme y continúe cada día mejor.

Como ya se ha mostrado en el capítulo 16, tal proceder tiene un respaldo bíblico. Si se lee y estudia con atención 2 Corintios 8 y 9 se verá que Pablo no sólo desafió y exhortó a los hermanos de Corinto a dar una ofrenda abundante (8.20), sino que también habló de administrarla correctamente (8.20-21). Además, envió a tres colaboradores suyos que eran expertos en este ministerio para ayudar a la iglesia (8.6, 16, 18, 23-24). Dio instrucciones específicas sobre cómo proceder (9.3-7). Planeó cuidadosamente todo el proceso de esa ofrenda especial, antes, durante y después. Evidentemente, Pablo creía que una ofrenda era algo serio y muy importante. Nosotros también haremos bien en creer lo mismo y seguir su ejemplo.

Personal elegido para continuar el programa

Para las iglesias que ya tienen un departamento de Misiones funcionando, tal vez las sugerencias que siguen estarán de más, porque ya poseen experiencia y su modo de proceder elaborado. Pero para las que han celebrado la Conferencia Misionera Anual por primera o segunda vez seguramente les serán útiles.

Comencemos por señalar que el plan de la Promesa de Fe requiere la realización de algunas tareas, y alguien tendrá que ocuparse de ellas. Por esa razón la iglesia debe elegir un grupo de personas confiables, que hayan demostrado interés por la obra misionera, y constituir con ellas una comisión, departamento o equipo que se ocupe de este trabajo.

En ese departamento, que podría estar formado por cuatro, seis u ocho personas, lo ideal sería que estén representados todos los sectores de la iglesia: los ancianos o líderes, diáconos, la escuela dominical, los grupos de jóvenes, mujeres, hombres, y otros. El pastor les orienta y enseña y ellos ejecutan el trabajo.

Entre estas personas, según sus dones y habilidades, se pueden distribuir tareas diferentes, tales como: tesoreros, recaudadores, promotores, los que preparan y entregan los sobres, los que dan los informes, quienes coordinan el programa para una posible reunión

mensual, y seguramente todos se ocuparán a su tiempo de planear y organizar la próxima Conferencia Misionera Anual.

Procedimiento sugerido

Las tarjetas con las Promesas de Fe, recibidas durante la conferencia, deben ser registradas en una planilla (privada) colocándoles un número de orden y consignando el nombre y apellido del dador y la cantidad prometida. Se debe asignar a cada donante un número identificatorio para su sobre de ofrenda misionera. Este número representará a la persona en los informes y planillas de recaudación, y estará impreso en los sobres que se entreguen para ofrendar. Si la persona ya tiene un número asignado para sus diezmos y ofrendas, conviene mantener el mismo, para evitar confusiones.

Después de la conferencia es recomendable que la comisión envíe una carta de agradecimiento a cada persona que haya hecho una Promesa de Fe. Tal proceder indica la apreciación de la iglesia por la decisión del dador. Conviene devolver en esa carta la Promesa de Fe que la persona entregó en la conferencia, sugiriéndole que la coloque en una contratapa de su Biblia, para recordarle orar por la obra misionera de la iglesia y también para pedirle a Dios la cantidad que prometió por fe. Junto a esa carta deben acompañarse una cantidad de sobres especiales (para los próximos cuatro o seis meses) que por su color y leyenda se identifiquen rápidamente como destinados al fondo misionero.

Es necesario contar con un cuaderno en que se puedan hacer planillas por triplicado, en las cuales se registren las recaudaciones. El día que se reciben las ofrendas, el tesorero acompañado por dos personas (pro tesoreros o recaudadores) abren los sobres, anotan en cada uno la suma que contenían, y llenan la planilla consignando la fecha, y por orden el número de cada sobre y lo que cada uno ha ofrendado. Las tres personas que han efectuado la recaudación firman la planilla y dejan la primera hoja fija en el cuaderno, la segunda la colocan en el tablero de informes y la tercera se archiva junto con el comprobante que da el banco al ser depositado el importe.

Designar por lo menos un domingo por mes como el domingo misionero, en el cual, ya sea usando toda la reunión o una parte de ella, se leen cartas de misioneros, se dan informes, se mencionan te-

mas de oración, se presenta un mensaje alusivo y se recibe la ofrenda comprometida en las Promesas de Fe. Muchas iglesias han designado el segundo domingo del mes como domingo misionero, pues se supone que en el primero, los que han cobrado sus sueldos entregarán sus diezmos, y dejar para el tercer o cuarto domingo la entrega para misiones, podría ser desacertado.

Tener un fondo aparte para las misiones y un tesorero o comisión que se ocupe de la recaudación ha demostrado ser en la práctica una medida muy sabia, que ayuda a no ceder a la tentación muy común: la de usar fondos destinados a las misiones para cubrir necesidades de la obra local.

Periódicamente se deben dar informes escritos que incluyan la cifra que se recaudó mensualmente, la suma que se recibió de cada dador, la cantidad que se envió a la agencia o al misionero y lo que queda en caja. Las cuentas claras conservan la amistad y también la confianza de la membresía en la seriedad del plan misionero y de las personas que lo llevan a cabo.

Si los miembros de la comisión o departamento de Misiones se reúnen por lo menos una o dos veces por mes para orar por su trabajo, realizar sus tareas y planear las actividades, inclusive la próxima conferencia, en alguna medida estarán obedeciendo el mandato y recomendación de Cristo de poner en primer lugar el Reino de Dios y su justicia, y la bendición divina estará seguramente acompañándoles.

C A P Í T U L O 19

Los quince errores más frecuentes

EL AUTOR de este capítulo, Federico A. Bertuzzi, es una de las personas que más Conferencias Misioneras Anuales ha celebrado en la Argentina y más se ha esforzado para promover las misiones mundiales. Él, generosamente, ha accedido a que se incluyan en este libro algunas observaciones que su ojo clínico ha detectado en su largo caminar por las iglesias, ¡disfrútelas!

Sobre su organización y realización

1. *Improvisación.* Deje su organización hasta último momento y no se le ocurra agendarla con meses de anticipación en el calendario anual de la iglesia.

2. *Pobreza bíblica.* Despreocúpese de que el programa tenga un sólido contenido bíblico, pero eso sí, vele para que sea ameno y entretenido con videos, dramatizaciones, testimonios, etcétera.

3. *Desparramada.* En vez de hacerla como una seguidilla de reuniones de fin de semana (o toda una semana) descomprímala a lo largo del mes de las Misiones, perdiendo así el efecto por carga acumulativa.

4. *Pastor ausente.* Permita que otros hermanos, y no el pastor, sean los que estén al frente de su organización y realización, de ma-

nera que todos entiendan que las misiones son cosa de los jóvenes, las damas, etcétera.

5. *Evangelice*. Use la reunión final del domingo por la noche para predicar a los inconversos y desaproveche el clímax misionero creado durante los días precedentes (olvídense que Dios salva también cuando se predica a los creyentes).

6. *Una vez basta*. Dé por sentado que con una conferencia es suficiente para que la congregación mantenga viva la llama misionera durante todo el año, y no prevea refuerzos mensuales en cultos ordinarios.

7. *Novedoso*. Para evitar la rutina introduzca cambios que hagan que la congregación pierda con el tiempo el rumbo emprendido y la perseverancia.

8. *Desfile de caras*. Invite a tantos predicadores y misioneros como pueda para ganar en variedad, total no es de gran importancia que se mantenga la unidad y el desarrollo temático del programa, o que se encarezca el costo del evento con el pago de tantos viáticos.

9. *Lindos cánticos*. Consienta plácidamente con que los himnos y cánticos que la congregación entone —todos ellos bellos y espirituales— no tengan ninguna relación con el tema de las misiones.

Sobre el uso de la Promesa de Fe

10. *Desaprovéchela*. Por tradición financiera, ignorancia, temor al cambio u otra razón, no implemente ni le saque el máximo provecho al método de la Promesa de Fe durante los días de la conferencia.

11. *Abuso*. En vez de usarla exclusivamente para el fin con que nació (las misiones), debilite mortalmente este método para recaudar fondos con otros fines (construcción, compra de teclado, etcétera).

12. *Fuera de lugar*. Presente la Promesa de Fe previo al sermón final (antes de que la Palabra de Dios haya actuado en los corazones de los oyentes) o bien a la semana siguiente de concluida la conferencia.

13. *Sobreénfasis*. Haga que algún proyecto misionero en particular sea el que acapare la atención cuando se levanta la Promesa de Fe, de forma tal que los contribuyentes pierdan el concepto medular de estar ofrendando para el Señor de las misiones.

14. *Irrealista*. Proponga como meta de fe una cifra descomunal e insensata, que luego cuando no se concrete, asegure que todos se sientan desanimados por no haberla logrado.

15. *Falta del principal ingrediente*. No incluya fe en el poder y provisión de Dios cuando elabore y ore para establecer la cifra a alcanzar; deje que sea el azar quien lo determine.

C A P Í T U L O 20

Misión global: cómo llegar hasta lo último

La iglesia durará por toda la eternidad. Vale la pena dar nuestra vida por ella, teniendo en mente que merece lo mejor de nosotros. (*Rick Warren*)

Que todas las iglesias hagan de la Gran Comisión su primordial objetivo de ministerio. (*Operación Movilización*)

Jesucristo ha dado una orden: «Predicar el evangelio, hasta lo último de la tierra». Él proveerá para el cumplimiento de su propio deseo. Obedezcámosle. (*Allen Gardiner*)

VOY A CONSTRUIR mi iglesia, y ni siquiera el poder de la muerte podrá vencerla», declaró nuestro Señor en su célebre revelación a Pedro y otros discípulos. Las palabras citadas se van cumpliendo día a día, y la iglesia avanza con firmeza para completar la tarea ordenada por Él. Algunos informes y estadísticas que nos han alentado y bendecido son los siguientes:

- *La iglesia es más grande de lo que usted piensa*, en edad, tamaño y estructuras, como lo expresa y demuestra Patrick Johnstone, en su valioso libro en inglés, que lleva precisamente por título esas palabras.
- Por el trabajo unido de varias emisoras de radio cristianas, el noventa y nueve por ciento de la población mundial está en condiciones de escuchar un mensaje evangélico, si lo desea, y si tiene el aparato adecuado.

- La película *Jesús* ha sido presentada en más de doscientos países a una audiencia de espectadores y oyentes que ha sobrepasado los cinco mil millones, y el noventa por ciento de la población mundial puede actualmente ver la película hablada en su propio idioma.
- A través del ministerio combinado de las Sociedades Bíblicas y otras agencias de traducción, el noventa y cuatro por ciento de la población mundial puede tener acceso a un ejemplar del Nuevo Testamento.
- Muchos ministerios internacionales tales como Cruzada a Cada Hogar, Red de Grabaciones Globales, televisión por satélite (Sat-7), y otros que los complementan, permiten afirmar que más del noventa por ciento de la población mundial está siendo alcanzada, en alguna medida, por alguno de estos medios de evangelización.

Estas noticias nos llenan de gozo, y damos gracias a Dios porque el crecimiento de la iglesia hoy está en una posición que es única en la historia del mundo, y aún de la iglesia.

El desafío pendiente

Pero lo expresado hasta aquí es sólo una parte de la realidad total. La verdad es que a pesar de toda la actividad desplegada, entre un quince a veinticinco por ciento de la población del mundo, aún no ha escuchado el evangelio de una forma que pueda responder al ofrecimiento de salvación por medio de Cristo.

Dentro de ese grupo necesitado se encuentran las ocho mil etnias, tribus indígenas, y pueblos cuyas culturas, lenguaje, religión y otras características hacen más difícil la comunicación, pero que la iglesia debe alcanzar si desea obedecer las últimas palabras de quien ordenó ir a «cada criatura», y «hasta lo último de la tierra».

¿Qué necesitamos hacer para lograr esta meta? La primera necesidad es la:

Conciencia

«Concienciar» significa tomar conciencia y conocimiento de algunos hechos, verdades y realidades, y luego actuar de acuerdo con ellos.

Una de las verdades fundamentales que necesitamos concienciar es la suprema importancia de la evangelización mundial, o sea, la obra misionera global.

Después de resucitar de entre los muertos, Jesús dedicó cuarenta días a inculcar esta verdad en la mente y el corazón de sus discípulos. Si meditamos en lo que pensó, habló e hizo durante ese tiempo, comprobaremos que para Él, después de haber consumado la salvación del ser humano mediante su muerte y resurrección, lo más importante era que esa gloriosa verdad fuese proclamada y comunicada a cada persona viviente en esta tierra. Tal era su interés de que comprendieran cabalmente la importancia de esa proclamación, que lo primero que habló y conversó con sus discípulos en la primera ocasión que se encontró con ellos después de resucitar (Lucas 24.46-48), fue una síntesis perfecta de la Gran Comisión. Además, su tema permanente durante los encuentros que tuvo con ellos en esos días fue la extensión del reino de Dios en toda la tierra (Hechos 1.3). Y sus últimas palabras, antes de elevarse y ascender al cielo fueron: «Quiero que sean mis testigos hasta lo último de la tierra» (Hechos 1.8-9).

Lo que era prioritario y de capital importancia para Jesús, también debería serlo para sus seguidores. Las órdenes que el Señor nos ha dejado son claras, precisas y permanentes. No hay lugar para dudas ni ambigüedades. Tomemos conciencia como individuos y como iglesia de la suprema importancia del plan divino para evangelizar el mundo.

Visión

J. Oswald Sanders expresó con mucha claridad que: «La visión sin una tarea hace un visionario, la tarea sin una visión, es labor monótona, la visión con una tarea hace un misionero». Jesús sabía desde el principio de su ministerio que sin visión no habría iglesias misioneras ni misioneros. Por eso una de las primeras órdenes que dio a sus

discípulos fue: «Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega» (Juan 4.35). Este es un mandamiento de Jesús que —como todos los demás— debe ser obedecido. Si la juventud y los líderes de nuestras iglesias no captan la visión misionera, se desperdiciará el tremendo potencial existente y los millares de granos de trigo (de vidas jóvenes) que podrían llevar abundante fruto en los necesitados campos del mundo, nunca cumplirán su vocación.

Alcemos los ojos y miremos el campo que rodea nuestra iglesia, ya sea que estemos en un pueblo o en una ciudad importante. Seguramente encontraremos barrios, poblaciones cercanas, o aldeas que necesitan que alguien llegue con las buenas noticias del amor de Dios.

Si levantamos la mirada un poco más, nos encontraremos con los departamentos de nuestra provincia, y dentro de ellos muchos pueblos, zonas rurales y barrios en donde todavía no hay una avanzada evangélica.

Pero el mundo no termina en nuestra provincia. Formamos parte del continente sudamericano, compuesto por varios países, algunos de los cuales están mucho más necesitados que nosotros. Hace más de cien años que tenemos el evangelio en la Argentina: debemos llevar esta riqueza a muchas poblaciones de América que todavía no la conocen.

Pero lo último de la tierra está más lejos aún: el mundo musulmán, con más de mil millones de adherentes, los centenares de etnias africanas, los países de la ventana 10/40, las naciones del círculo asiático, y los centenares de tribus indígenas, constituyen un vasto campo blanco que debemos cosechar.

«Donde no hay visión, el pueblo se extravía» (Proverbios 29.18, Nueva Versión Internacional) porque no descubre su vocación principal, y sin visión de la iglesia los pueblos no evangelizados se pierden sin esperanza.

Estrategia

¿Cómo concretaremos la tarea que responde a la visión que hemos recibido? Jesús nos muestra cómo hacerlo. Cuando Él iba cumpliendo su ministerio terrenal, trazaba un camino y diseñaba algunos pa-

esos sencillos que formaban un plan o estrategia. Aunque no contaba en su tiempo con la mayoría de los inventos y adelantos tecnológicos que hoy están a nuestro alcance (literatura, medios de comunicación, radios, televisión, transportes, películas, computadoras, etcétera), Él conocía y practicaba un plan sencillo que se convierte en una estrategia general básica y fundamental y que todo creyente e iglesia puede practicar. Ella, por fluir de Alguien que es la sabiduría encarnada, nos señala un derrotero que está al alcance de todos, y por supuesto, por tener a Dios como su origen, producirá los mejores resultados. ¿En qué consiste este plan?

1. Jesús colocó en primer lugar la oración. Frente a una multitud necesitada (Mateo 9.37-38) pidió a sus discípulos que rogaran al Señor de la mies pidiendo obreros. Tal vez como resultado de la obediencia a este mandato, posteriormente setenta discípulos estuvieron alistados y fueron enviados a predicar. Esta necesidad de oración sigue vigente: la iglesia necesita enviar todavía miles de obreros.

La oración también es el medio ideal para muchas otras peticiones:

- Que países cerrados se abran a la predicación.
- Que sean provistos los recursos financieros.
- Que se reciba sabiduría para iniciar la tarea en un nuevo lugar no alcanzado.
- Que Dios conceda la lista de peticiones que los obreros y misioneros necesitan para cumplir su labor.

La oración es un engranaje insustituible en la maquinaria de la Providencia que dirige la evangelización del mundo.

2. El llamado a la oración, fue seguido por el mandato de ir a proclamar las buenas nuevas del Reino a las poblaciones de Israel, y posteriormente a todo el mundo. «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Juan 20.21).

Todo cristiano es un enviado a alguna parte: cerca, lejos, o más lejos.

- Al endemoniado gadareno Jesús lo envió a su casa (y se fue a toda la ciudad).

- A los doce, los envió a toda ciudad adonde Él iba a ir, y sin duda recorrieron toda Judea y Galilea.
- Al apóstol Pablo lo envió «lejos, a los gentiles», y lo convirtió en el ejemplo y símbolo del misionero pionero que va entrando en otras culturas, predicando a Cristo, haciendo discípulos y plantando iglesias.

¿Adónde le ha enviado Dios a usted? ¿Ha encontrado el lector el lugar donde Dios lo necesita? ¿Será el barrio, pueblo o ciudad donde usted vive? ¿O puede ser que el Señor lo quiera enviar a alguna provincia o país más necesitado?

Miles de etnias no alcanzadas esperan a los misioneros que, como Pablo, dediquen totalmente su vida a llevarles el mensaje de liberación.

3. Si Dios el Padre nos dio a su Hijo, y si el Hijo de Dios nos dio su maravillosa vida sobre la cruz para salvarnos ¿cómo podemos corresponder a tan grande entrega de amor? La manera ideal es como lo hicieron los hermanos de Macedonia: «Se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios» (2 Corintios 8.5). Como consecuencia de esa entrega total, ofrendaron «conforme a sus fuerzas y más allá de sus fuerzas». Dar forma parte de la naturaleza de Dios, y tendrá sin duda una expresión práctica en la vida de sus hijos, que han sido hechos «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1.4). Todo lo que tenemos lo hemos recibido, y en gran parte lo hemos recibido para darlo, para compartirlo con otros (1 Corintios 4.7).

Hagamos memoria de todo lo que Dios nos ha dado. ¿De quién hemos recibido la vida, la fuerza física, las capacidades, los talentos, los dones; de quién hemos recibido la salud que disfrutamos, el dinero, y el tiempo de que disponemos? Todo lo hemos recibido directa o indirectamente de Dios. Entonces, ¿para quién debería ser usado prioritariamente sino para Él?

La parábola de los talentos (Mateo 25.14-30) nos enseña que tanto los recursos humanos como el dinero que se necesitan para evangelizar el mundo están en las manos de los creyentes y de su iglesia. Debemos invertir nuestras vidas y los múltiples recursos económi-

cos que Dios nos ha confiado como mayordomos suyos en la extensión del Reino y en terminar la tarea que nos ha mandado realizar.

Jesús es nuestro ejemplo y nuestro poder en estas tres acciones fundamentales de orar, ir y dar. Sigamos en la senda que Él nos ha marcado.

Acción

¿Cómo implantar e incorporar las prácticas arriba mencionadas a la vida de la iglesia, de tal manera que pronto disfrute de la aventura de ver hombres y mujeres llamados por Dios, preparados eficientemente, y oportunamente enviados como misioneros a los pueblos necesitados del mundo?

Entre la variedad de medios y métodos que Dios ha instrumentado en los últimos ochenta o cien años, se destaca nítidamente lo que denominamos la Conferencia Misionera Anual, complementada con la ofrenda Promesa de Fe para las misiones. Como se explica en otras partes de este libro, esta consiste de una serie de cinco a siete reuniones consecutivas en las cuales se consideran los temas claves de la acción misionera y generalmente produce los siguientes resultados:

- La toma de conciencia de la iglesia sobre la Gran Comisión.
- Una visión misionera más amplia.
- El gozo de ver a los que sienten y responden al llamado a ser misioneros.
- Intensificación de la oración intercesora por las misiones.
- Promesas y recepción de ofrendas crecientes para el sostenimiento de misioneros.

Casi sin excepciones, el logro de todos o algunos de estos objetivos producirá una legítima satisfacción y será motivo de una genuina expresión de gozo, gratitud y alabanza a Dios.

¿Qué hacer para llevar el evangelio a estos ocho mil grupos?

Tres posibles opciones:

- *Todo*: Promover, aportar y sostener uno o más misioneros.
- *Nada*: No promover ni involucrarse en nada que tenga que ver con misiones.
- *Algo*: Promover y aportar lo que se pueda, aunque parezca insignificante, y ver cómo esa pequeña semilla crece año tras año.

Para recorrer una distancia, siempre se necesita dar el primer paso.

C A P Í T U L O 21

Un ejemplo inspirador⁵⁰

La Promesa de Fe ha producido no sólo incremento en la cantidad de dinero para la ofrenda sino también ha hecho aumentar el interés por la obra misionera. (*Felipe E. Terrill*)

En respuesta a la fe Dios provee, los dadores son bendecidos, los pueblos son evangelizados, y lo más importante: Dios es glorificado. (*Donaldo A. Jensen*)

La Promesa de Fe es una herramienta especial para ampliar la visión de los millones que todavía están sin el evangelio. (*Pablo Josephson*)

NO DEBERÍA sorprendernos que una iglesia haya celebrado conferencias misioneras por treinta años, como tampoco debería asombrarnos que predique el evangelio, consecutivamente, a lo largo de ese tiempo. Si no nos llama la atención esto último, tampoco debería hacerlo lo anterior. Sin embargo, comprendo que para algunos pudiera resultar llamativo, máximo si tenemos en cuenta que hay aún un número importante de pastores para quienes el tema de las misiones resulta si no desconocido, al menos relativamente novedoso.

En nuestro caso, la Iglesia Nordeste ha atravesado un largo proceso que se remonta a la década del sesenta, cuando quien esto escribe fue marcado por Dios de manera especial, en una etapa de su vida

⁵⁰ La Iglesia Evangélica Bautista Nordeste (Bulevar Gálvez 1650, ciudad de Santa Fe, República Argentina), celebró en 2004 su XXX Conferencia Misionera Anual. Federico A. Bertuzzi, quien fuera uno de sus pastores, nos cuenta cómo se inició y cómo se desarrolló este programa a lo largo de los años.

en que apenas comenzaba a dar sus primeros pasos en Cristo. Y no puedo sustraerme a tener que hacer referencia a mi experiencia personal si habremos de explicar cómo se dieron algunas cosas.

Cuando tenía diecisiete años y cursaba la escuela secundaria, acostumbraba a ir al cine los fines de semana. Al consultar con tal propósito la cartelera de espectáculos en el vespertino de mi ciudad, *El Litoral* (en aquel entonces se ofrecían tres películas *en continuado*, más el Noticiero Argentino y las *colas* de las películas por estrenar), me llamó la atención un anuncio recuadrado sobre el programa de los cines, que rezaba algo como: «Las profecías bíblicas sobre el fin del mundo. Escuche al orador internacional Samuel O. Libert. Entrada libre y gratuita». Como yo había adquirido una Biblia algunos años atrás en un stand de Sociedad Bíblica, en la exposición rural anual de mi ciudad, y la estaba leyendo, ese anuncio del diario me produjo gran inquietud, así que en vez de ir al cine fui a escuchar a un para mí desconocido conferencista.

Entré por primera vez al templo de la que llegaría a ser «mi» iglesia por cuarenta años. Me senté y escuché atentamente la exposición del pastor Libert, y cuando hizo la invitación para aceptar públicamente a Cristo, yo fui el primero que me puse de pie y pasé al frente. La noche siguiente la llevé a mi madre, quien igualmente tomó una decisión pública por Cristo. Impactado por aquella experiencia, seguí asistiendo a Nordeste durante medio año más, hasta que por razones familiares viajé con mi madre a Berlín *Occidental* (en aquellos momentos).

Primeros pasos en misiones

En Alemania trabajé y cursé estudios de Dibujos Animados. Cumplí allá los dieciocho años cuando Billy Graham celebraba el Primer Congreso de Evangelización Mundial (1966), en plena guerra fría. Berlín Occidental estaba rodeada por el Muro, en medio de un *mar* comunista constituido por la ex República Democrática Alemana, y reinaba tensión por la constante amenaza de una tercera guerra mundial, con el uso de armamento nuclear. En aquel congreso de evangelización, el primero de su tipo en el siglo XX, se dieron cita mil doscientos delegados de todo el planeta. Allí me reencontré con el pastor Libert y conocí, además, a otros compatriotas: Daniel Monti,

Dan Nüesch y Carmelo Terranova. Este último me consiguió un salvoconducto especial para entrar a la *Kongresshalle* y asistir a las reuniones (luego me enteraría de que el ingreso estaba absolutamente vedado a cualquier persona que no fuera congresista, y que hubo pastores y periodistas alemanes que, aunque lo intentaron, no lograron el objetivo).

Escuché el testimonio de los aucas que habían matado a los misioneros en Ecuador, a los traductores de la Biblia al idioma tibetano, a Fernando Vangioni analizando el sermón que Pedro predicara en Pentecostés, al emperador cristiano de Etiopía, Heile Selasie... En la clausura, Billy Graham se dirigió a los asistentes confrontándolos con una vida de santidad: si había «manchas en el altar de la consagración» deberían arrepentirse y confesar su pecado; que ninguno se creyera que por ser predicador, pastor o misionero ganaría mérito alguno ante un Dios santo; y que era menester acudir a la fuente inagotable de limpieza, que es la sangre de Jesucristo. Mil doscientas una personas (yo era aquella *una*, «infiltrada») terminamos arrodillados, confesando nuestros pecados y buscando limpieza en la fuente sin igual del Calvario. Así culminó aquel evento histórico.

Precisamente por esos días, un equipo de Operación Movilización (que estaba aún en la fase inicial) había estado visitando las iglesias de la ciudad. Entre ellas, estuvieron compartiendo el desafío misionero mundial en el grupito de jóvenes de la pequeña iglesia barrial a la que yo concurría, la Landeskirchliche Gemeinschaft de Berlin-Spandau (Radelandstrasse 6), de corte luterano.

Estas dos situaciones vividas con escasos días de separación: el congreso de evangelización y la visita de esos jóvenes a nuestra iglesia, dejaron una huella en mi ser que me acompañaría a lo largo de la vida. Como resultado, participé en tres sucesivas cruzadas de verano con Operación Movilización: en Viena (donde fui bautizado en el río Danubio); en Zaragoza, Pamplona, Santiago de Compostela y La Coruña, en España; en Zaventem, Bélgica; y en Bromley, Inglaterra). Me impresionó la visión mundial de hombres como George Verwer, Greg Livingston, Dale Rhoton, Jonathan McCrostie, Johann Van Damm. Y como teníamos asignada la lectura obligatoria de algunos libros, dos de ellos marcaron mi vida a fuego en aquellos

años: *Pasión por las almas*⁵¹ (Oswald Smith) y *Avivamiento* (Carlos Finney).

Sabiendo que el Señor me llamaba para dedicarme al ministerio, interrumpí mis estudios de Dibujos Animados e ingresé en la Bibel und Missionsschule Brake, también con fuerte orientación misionera mundial. Pero ya llevaba casi cuatro años de estar ausente de mi país, y sentía que de continuar los estudios hasta finalizar, al volver a la Argentina estaría demasiado descontextualizado de la realidad que había dejado cuando abandoné el país con diecisiete años. Así que emprendí retorno a la Argentina e inmediatamente ingresé al Instituto Bíblico Buenos Aires (IBBA, de la Alianza Cristiana y Misionera), gracias al contacto y la gestión que había hecho a mi favor el pastor Carmelo Terranova.

Inicio del pastorado

En mi cuarto y último año de estudios, mi iglesia Nordeste me invitó a asumir el pastorado. Su fundador, don Jorge Folta, se jubilaba y estaban buscando a alguien que tomara su lugar. Este checoslovaco, verdadero hombre de Dios, había sido pastor de la grey durante veintinueve años. Era pastor laico, y tenía a su cargo una importante empresa constructora de prestigio en la ciudad. Con abnegada consagración, acompañado siempre de su fiel esposa Bárbara, también checoslovaca, había llevado adelante el ministerio en la ciudad y otras localidades de la provincia.

Acepté la invitación, no sin ciertas dudas de cómo habría de hacerle frente, cual «pichón» que recién egresaba del instituto bíblico, a las demandas de una congregación que se había formado a la sombra de un varón de Dios de la talla de «Don Jorge» (como le decíamos cariñosamente), y que permanecería en la misma como miembro. Valga la pena aclarar que, al margen de que el veterano jamás significó ninguna amenaza al liderazgo del joven novato (todo por el contrario, fue uno de sus más fervientes «apoyadores»), él había contribuido decisivamente a la amplia visión de la feligresía. Recuerdo que solía mencionar que: «El pastor no es siervo de la iglesia

⁵¹ Oswald J. Smith: *Pasión por la almas*, Editorial Clie, Barcelona, 2003, 180 págs.

sino de Dios, y su campo de acción no es la congregación local sino todo el mundo». Esta proyección de ministerio que había inculcado ayudó enormemente para que el programa misionero se instalara posteriormente con facilidad.

El 6 de enero de 1974, con veinticinco años, fui ordenado al pastorado, y dado que tenía fijo en mente que adonde fuera a servir al Señor procuraría hacer frente al desafío de la obra misionera mundial, propuse a la congregación que ese mismo año celebráramos una conferencia misionera (entendía que esa era mi responsabilidad, tal como lo había leído que hacía Oswald Smith en la Iglesia de los Pueblos, de Toronto, Canadá).

Para aquella primera ocasión invitamos como orador a Jack Shannon, quien era profesor del Instituto Bíblico Buenos Aires. Él apenas estaba regresando del Congreso Mundial de Evangelización que se había realizado en Lausana, Suiza. Nos trajo así, aparte de la medular inspiración bíblica que siempre lo caracterizó, información misionera «bien fresquita» de los campos del mundo. Por otro lado, la misionera Raquel Grazioli, santafecina que trabajaba entre los aborígenes tobas del Chaco, nos compartió de la importante labor desempeñada en el norte argentino. Esa primera conferencia misionera fue realmente impactante para la pequeña congregación, que a la sazón contaba con un poco más de cincuenta miembros en comunión. La visión misionera comenzaba a forjarse.

Nuestra primera Promesa de Fe

Al año siguiente organizamos la segunda conferencia, que igualmente fue un desafío para toda la feligresía; y al tercer año, otra más. Para esa ocasión invitamos por primera vez al pastor Andrés Robert, que había sido profesor de Evangelismo Personal en el Instituto Bíblico. En esta ocasión nos enseñó sobre la base de las Sagradas Escrituras, que: «la suprema tarea de la iglesia es la evangelización de todo el mundo». Y no sólo nos motivó mediante su predicación sino que nos desafió a que también lo puséramos en práctica, apelando a nuestros bolsillos.

En reunión de diáconos ese sábado por la noche nos lanzó el desafío:

—¿Por qué no comienzan con un plan de Promesas de Fe para la obra misionera?

En aquel momento (1976), la iglesia no superaba los sesenta miembros. El presupuesto se nos iba prácticamente en el sueldo pastoral, el alquiler del departamento donde vivíamos, la compra de literatura evangelística, el pago de la energía eléctrica, y algunos otros gastos extras... a lo que se le sumaba afrontar la edificación de la casa pastoral y planta educativa en la que nos habíamos embarcado hacía poco tiempo. ¡No nos sobraba ni un solo centavo!

—Y ¿cómo quiere que hagamos —fue al unísono la inmediata respuesta de todos— si ni sabemos cómo juntar lo necesario para cubrir el presupuesto actual?

¿Cómo íbamos a proponer a la congregación, responsablemente, un nuevo rubro presupuestario, cuando nos costaba tanto atender, mes a mes, las necesidades que se presentaban? Confieso que en aquella noche, y luego de unos cuantos titubeos, fue más por no desairarlo que por convicción, que resolvimos aceptar la propuesta del predicador invitado.

Rápidamente para el día siguiente, domingo, se fotocopiaron las tarjetas Promesas de Fe, y en la reunión de clausura se las repartió entre todos los asistentes. Se explicó su uso y propósito, cada uno que quiso la llenó y se recogieron en el momento. Hecha la suma no podíamos creerlo: ¡la cifra prometida ascendía a un monto equivalente al presupuesto mensual!

Así, sorprendentemente, de un mes al otro, comenzamos a recoger una importante suma, dedicada con exclusividad a las misiones, sin mermas en las ofrendas habituales. Por un tiempo fuimos ahorrando el importe mientras orábamos al Señor para que nos indicara cómo y dónde invertirlo.

Nuestro primer misionero

Por otra parte, sin que nosotros lo supiéramos, Norberto Clarke (hoy en la presencia del Señor), inspector de la Dirección General Impositiva (DGI), oriundo de la ciudad de Gálvez, se hizo cargo de la delegación provincial del Chaco. El radicarse allí le llevó a conocer el trabajo que realizaba un grupo de misioneras bautistas entre los aborígenes tobas de esa provincia, entre las que se encontraba Alba

Leticia Montes de Oca. Percibiendo la gran necesidad de obreros, Norberto se ofreció como voluntario a la Junta de Misiones de la Convención Evangélica Bautista, dispuesto a renunciar a su cargo en la DGI, pero el pastor Miguel Bolatti, director de la Junta, le recomendó que no renunciara hasta tanto se pudiera conseguir un sostenimiento digno.

Cuando consultamos por nuestra parte al pastor Bolatti para que nos orientara sobre qué campo podríamos apoyar, él nos mencionó que oráramos para ver si el Señor nos indicaba General San Martín, Chaco, adonde Norberto tenía planeado involucrarse. Luego de orar, decidimos por esa opción y le enviamos el primer importe mensual. Para entonces, Norberto ya había renunciado al alto puesto que tenía y se había trasladado de Resistencia a General San Martín para dar inicio, por fe y sin contar todavía con sostenimiento firme, a sus labores como misionero. Cuando nos conocimos algunos meses después nos comentó que al enterarse de que una iglesia en Santa Fe había decidido correr con su sostenimiento no pudo menos que, en medio de lágrimas, prorrumpir en alabanzas de gratitud a Dios por su tan oportuna provisión.

El apoyo a Norberto Clarke en su trabajo entre los tobas continuó por varios años, no sólo mediante la oración y las ofrendas sino también con brigadas de jóvenes que viajaban al lugar para ayudar en tareas de evangelización, discipulado, arreglos materiales y provisión de elementos (medicina, ropa, alimentos, motosierra, etcétera). Luego de contraer nupcias con Alba y trasladarse ambos a la tarea misionera en Chimbote, Perú, la iglesia continuó igualmente apoyándoles en el extranjero, con el cariño y el respeto que se habían ganado.

Vivencias en el desarrollo del plan

No habían transcurrido dos o tres meses desde que habíamos comenzado con el fondo misionero, que en un culto de domingo, casi al terminar el mismo, una hermana de la congregación pidió la palabra. Se puso de pie y dijo: «Hermanos, siento decir que nuestra iglesia ha estado viviendo en pecado». Con esa introducción, más de uno se incomodó pensando qué nuevo pecado se estaba por ventilar, en una congregación que hacía poco había tomado medidas disciplinarias con algunos miembros que habían incurrido en pecados morales y fi-

nancieros. Pero ella continuó: «Porque, ¿cómo puede ser que de un mes para otro pudimos duplicar el presupuesto mensual de la iglesia sin haber experimentado un aumento en la membresía ni en los sueldos? Quiere decir que el dinero lo teníamos pero no lo estábamos dando, y como dice la Biblia: “Al que sabe hacer lo bueno [dar ofrendas en este caso] y no lo hace, le es pecado”». ¡Y tenía razón la hermana Beatriz Salvaj de Zarazaga! Así que como iglesia tuvimos que confesar al Señor el pecado de haber retenido lo que estábamos en condiciones de darle.

En otra ocasión, como nos encontrábamos en plena etapa de construcción de la vivienda pastoral y del edificio educativo en la planta alta, y teníamos que pagar los materiales, la mano de obra, la devolución del crédito que habíamos solicitado, etcétera, en un momento dado y «nada más que como excepción», tomamos prestado cierto importe del fondo de misiones y lo usamos para hacer frente a los ingentes gastos de la construcción. Eso lo sabíamos solamente el tesorero, Juan Folta, que además como constructor estaba a cargo de la obra, y este servidor. Prontamente Dios habló a nuestros corazones y fuimos redargüidos de no haber actuado correctamente. Decidimos no dejar pasar un domingo más sin aclarar la situación ante la congregación.

—¿Pasás vos o paso yo al frente para hablar? —intercambiamos brevemente entre pastor y tesorero.

—Paso yo, que soy el pastor —le dije, pero él insistió:

—No, paso yo, que estoy a cargo de la obra y soy el tesorero.

Y pasó nomás al frente. Explicó que por algún tiempo, el dinero que debería haberse destinado al campo misionero había ido a parar a la construcción, que la necesidad nos había impulsado a echar mano a ese dinero, y que habiendo entendido que eso no era correcto, el pastor y él querían confesarlo públicamente y pedir perdón al Señor. La feligresía fue muy tocada por aquellas palabras. Oramos, nos aseguramos del perdón concedido, y dispusimos que ¡nunca más utilizaríamos el dinero que les pertenece a los misioneros para comprar ladrillos!

El avivamiento misionero expande la obra

Dentro de lo que podríamos denominar el *despertar* o *avivamiento* misionero que experimentamos inicialmente, fue sorprendente constatar que mientras más se impulsaba la visión hacia afuera, más se robustecía la visión hacia adentro. Empezaron a incrementarse las vocaciones de servicio, la cantidad de horas felices, las reuniones al aire libre y en los hogares, la visitación casa por casa, el comienzo de anexos en otras localidades y más. Las Conferencias Misioneras Anuales llegaron a ser una de las actividades mejor preparadas y más esperadas en el calendario de actividades de la iglesia.

En ese espíritu que vivía la congregación, se dio que a los cinco años de haber iniciado el programa misionero, alojamos en el templo a un equipo del barco *Doulos*, que a la sazón recalaba en el puerto de Rosario (1979). Surgió en ese momento el contacto con el líder del grupo, el ingeniero Pablo Carrillo, con quien trabaríamos no solamente amistad sino el inicio de una larga relación con lo que luego se conocería como la primera misión latina al mundo islámico, es decir, PM Internacional (en sus comienzos se la conoció como Proyecto Magreb). Un poco más adelante nacería la iniciativa nacional denominada Misiones Mundiales (hoy Red Misiones Mundiales), y otra vez, sería el templo de Nordeste el hospedador de la primera reunión organizativa de la flamante comisión directiva que había sido nombrada durante el congreso organizado por la Misión Evangélica Iberoamericana (MEI). Fue en el año 1982. Aquel grupo de pastores iniciadores de Misiones Mundiales pasó la mañana en oración, y luego, por la tarde, se abocó a delinear los rumbos generales que habrían de guiar al movimiento misionero nacional (¡el primero de su género en toda Iberoamérica!).

Del barco *Doulos* recibí la invitación de colaborar un tiempo a bordo como capellán de la tripulación latina. Compartí la invitación con la iglesia, que me *autorizó* a embarcarme con mi esposa y tres hijos (en ese entonces) e iniciar un periplo por puertos del Pacífico. Sostenidos con las oraciones y ofrendas de Nordeste volamos a Guayaquil, Ecuador, adonde abordamos el *Doulos*. De ahí bajamos al puerto de El Callao, Perú; y a los de Antofagasta y Valparaíso, Chile. Fueron algo más de tres meses de ministrar entre la tripulación latina y predicar en las conferencias públicas que se hacían diariamente.

Fue una experiencia verdaderamente enriquecedora, y cuál sería la sorpresa que, con el transcurso del tiempo, nos daríamos cuenta de que en ese año de prolongada ausencia pastoral, la iglesia tuvo la mayor cantidad de bautismos de los doce años de mi pastorado. Evidentemente, las misiones no iban contra el crecimiento local, ¡sino todo lo contrario!

Las conferencias siguieron realizándose cada año, siendo el pastor el principal responsable de su preparación y ejecución. No obstante, con el correr del tiempo fue necesario repartir el peso de las responsabilidades, no sólo por la organización del evento anual, sino también de la administración de los fondos y el contacto con los misioneros en el campo. Se creó para tal efecto el departamento de Misiones, integrado por hermanos y hermanas de los diferentes segmentos de la iglesia, presidido por Alfredo (Sonny) Smith. A su vez, el anciano Rubén Panotto, fue comisionado de parte de ese cuerpo gobernante para el acompañamiento de dicho departamento.

A lo largo de más de treinta años tuvimos el privilegio de contar con la participación de destacados hombres y mujeres de Dios que nos bendijeron con su vida, palabra y testimonio, entre ellos: Jack Shannon, Raquel Grazioli, Miguel Bolatti, Andrés Robert, José Sami, Norberto Clarke, Donald Kammerdiener, Marcos Sánchez y otros hermanos tobas, Pablo Carrillo, Immanuel Böke, Enrique Sandoval, Dana Larson, Christ Paphworth, Craig Bundy, Carlos Prieto, Haroldo Kasper, Guillermo Farías, Jorge Corrales, Valentín Krawczuk, Abel Altare, Daniel Altare, Roberto Turrisi, Raúl Castro, Esteban Montgomery, Lorenzo Gallego, Heinz Suter, Milton Pope, Marcelo Abel, Randy Bradley, Daniel Hurtado, Abel Vallejos, Rómulo Ricciardello, Juan Calcagni, Marcos Alexander, Alberto Prokopchuk, Eduardo Zarazaga, Stanley Clark (h), Julio y Mónica González, Samuel Pérez Millos, Miguel Juez, todos ellos de diversas denominaciones y nacionalidades.

Entre los misioneros que tuvimos el alto privilegio de apoyar con su sostenimiento económico, mes a mes, se encuentran: Norberto Clarke y Alba Montes de Oca, trabajando entre los tobas del Chaco, y en Chimbote, Perú; Riquelme Hulet y Mario Fernández, también en el Chaco argentino; Jorge Corrales y Miguel Hundt en Coronda, Gálvez y Rincón; Abel Vallejos, en Guinea Ecuatorial (África);

Eduardo Zarazaga, en Italia; Josué Andreoli, en Uzbekistán; Fabiana de Prado, en el desierto del Sáhara (África); Miguel Juez, entre inmigrantes magrebíes en España; Carmen Servín, Claudia Sosa y Nicolás Panotto, a bordo de los barcos *Doulos* y *Logos II*.

En 1985 renuncié al pastorado para apoyar de lleno al naciente movimiento misionero de mi país (a través de Misiones Mundiales) y el resto del continente (a través de COMIBAM Internacional y PM Internacional). La iglesia, reconociendo el llamado, aceptó dicha renuncia y resolvió continuar con nuestro sostenimiento económico. A la vez, nombró a Eduardo Zarazaga, quien era copastor, como pastor titular de la misma. Eduardo dio firme continuidad a la visión, impulsando las misiones durante los doce años que estuvo al frente de la iglesia, hasta que también por llamado divino, dejó igualmente el pastorado y fue enviado con su familia como misionero a Italia, donde estableció en sus comienzos una iglesia en Battipaglia, Salerno, cerca de Nápoles.

Aseguramiento de la continuidad

Luego de que el pastor Zarazaga fuera enviado y sostenido en el exterior como misionero, la iglesia quedó en manos del cuerpo de ancianos por tres años y medio. Durante ese tiempo se estuvo orando y procurando un nuevo pastor, y la pregunta que más de uno se hacía era de si habría continuidad de la visión. No es novedad que con los cambios de pastores las iglesias cambian con facilidad también los énfasis. ¿Qué acontecería luego de dos pastorados de doce años cada uno, más tres años y medio sin pastor? Pero la iglesia había tomado, sabiamente, una previsión para asegurar la continuidad. En el perfil del nuevo pastor que se había elaborado y aprobado por asamblea, constaba una cláusula que establecía que el futuro pastor debería: «continuar con la celebración de una Conferencia Misionera Anual y la administración de un fondo de uso exclusivo para las misiones». Luego de búsqueda en oración y de contactos diversos, surge el nuevo siervo que Dios enviaba a la congregación, quien reunía las condiciones esperadas. Así el pastor Pedro Slachta se hizo cargo de la iglesia en 1998, dando continuidad al programa misionero.

Debemos reconocer que no fue siempre fácil mantener la continuidad de este programa anual. Sin convicciones firmes acerca de su

importancia, cualquier nuevo viento de doctrina puede desviarnos hacia otros énfasis. Y hoy, más que nunca, cuando somos bombardeados por una abundante artillería de libros que nos vienen casi siempre traducidos de otras culturas, así como por emprendimientos novedosos que se introducen al país por el aeropuerto de Ezeiza, no es cosa extraña que algunos pastores se dejen atrapar por estas ocurrencias del momento (algunas de las cuales son por demás extravagantes). A programas empaquetados que prometen grandes beneficios y crecimiento (algunos dignos de considerar), ¿cómo hacerles frente con un programa tan sencillo y bíblico como lo es una Conferencia Misionera Anual? ¿Y que la misma no pierda su fuerza a lo largo del tiempo? ¿Cómo lograr que una suerte de evangelio *light* (o de la prosperidad), de rápida propagación, no mate el nervio misionero de la iglesia?

Sobre este particular, hasta donde haya podido observar en mis viajes por Latinoamérica, cuando ese énfasis se infiltra en una congregación, por más comprometida que haya estado, termina matando el espíritu misionero. Y no debería costar entender lo que sucede: las misiones tratan de renunciamiento, de negarse a sí mismo, de entregarse, de sacrificio, de morir al yo, de cargar la cruz de Cristo, pero ese *evangelio* va precisamente en una línea contraria. La consigna que se oye en ciertos encuentros multitudinarios o en programas televisivos es: «¡Venga y reciba!», mientras que el llamado misionero va en dirección opuesta: «¡Vaya y comparta!» La cruz es central para que las misiones germinen, y cuando ella es obviada, las misiones no pueden florecer. ¡Así de sencillo! Eso explica también el porqué algunos temas pueden convocar a multitudes y porqué misiones no «vende tanto».

Siempre que realizamos las conferencias anuales hemos procurado, tanto como nos fuera posible, darles toda la trascendencia pública que pudiéramos. Personalmente me he encargado de llevar a los conferencistas para ser entrevistados por los radios de la ciudad, la televisión y los diarios. Hemos hecho los anuncios bien públicos y notorios. Los afiches se pegaban en las vidrieras y los folletos con invitaciones se repartían abundantemente. ¿Qué objeto tiene hacer eso si se trata de reuniones de puertas adentro? Que todos sepan que nosotros consideramos las misiones en serio. Además, en un contex-

to de cultura católica, esto no debería significar una rareza. Los inconversos deben captar que tomamos muy a pecho el predicar y servir al prójimo hasta los rincones más apartados del planeta. Que para eso trabajamos, nos esforzamos, oramos y contribuimos sacrificialmente. Que la salvación eterna de las almas que nunca oyeron del amor de Jesucristo nos es una carga pesada, y que no escatimamos esfuerzo para que la afligente situación en que viven millones de seres humanos, desprovistos de esperanza y amor, cambie para bien por el poder del evangelio.

Por eso en nuestras conferencias misioneras nunca hemos tenido dudas en invitar a los inconversos para que asistan. Y tampoco hemos cambiado el énfasis del culto de clausura del domingo por la noche. Hemos predicado de misiones esa noche de la forma más contundente posible, apelando a la consagración y a la entrega de las Promesas de Fe, y si había presente quienes no conocían a Jesús personalmente, les hemos instado a que se arrepientan y conviertan. Jamás desaprovecharíamos el clímax misionero que se produce en la finalización de la conferencia para ponernos «a evangelizar» (como comúnmente se entiende). Hemos notado que los inconversos son impactados cuando observan que los cristianos tomamos en serio las misiones, y si se convierten en un ambiente así, ¡serán los primeros propulsores de las misiones!

Otro dilema que se presenta es: ¿a quién invito como orador? Al fin y al cabo no hay tantos que puedan ocupar el púlpito y usarlo con propiedad al hablar sobre este tema. Es cierto, los que pueden hacerlo no serán demasiados, pero si antes, cuando ni se hablaba del tema los conseguíamos, ¿cuánto más podremos hoy, cuando el movimiento se ha extendido grandemente? En la actualidad contamos en la Argentina con más de seiscientos obreros transculturales, en su inmensa mayoría sirviendo fuera del país, con iglesias que están detrás sosteniéndoles. Pues, bien, estemos con el ojo atento, y procuremos los mejores oradores y los mejores misioneros para nuestras conferencias misioneras.

Predicar sobre misiones

Es muy probable que luego del entusiasmo por lo novedoso, al cabo de haber celebrado unas cuantas conferencias anuales, pensemos

que ya no se hace tan necesario volver a organizar una más. Que los miembros ya han entendido muy bien de qué se trata. Que para qué volver a enfatizar otra vez lo mismo. Que por este año pasamos y luego veremos cómo sigue la cosa. Esa línea de pensamiento no va en la dirección correcta, y nos llevará a una decisión sin sabiduría. ¿A qué pastor se le ocurriría, por haber predicado el evangelio una vez en su congregación, no volver a predicarlo al siguiente domingo? ¿No volvería a predicar ese mismísimo evangelio, una y mil veces más? ¿No sería acaso su solemne responsabilidad hacerlo? Entonces, ¿por qué debería ser distinto que una iglesia vuelva a repetir año tras año sus conferencias misioneras (bien que ninguna conferencia es, en realidad, igual a la otra)? Y, además, los *nuevos* que se van agregando de continuo a la feligresía, por razones pedagógicas ¿no deberían ser también adoctrinados en las misiones, de manera que nada les falte de «todo el consejo de Dios»?

He compartido con frustración cuando algún colega me ha dicho que está convencido plenamente de la importancia de las misiones, y que tiene la mejor de las intenciones de comenzar a impulsarlas en su congregación, pero: «No por ahora, quizá más adelante». ¡Por favor! ¿A qué estamos jugando? ¿Cuándo cree usted, pastor, que su iglesia estará lista para comenzar con las misiones? En realidad, la visión misionera debería estar presente en el corazón de todo pastor y de toda congregación, ya que es parte ineludible de la Gran Comisión que impartió nuestro Señor antes de ascender al Padre. Siempre habrá algo por hacer antes: acabar con la edificación, levantar el presupuesto, asegurar el salario familiar, llegar a X cantidad de miembros, solucionar diversos problemas, y así *ad infinitum*. Si predicar y enseñar sobre misiones se hará recién cuando su iglesia «sea perfecta», entonces ese momento no llegará hasta que estemos con Cristo en el cielo. ¡Este es el tiempo de hacer misiones e inculcar a los feligreses el amor por los perdidos en todo el mundo!

La valoración de las misiones en la iglesia local

Como pastor, no podría recomendar otro tema que promueva más entre la membresía la vida de oración, la santidad, la mayordomía, el celo evangelizador y el renunciamento personal que las misiones. Cualquier otro énfasis sería parcial, pero las misiones (por estar en el

corazón de Dios) son tan abarcadoras que no sólo amplían el horizonte del creyente proyectándolo hacia los cuatro puntos cardinales del mundo, sino que lo estimulan como ningún otro énfasis para su crecimiento y maduración espiritual así como para su involucramiento responsable a nivel local.

Además, el programa de las conferencias misioneras, verdadero motor de la visión, no está atado al tamaño de una congregación, y por lo tanto, no hay iglesia, por pequeña que sea, que no pueda llevarlo a cabo con satisfacción. Tampoco tiene que hacer grandes erogaciones, más allá de lo que pudieran significar los viáticos y ofrendas para los oradores y la necesaria promoción.

Finalmente, y como nota personal, no puedo dejar de mencionar el privilegio que me acompaña de ser no solamente miembro de la iglesia Nordeste por más de cuarenta años, sino de contar con todo su apoyo moral, espiritual y económico ininterrumpido, a lo largo de más de treinta años de ministerio. No conozco de iglesias en las cuales se haya dado una relación semejante, por lo que mi corazón está rebosando de gratitud a Dios. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas, lo estoy haciendo desde mi nuevo lugar de trabajo, Granada, España, adonde fuera enviado por mi amada congregación para cumplir una nueva etapa de servicio en la obra de Dios.

Hago manifiesta también mi gratitud y reconocimiento a Eduardo Zarazaga y Pedro Slachta —colegas que me sucedieron en el pastorado e hicieron propia la visión misionera mundial— por la amistad sincera y el apoyo incondicional que siempre me dispensaron. Asimismo, al autor de este libro, pastor Andrés Robert, quien me confirió el privilegio de compartir este capítulo, el cual en gran medida nunca se hubiera escrito de no haber sido por su inspiración y acompañamiento desinteresado a lo largo del tiempo.

C A P Í T U L O 22

¡SOS misionero!

Lleno de angustia y temores,
En brava y oscura mar,
El hombre perdido navega,
Cual barco en la tempestad.
Olas de mal le rodean,
Nubes de gran pavor;
El naufragio eternal le amenaza,
Y su alma llena el terror.

(R. H. Palmer E. Turrall)

EN 1912 la Convención Internacional Radiotelegráfica sancionó la norma por la cual las letras SOS (siglas de «salvad nuestras almas», en inglés) serían usadas universalmente como lenguaje de la telegrafía sin hilos para transmitir avisos o señales de peligro para barcos y aviones.

Poco tiempo después, en abril de 1912, el *Titanic*, en su viaje inaugural, chocó con un témpano de hielo en el Atlántico norte, y el barco del cual llegó a decirse que ni Dios podría hundirlo, quedó sepultado en las frías aguas del océano en poco menos de tres horas, a pesar de haber sido advertido reiteradamente por otros tres barcos, del peligro que corría.

El SOS fue inmediatamente transmitido en todas direcciones, pero los barcos, algunos porque estaban muy lejos, y otros por no prestar atención al llamado, muy poco pudieron hacer para auxiliar a la tripulación de 2.201 pasajeros, de los cuales 1.490 perecieron ahoga-

dos y sólo 711, socorridos por el *Carpathia*, arribaron al puerto de Nueva York.

Este doloroso incidente, a manera de parábola moderna, puede servirnos para ilustrar la condición espiritual y la necesidad de miles de hombres y mujeres que viven en el tiempo actual.

¿Por qué? ¿Cómo? Porque hoy mismo, millones de seres humanos están viajando —por así decirlo— en el gran barco de la humanidad, rumbo a la eternidad. Se trata de centenares y miles de pueblos o etnias, que suman alrededor de mil quinientos millones de almas que se están hundiendo en el gran mar del pecado, la ignorancia y la oscuridad espiritual. Sus alarmantes necesidades, tanto materiales como espirituales, equivalen a un SOS inconsciente, sin palabras, que envían a los cristianos del mundo entero a través de investigaciones, informes, estadísticas, reportajes, internet y otros medios de comunicación. Necesitan con urgencia que los barcos o botes evangelísticos lleguen donde ellos están con el salvavidas de las buenas nuevas de Cristo, que les libre de una muerte mucho peor que la que sufrieron los náufragos del *Titanic*.

De esta multitud, muchos ya han sucumbido por falta de ayuda, y muchos más seguirán la misma suerte si no acudimos con presteza y rapidez.

Clamemos a Dios para que muchas iglesias que podrían enviar rápida ayuda y socorrer a estos náufragos espirituales no hagan como los barcos a los cuales el *Titanic* pidió socorro. Porque, algunos por estar lejos, otro por estar ocupado, y uno más, el que estaba más cerca, porque el telegrafista se fue a dormir, todos influyeron para que, cuando el único barco que los auxilió llegó al lugar del naufragio, más de mil cuatrocientos hombres y mujeres ya hubieran perecido.

A continuación se consignan países, etnias y grupos humanos que actualmente emiten este SOS espiritual, para que pueda ser captado por miles de congregaciones evangélicas (se ha dicho que hay más de quinientas iglesias que podrían ocuparse por cada grupo no alcanzado) y respondan rápidamente enviando la ayuda que necesitan. Los datos que siguen a continuación son tomados de *Operación Mundo*.

Desde cada uno de los cinco continentes llega el mismo clamor

América latina y el Caribe

El crecimiento de los evangélicos en América latina se ha clasificado como espectacular. La iglesia está plantada en cada país del continente, sin embargo hay grupos que todavía esperan la llegada de los misioneros pioneros.

- *República Dominicana.* Se informa que más de cuatro mil aldeas y poblaciones no tienen el más mínimo testimonio evangélico.
- *Colombia.* Por varios factores que obstaculizan la tarea, los plantadores de iglesias no han podido hacer su trabajo en unas veinte tribus indígenas.
- *Brasil.* Por causa de las restricciones legales logradas por antropólogos no cristianos, más de cien tribus indígenas no han sido todavía evangelizadas.
- *México.* Operación Samaria informó que hay todavía alrededor de 25 grupos étnicos que no tienen una iglesia autóctona, y entre los cuales aun no se ha iniciado la evangelización.
- *Paraguay.* Líderes han informado de quinientos pueblos y aldeas que todavía no tienen un testimonio evangélico.

África

En medio de guerras civiles y otros problemas, la iglesia y la obra misionera han crecido, se ha producido un avivamiento y los cristianos se cuentan por millones, pero también quedan muchos desafíos que se deben enfrentar.

- *Norte del África.* En Marruecos, Argelia, Túnez y Libia está prohibido predicar el evangelio públicamente. Más de cien grupos étnicos musulmanes no alcanzados.
- *Argelia.* Los no alcanzados comprenden a casi toda la nación. Hay diecisiete grupos étnicos diferentes.

- *Camerún*. Se estima que hay más de quinientos grupos étnicos distintos, de los cuales más de doscientos no tienen todavía una iglesia autóctona.
- Hay en África catorce grupos de pueblos con su cultura y lenguaje diferentes y están esparcidos en distintos países. Los más necesitados suman 1.335 etnias.

Europa

Grandes zonas de la parte occidental son verdaderamente poscristianas y necesitan ser evangelizadas otra vez. Por ejemplo, el norte de Alemania, partes de Suiza, las zonas rurales de Inglaterra y Gales, y gran parte de Francia.

- *Italia*. De las 33.500 comunidades existentes solo mil quinientas tienen un testimonio evangélico establecido.
- *España*. Más de trece millones de españoles viven en más de siete mil pueblos, aldeas y distritos donde no hay ninguna iglesia evangélica.
- *Portugal*. De las 4.400 localidades que registra el país, solo 768 tienen un testimonio evangélico estable.
- *Bélgica*. En la zona de Flandes y Wallonia hay 284 distritos administrativos en los cuales no hay todavía un testimonio evangélico.
- *Rumania*. En el sudeste del país hay siete mil pueblos y aldeas sin una iglesia evangélica.
- *Rusia*. Puede haber alrededor de cien grupos étnicos minoritarios en los cuales no hay una iglesia y donde el trabajo pionero está en sus comienzos.

Asia

- *Japón*. Ha crecido el número de conversiones y de iglesias desde 1990, pero todavía hay nueve ciudades sin una iglesia y 1.733 aldeas y poblaciones de quince a treinta mil personas que todavía no tienen un testimonio evangélico.

- *India*. Es el país que tiene la mayor cantidad de grupos en los cuales no hay ninguna iglesia, ningún cristiano, ningún misionero. En sus veintinueve estados y seis territorios quedan miles de grupos étnicos y castas sin ningún testimonio. Las seis castas más altas suman más de 86 millones de personas y entre ellos no hay más de cinco mil cristianos. Las cinco castas más bajas suman más de 96 millones, y no hay más que algunos centenares de cristianos conocidos entre ellos. Hay 205 grupos con poblaciones de más de diez mil habitantes totalmente no alcanzados.
- *China*. Quinientos millones de niños y jóvenes menores de dieciocho años tienen prohibido por el gobierno recibir cualquier tipo de instrucción religiosa. Más de 368 grupos étnicos, que totalizan más de 83 millones de personas, tienen menos del uno por ciento de cristianos. De 259 grupos étnicos que suman más de cinco millones de personas, no hay entre ellos ningún cristiano conocido. En las provincias del norte hay numerosos grupos étnicos y poblaciones sin iglesia.
- *Turquía*. Sigue siendo la nación más grande del mundo que continúa no alcanzada. De las ochenta y una provincias que tiene la nación, en cincuenta de ellas no hay testimonio ni iglesia establecida.
- *Indonesia*. Más de trescientos grupos etnolingüísticos con ciento treinta millones de individuos se consideran no alcanzados. De las setenta y seis mil aldeas, ciudades y pueblos, cincuenta mil todavía no tienen una iglesia establecida.

Oceanía

- En el interior de Nueva Guinea permanecen algunas tribus que recién están siendo descubiertas y deben ser evangelizadas.
- Hay muy pocos creyentes en algunas partes de Nueva Caledonia y Polinesia Francesa. Algunos grupos necesitan ser nuevamente evangelizados.

- Los aborígenes de las islas Fijí son el grupo étnico más grande de Oceanía que todavía permanece no alcanzado.

¡MANTENED EL FARO ARDIENDO!

La merced de nuestro Padre,
Es un faro en su brillar.
Él nos cuida y nos protege,
Con las luces de alta mar.

CORO

¡Mantened el faro ardiendo!
¡Arrojad su luz al mar!
Que si hay nautas pereciendo,
Los podréis así salvar.

Reina noche de pecado,
Ruge airada negra mar,
Almas hay que van buscando,
Esas luces de alta mar.

Ten tu lámpara encendida,
Que en la tempestad habrá,
Algún náufrago perdido,
Y tu luz le salvará.

AUTORES: J. N. De los Santos y P. P. Bliss

Palabras finales

Algunos cristianos han dicho: «No me gustan los libros de misiones, porque me inquietan y me hacen sentir culpable!» Bueno, sin olvidar que la confesión siempre es buena para el alma, mi deseo y oración es que la lectura de estas páginas, por el contrario, confirme en su mente que:

- Dios nos concede un privilegio único y excepcional al darnos una participación importante en la extensión de su Reino.
- Él ha provisto todos los recursos que se necesitan para realizar la tarea de la Gran Comisión.
- Cada lector, que es parte del cuerpo de Cristo, tiene asignada una parte pequeña o grande en la realización de este plan.
- Los problemas que enfrentamos tienen solución, y que resolverlos está a nuestro alcance.
- El fin anticipado por Jesús (Mateo 24.14) se acerca, por lo tanto, con fe, obediencia y sacrificio debemos esforzarnos para terminar la misión que se nos ha confiado.
- Será un sabio proceder invertir todas las fuerza físicas, capacidades, tiempo, posición, dinero, etcétera, en esta, la única empresa que no fracasará.
- El Dios de lo imposible, con su poder y sus promesas está con nosotros, y preside y garantiza la victoria.
- Es urgente hacerlo *hoy*, obedeciendo y siguiendo las huellas de aquel que dijo: «Me es necesario hacer las obras del que

me envió entre tanto que el día [de la vida] dura», y: «Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y que *acabe* su obra».

Escribame

El autor agradece a Dios el privilegio y la bendición de haber usado esta combinación de la Conferencia Misionera Anual y la Promesa de Fe durante 50 años, y considera que esta metodología, si es realizada con corrección y seriedad, es la que produce los mejores resultados. No obstante, desea saber si hay lectores que conocen y practican algún método mejor, y agradecerá cualquier información al respecto a la dirección electrónica:

andresrobert@concienciamisionera.com.ar

Igualmente, invita a visitar el sitio web:

www.concienciamisionera.com.ar

CUANDO USTED HAYA TERMINADO
DE LEER ESTE LIBRO,
¿POR QUÉ NO SE LO PRESTA A UN AMIGO?

